

WEST END

José Morella

Siruela Nuevos Tiempos



MO *He* RE... CIVIL DE
G. *22*

Celebrado el día *20* de *Agosto*

Entre *Micoussos Miranda*

Nacido el día *...* de *Treintay tres*

en *Putte*, provincia de *Cordoba*

hijo de *Juan Miranda Barru*


y *Barbara Helen Barru*
Putte provincia de *Cordoba*

WEST END

JOSÉ MORELLA

José Morella

West End

 Siruela
Nuevos Tiempos

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Edición en formato digital: diciembre de 2019

En cubierta: fotografía de Nicomedes Miranda (cedida por el autor) y siluetas de ©
iStock.com/Phochi
© José Morella, 2020
© Ediciones Siruela, S. A., 2020
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17996-83-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

WEST END

ACTA DEL JURADO DEL PREMIO CAFÉ GIJÓN 2019

El Jurado calificador del Premio Café Gijón compuesto por Dña. Rosa Regàs, Dña. Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. José María Guelbenzu en calidad de presidente y actuando como secretaria Dña. Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, acuerda:

Otorgar por mayoría el Premio de Novela Café Gijón 2019 a la novela *West End* presentada por José Morella.

La necesidad y el deseo de descubrir el misterio que siempre ha rodeado la figura de su abuelo «loco» empujan al narrador a contar la manera de ser y funcionar de su familia. Es un recorrido por la posguerra, la emigración de andaluces a Ibiza y la transformación que sufrió la isla con la llegada del turismo masivo. El autor propone una trama muy bien construida, que entrelaza las historias del narrador y del abuelo con una naturalidad muy convincente.

Café Gijón, Madrid, 11 de septiembre de 2019

MERCEDES MONMANY
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALT TORRENTE
JOSÉ MARÍA GUELBENZU

*The night is beautiful,
so the faces of my people.*

The stars are beautiful, so the eyes of my people.

*Beautiful, also, is the sun.
Beautiful, also, are the souls of my people.*

LANGSTON HUGHES

1

No es fácil poner orden en una casa. A menudo nos engañamos al respecto. Decimos que estamos ordenando pero en realidad nos limitamos a esconder las cosas, a quitarlas de nuestra vista. Archivamos recibos sueltos, recogemos una prenda de ropa o colocamos en los estantes los libros que hemos ido dejando en el sofá. El verdadero orden no tiene nada que ver con eso. No ocurre casi nunca y requiere de una gran entereza de ánimo. Nos enfrentamos a muchas cosas. Puedo toparme con fotos y cartas de alguna antigua novia, diplomas y apuntes de la universidad, postales de viejos amigos a los que ya no veo, manuscritos inéditos de poemarios y novelas, un Scrabble que compré para jugar con mi hermano cuando él era un niño y yo ya no lo era. Considerar la existencia de esas cosas significa consignar varios Joses muertos. La mente tiende a hacernos creer que nuestra identidad es algo concreto y bien definido. Que somos alguien sólido y estable. Pero no es tan sencillo. El universitario rebelde, deslenguado y terco de 1994 ha desaparecido de *mi* vida por completo. Está cadáver. El bisoño profesor que enseñó filosofía a un curso de segundo de bachillerato en 1998 es un fiambre. El hombre que fue la pareja de mi ex y que hasta cierto punto se me parece falleció hace diez años. Conservo una para nada despreciable cantidad de objetos en mi casa únicamente para poder hacerme el sueco y seguir ignorando que todos esos Joses son tan solo imágenes mentales. Entes cuya realidad es equiparable, a lo sumo, a la de personajes de ficción.

Poner en orden lo que sé de la vida de Nicomedes Miranda también es así. Todo está repleto de elementos sueltos e incoherentes que se derriten ante mis ojos a poco que les preste atención. Historias fosilizadas a fuerza de repetir las decenas de veces en la familia. Lugares mitificados, anécdotas agrandadas, recuerdos inconexos de mi infancia y mi adolescencia. La diferencia está en que todas esas cosas, al disponerlas juntas y observarlas con cierta distancia, parecen decirme algo nuevo. Algo que me hace albergar la esperanza de que se calle de una vez el niño llorica, quejoso y preguntón que vive en mi interior.

Voy a escribir un libro sobre el abuelo Nicomedes, le digo a mi madre por teléfono. ¿El abuelo?, repite ella como si hubiera olvidado el significado de esa palabra. Calla por un instante y luego, vivaz y entregada como tantas madres mediterráneas respecto de sus hijos primogénitos idealizados, me dice: muy bien, niño, me parece la mar de bien.

Un día, cuando tendría unos siete años, la madre de Nicomedes lo mandó al río para que les diera de beber a los mulos. Uno de los mulos se inquietó y se negó a seguir camino. Lo más probable es que viera cruzar un alacrán o una culebra. Nicomedes se puso a tirar de la soga con todas sus fuerzas. El mulo permanecía inmóvil como si tuviera las patas enraizadas a la tierra. Cuando se cansó de tener a un niño tironeando de él, con un brusco movimiento de cuello hizo que

Nicomedes saliera disparado. Se dio un trastazo contra el lomo del otro mulo y cayó de bruces al suelo. Recibió el golpe justo entonces, cuando iba a incorporarse. La coxa del animal impactó unos milímetros por encima de su ceja izquierda. No quebró ningún hueso, pero desgarró la carne. La ceja y el principio del párpado quedaron colgando. La sangre le resbalaba hasta el suelo por la cuenca del ojo y por la mejilla. Mama, ya es suficiente, le digo. Pasemos a otra cosa. No, niño, me contesta. ¿Quieres que te lo cuente o no? Tu abuelo estuvo escondido todo el día. No lo encontraron hasta la noche. Muerto de miedo y con la ceja repegada a la carne.

¿Por qué?, le pregunto. No lo entiendo. Otro niño habría vuelto a casa corriendo, con un paño o una prenda liada a la cabeza, y se habría dejado caer llorando en brazos de su madre. Él hizo justo lo contrario. ¿Cómo que por qué?, me contesta. Pues porque tenía miedo de que su madre le diera una paliza. Por eso.

Me viene a la memoria la ocasión en que resbalé con el musgo de las rocas de la playa y me abrí la barbilla. Yo tendría unos quince años. Justo después del golpe sentí una bajada repentina de la temperatura corporal y un chispazo de desconexión de la realidad. El mundo pareció detenerse. Por un segundo pensé que toda esa sangre que me corría por el pecho y la barriga no era mía. Ese tipo de accidentes nos dan atisbos de la verdad: nuestro cuerpo no es nuestro. Colapsará tarde o temprano. Esto lo vemos un instante y luego lo olvidamos. Es urgente cerrar la herida, pero más urgente aún es cerrar esa nítida visión de nuestra naturaleza.

A la madre de Nicomedes, mi bisabuela, sus nietos la llaman Mamacarmen. Mamacarmen tenía siempre una correa colgada en el respaldo de una silla de madera. Siempre visible y al alcance de la mano. Eso era lo que le esperaba a Nicomedes cuando volviera a casa. Correas. Mi madre dice que Mamacarmen era una persona buenísima. Mama, le digo, sería buenísima, pero esta historia de los mulos y de la correa es un poco fuerte, ¿no? Qué va, niño, me responde. Es que en aquella época toda la gente era así. A los hijos se les pegaba. Pero Mamacarmen era muy buena, te lo digo yo.

Aunque sé que en aquella época pegar a los niños no estaba tan mal visto como ahora, no puedo evitar el disgusto que me provoca la correa de Mamacarmen. Es algo visceral. Me molesta que forme parte de esta historia. Querría censurar el asunto, evitárselo a los lectores y a mi familia. Evitármelo a mí.

No le dieron puntos de sutura. Se recolocó la ceja en la frente lo mejor que pudo y se metió en el río para lavarse. Presionó con su camisola la herida para cortar la hemorragia. Estaba solo. No lloró. La ceja no cicatrizó en su lugar natural sino un poco más arriba. Esto se observa en varias de las fotos que conservamos de él, pero donde se distingue con más claridad es en la foto del libro de familia, tomada poco antes de casarse, en 1945. Tenía treinta y tres años. En su rostro hay una inseguridad abismal. La boca está entreabierta. Parece a punto de expresar asombro, pero no acaba de hacerlo. Su ingenuidad es tan patente como un rasgo físico, como el color de los ojos o la forma de las orejas. La ceja izquierda, claramente más alta, contribuye a su aire de candidez. Parece una rara marca de esclavo, algo puesto ahí para ser visto, para que los otros reconozcan a Nicomedes por su carácter, por su forma de estar en el mundo, por su *problema*.

Me llama la atención que los animales de la anécdota fueran justamente mulos. Los burros, los mulos y los burdéganos son más resistentes que los caballos, pero menos sensibles. Cuando están en apuros, los caballos pueden dar muestras de inquietud a los jinetes. Intentan comunicar que les está pasando algo. Los asnos hacen lo contrario. Son capaces de esconder el dolor físico y de no mostrar señales de malestar hasta que están al borde de la extenuación. Bajo su aparente seguridad

se oculta una imprudencia casi suicida. Para sobrevivir conviene ser como el caballo. Pedir ayuda cuando es necesario. Confiar en los otros. Mostrarse vulnerable. Lo blando es superior a lo duro. Parece ser que hay personas mulo y personas caballo. Niños mulo y niños caballo.

2

Algo que puede decirse con cierta objetividad sobre la isla es que la gente va allí desde hace siglos en busca de algo. Personas aventureras, confundidas, esperanzadas, agotadas, insatisfechas, perdidas. Todas buscando. Algunas sin saber qué buscan siquiera y muchas otras creyendo que lo saben pero sin saberlo. Mi padre me ha contado cosas de cuando llegó él. Trabajó de camarero, de electricista y de vendedor de enciclopedias puerta a puerta. Un policía municipal que frecuentaba el bar donde él trabajaba le sugirió que se presentara a la convocatoria de examen para entrar en el cuerpo. Anímate, Pepe, le aconsejó, es un trabajo fijo. Van a abrir un retén en San Antonio y vais a ser los primeros policías que habrá allí. Mi padre pasó el examen con la nota más alta. Era el único aspirante que había terminado la escuela primaria. Todos ellos eran forasteros. Ningún isleño quería ser policía.

Los llamaban *porreros* porque al principio no llevaban pistola. Solo porra. Mi padre había nacido en Barcelona y era el único policía de su promoción capaz de llegar a las casas en medio del campo, alejadas de todo, y hacerse entender en la lengua materna de la gente de la isla. Eso facilitaba las cosas. Generaba confianza. Había que asfaltar un camino que pasaba por una finca, por ejemplo, o un propietario tenía que pagar unas tasas municipales, o alguien había muerto y un familiar tenía que reconocerlo. Entonces mandaban a Pepe el Catalán. Pero la confianza no es algo que se gane de un día para otro. Una de las primeras veces le recibieron disparándole cartuchos de sal con una escopeta. Otro día le azuzaron cuatro o cinco perros. Llegó corriendo al Land Rover y se encerró dentro. Oía los latigazos de su propio corazón en el pecho y los ladridos de los perros que daban vueltas alrededor del vehículo. Era gente de campo, buena pero dura. Con suficientes razones para desconfiar de unos forasteros bigotudos uniformados a los que no conocían de nada y que venían con porras a decirles lo que había que hacer y dejar de hacer.

La isla de aquel tiempo se parecía bastante al lejano Oeste. El alcalde del pueblo donde yo crecí sería el equivalente al *sheriff*. Llevaba una pistola ceñida al torso, oculta bajo la chaqueta. Una melena blanca y no del todo limpia que le llegaba por los hombros. Siempre sudando, el bigote canoso amarillento por la nicotina, la corbata ni recta ni apretada. Bebedor lento pero constante de whisky y de ginebra. Su risa hacía que la gente se sintiera amenazada. Parece ser que los *hippies* que hicieron famosa la isla en aquella época tardaron poco en dejar de venir por San Antonio. Estaban por todas partes, en San Vicente, en Jesús, en Benirràs. Pero cuando aparecían por el pueblo el mismísimo alcalde los recibía a tiro limpio y los miraba correr riendo a carcajadas. No puedo evitar imaginármelo como una caricatura, como el delirante personaje de un cómic de Francisco Ibáñez. O tal vez como un viejo verde de esos que salían en las películas

españolas del destape: con el revólver en la mano, dando tiros al aire y persiguiendo a un par de mujeres jóvenes sin saber él mismo si corre tras ellas para ahuyentarlas o para acosarlas.

Malas lenguas dicen que estranguló con sus propias manos a un enemigo personal en un ataque de rabia y que lo colgó de un árbol para simular un suicidio. Luego llamó al forense y una hora después estaban los dos, junto con un oficial de la Guardia Civil, delante del algarrobo del que colgaba el muerto. El hematoma en el cuello no guardaba proporción con la gaita fina de la que estaba colgado. La cabeza estaba en una posición distinta a la característica postura de los ahorcados, sin dislocación en la base de la cabeza. El forense puso una mueca de sorpresa y se pasó los siguientes minutos observando el cuerpo y haciendo comentarios: que si esto parece raro, que si aquí hay algo que no cuadra, que si habrá que llevarlo a analizar, que si deberíamos llamar al juez de guardia. El alcalde perdió la paciencia y lo agarró literalmente de la oreja como a un niño pequeño. De la oreja lo arrastró hasta otro árbol que había a unos metros y lo empujó contra el tronco. Le puso el brazo bajo la barbilla y le habló a medio centímetro de la cara. Sacó la pistola del interior de su americana y se la apoyó al forense en la sien. El hombre lloraba de miedo. Al guardia civil le divertía la escena. No se alcanzaba a escuchar lo que decía el alcalde porque susurraba, pero sí se advertía que los susurros estaban llenos de ira. Si se puede susurrar gritando o gritar susurrando, eso es lo que el *sheriff* hacía. Casi asfixia también al forense. Al retirarle el brazo del cuello el hombre quedó encogido y tembloroso. Lloriqueaba y cogía bocanadas grandes de aire al respirar. El pistolero seguía apuntándole. Venga, date aire, le dijo. Abrió su maletín con torpeza pero todo lo rápido que pudo. Sacó un papel y lo firmó. Estaba tan asustado que la firma parecía un garabato de niño. El alcalde le obligó a volver a firmar. Se acercaron al vehículo para que apoyara el documento en el capó. Volvió a rayar el papel y lo entregó. No levantaba la mirada del suelo. Prefirió echar a andar por el camino en lugar de volver con ellos en coche. Le temblaban las piernas y se tambaleaba de miedo.

3

Tengo ciertos documentos oficiales de Nicomedes. Su licencia militar, su libro de familia, algunos diagnósticos clínicos. Fotos suyas en blanco y negro y recomidas por los bordes, hechas antes de que mi madre naciera. De algún modo me dicen infinidad de cosas. Pero a la vez no me dicen nada.

Tu abuelo siempre estaba muy alegre, dice mi tío. Canturreaba y tamborileaba con los dedos encima de la mesa a todas horas. No se lo digo, pero yo no me acuerdo de eso. Yo lo recuerdo inmóvil. Casi tan quieto como una estatua de cera. Apenas hablaba. Tenía la piel cobriza, dura y seca. Sus manos eran las más bastas que yo había visto, y sus uñas eran tan recias y tan duras que parecían postizas. Lo recuerdo sentado en el sofá y con los pies en remojo en un barreño de agua caliente, y a mi abuela arrodillada frente a él con un alicate en las manos. No un cortaúñas normal, sino una especie de tenaza. Uno de esos instrumentos que solo he vuelto a ver en la consulta de un podólogo. Vistas de cerca, las uñas de Nicomedes parecían de otra especie animal distinta a la nuestra. Después de haberle dejado más de media hora con los pies en remojo, mi abuela se ponía un cojín bajo las rodillas y empezaba su tarea. Le lavaba los pies frotándoselos con fuerza con una esponja enjabonada. Luego se los sacaba del barreño como si fueran objetos independientes que él no fuese capaz de mover por sí mismo y se los envolvía en pequeñas toallas blancas. Después les pasaba con cuidado un instrumento con el que rascaba callos y durezas. Era un objeto con un cabezal que raspaba la superficie del callo e iba desprendiendo piel muerta como un rallador de nuez moscada. Mi abuelo no se movía. Fumaba como siempre su pitillo sin quitárselo de los labios. Luego mi abuela cogía un dedo de Nicomedes con una mano y el alicate con la otra y empezaba la tarea. Para cada uña necesitaba tres o cuatro cortes que sonaban como chasquidos de ramas quemándose en una fogata en el silencio del pequeño piso y en mis oídos de niño. El sonido revelaba la rara textura de aquellas uñas. No eran fibrosas como la madera ni densas como el plástico duro. Mi abuela tardaba al menos veinte minutos en terminar de cortárselas. Clac. Clac. Clac. Nicomedes estaba ahí pero no estaba. Era como si le estuvieran cortando las uñas a otro. Como un muñeco grande hecho de carne viva que mi abuela mantuviera limpio y respirando a base de sus cuidados y su presencia.

Ese estado en el que se encontraba Nicomedes cuando su mujer le cortaba las uñas se lo provocaba un fármaco antidelirante llamado haloperidol. En 1958 Paul Janssen había sintetizado el haloperidol a partir de un opioide depresor del sistema nervioso central llamado meperidina. En 1967 fue aprobado para su uso por la U. S. Food and Drug Administration y, en poco tiempo, comenzó a utilizarse de manera masiva en bastantes países del mundo. A partir de entonces las manifestaciones psicóticas más aparatosas y visibles desaparecieron de la vida de multitud de

familias. Yo calculo que Nicomedes empezaría a tomarlo a mediados de los años setenta. Tal vez en 1976, durante su último ingreso en un hospital psiquiátrico. Los efectos secundarios más comunes de esa sustancia son la dificultad para hablar y tragar saliva, cierto grado de lasitud constante, la incapacidad para mover los ojos, una expresión facial hierática que hace que el rostro parezca una máscara, rigidez y debilidad en las extremidades y temblores en los dedos y en las manos. Esta lista es un retrato bastante preciso del Nicomedes viejo. Del Nicomedes al que le costaba afeitarse o atarse los zapatos, el que no canturreaba ni tamborileaba con los dedos encima de la mesa.

4

Resulta difícil que mi madre vaya al grano cuando hablamos por teléfono. Nuestro estilo habitual es circular y poco eficiente. Le preguntas, por ejemplo, si Nicomedes tenía predilección por alguno de sus hijos y te responde con un monólogo de ocho minutos sobre unos zapatos de falso charol que su padre le compró una vez y que le duraron un solo día porque el cartón se hinchó con el agua de un charco. Habla con parábolas, como Jesucristo, y a menudo perdemos cualquier conexión con la pregunta inicial. También ocurre que toma desvíos porque recuerda cosas aparentemente ajenas a la conversación. Tú fuiste el primero, me dice de repente sin que venga a cuento. ¿De qué hablas, mamá? ¿Cómo que de qué hablo?, me replica. De qué va a ser. Tú naciste cuando peor se nacía. Fuiste el primero que nació en la isla. Y en un hospital. Hasta que tú llegaste al mundo nadie de la familia había nacido fuera de casa. Y gracias a Dios, porque aquello era horroroso. En la isla se morían la mitad de los niños y de las madres. Llegamos todos los andaluces de golpe y los médicos no daban abasto con nosotros. Tú estás vivo de milagro.

Cómo nos gusta exagerar en la familia. Aunque me parece, ahora que lo escribo, que esto no es exacto. No es que nos guste, es más bien que no podemos evitarlo. Es un patrón de conducta grabado a fuego. Exagerar es como hacer trucos de magia: el secreto de la mayoría de los trucos tiene que ver con el campo de visión de los espectadores. El mago hace que centres tu atención en un punto del espacio mientras en otro punto tiene lugar otra cosa que tú te pierdes. La exageración funciona igual: para no encarar unas emociones que nos aterran, creamos un foco de atención en otro lado. Elegimos algún detalle y lo agrandamos. Le damos volumen y consistencia. Nos hacemos los despistados. El mago y el espectador, por supuesto, son la misma persona.

Esto no lo sé porque sea un experto en nada. No lo he leído en ningún sitio ni tampoco me lo han explicado. Lo sé porque formo parte de la familia de la que estoy hablando. Yo hago exactamente lo mismo. Tal vez esté escribiendo esto para, aunque sea por una vez, ver el truco.

Exagerar y mentir, sin embargo, no son en absoluto equivalentes. A veces coinciden, pero no en mi familia. De hecho, desde que mis padres y mis tíos saben que voy a escribir un libro sobre Nicomedes están aguzando todo lo posible su capacidad de ser veraces. Mi madre, por otro lado, no sabe mentir. No le sale.

Mamá, le digo, no será para tanto, ¿no? Anda que no, niño, me contesta. El hospital estaba abarrotado. Y no solo el hospital. La isla entera. Se necesitaba más de todo. Más médicos, más policías, más albañiles, más maestros. Tú estás aquí de milagro, me repite. Un poco más y no lo cuentas. Noto dentro de mí una resistencia a seguir escuchándola que se traduce en tensión muscular en los hombros y en un deseo repentino de levantarme de la silla y salir de casa. Ella continúa: rompí aguas a las diez de la noche y nos fuimos para el hospital. La comadrona de

guardia estaba borracha como una cuba. Vaya susto que nos dio a tu abuela y a mí cuando la vimos. Más tarde nos enteramos de algunas cosas. Se llamaba Josefa, pero la llamaban la Cientotrés porque le tenía afición al brandi. Esa noche tú ya estabas para salir. No saliste porque ella llevaba bastantes horas de guardia y quería irse a casa. Así que me puso una inyección y me dijo: esto te parará los dolores y mañana por la mañana estarás a punto. Hablaba como hablan los borrachos en algún momento del día, arrastrando las palabras y sacando a veces un poco la punta de la lengua de la boca, como si tuviera un pelo que le molestara. Se apoyaba en las paredes para caminar. Luego nos dejaron solas. A mí echada en una cama y a tu abuela sentada en una silla. Qué frío que pasé aquella noche, niño. No era invierno, pero yo estaba destemplada y me entró un frío del demonio. Entonces tu abuela, que estaba muy nerviosa, me dijo: abre las piernas que te vea. La cara que puso no me la olvidaré nunca, chiquillo. Me dijo: a lo mejor es que yo soy muy burra, pero a mí me parece que le veo la cabeza al niño. Salió de la habitación y se fue a buscar un espejo. Se lo prestó la pariente de otra mujer que estaba de parto en el mismo pasillo. Era un espejo de mano de esos que sirven para maquillarse. Me lo puse delante y te vi yo también. Se me pasaron por la cabeza muchas cosas. Pensé que estabas muerto. Tu abuela no me dijo nada pero no hacía falta: las dos pensábamos lo mismo. Estabas ahí atascado. Te habían parado con una inyección. Eso no lo había visto yo nunca. En nuestro pueblo se nacía en las casas y nadie le paraba el parto a nadie. Que yo supiera, en mi familia nunca se había muerto ningún niño ni ninguna madre.

Estuviste ahí hasta el mediodía del día siguiente. La Cientotrés llegó a las diez de la mañana apestando a licor. Ni tu abuela ni yo habíamos pegado ojo. Allí solo había una enfermera y la comadrona borracha: ningún médico. Cuando saliste, las dos se pusieron a coserme porque estaba tan desgarrada que no paraba de sangrar. Salía la sangre a chorros.

Joder, mama, le digo. Joder.

Bueno, hombre, que no hay para tanto. ¿Quieres que te lo cuente o no quieres? Pues eso, que aquello era una sangría. Tardaron diez minutos por lo menos en pararme la hemorragia, y todo ese tiempo se olvidaron de ti. Te dejaron apoyado en una mesa metálica que había allí al lado y no te volvieron a mirar hasta que me cosieron. Unos diez minutos, calculo yo. Ni siquiera habías roto a llorar todavía. Cuando quisieron darse cuenta, tenías un color morado oscuro. Entonces levanté la cabeza y te vi. Y te lo juro, esa vez sí que te vi muerto. Luego me dijeron que el grito que pegué se había oído en toda la planta del hospital. Más que cuando estaba de parto. Me acuerdo que los puntos me tiraron al gritar y me dolieron mucho. Qué panzón de sufrir. Tú parecías a punto de berrear pero no lo hacías. Tenías una mueca de estar haciendo fuerza y una arruga en medio de la frente. Los puñitos cerrados. El cuerpo lo tenías quieto pero movías como por reflejo las piernas y los brazos. Sin llorar. Yo solo quería que llorases, que respirases. Pero no llorabas. Te pusieron una mascarilla de oxígeno y se te llevaron a la incubadora. Solo te oí llorar a las cinco de la tarde. Hasta ese momento estuve pensando que te habías muerto y que nadie se atrevía a decírmelo. Estuve llorando durante horas hasta que pasó una enfermera joven que me había visto tres o cuatro veces y me pinchó algo que me durmió. ¿Hola? Niño, ¿me estás oyendo? ¿Niño? ¿Se ha cortado? Se ha cortado, oigo que dice dirigiéndose a mi padre.

No, mama, no se ha cortado, le contesto.

No sé si mi madre me contó alguna vez esta historia y yo decidí no registrarla en mi memoria, pero la verdad es que no la recordaba. Es la primera noticia verdadera que tengo de ella. Resulta que mi primera experiencia en este mundo fue la vivencia radical de la soledad. Nadie me dio el

manotazo para que rompiera a llorar. Nadie me puso en el regazo de mi madre para que empezara instintivamente a reconocer su olor y a buscar su pezón. Lo contrario de lo que todos los mamíferos del planeta han grabado en su memoria cultural y genética durante miles de años. Me vienen palpitaciones. Me pongo nervioso.

Dejo que la conversación con mi madre vaya muriendo lentamente y después llamo a mi tío, el primogénito de Nicomedes. Necesito confirmarlo. Hablar con otra persona que viviera aquello. Tío, le digo, ¿tú te acuerdas de cuando nací yo? ¿Tan peligroso era parir en aquel tiempo? ¿Tan mal preparada estaba la isla? Mi tío se lo piensa un momento. Desde que les he dicho que estoy escribiendo sobre Nicomedes, todos han empezado a intercalar largas pausas en su discurso. En mi familia jamás hemos sido tan cautos con las palabras. ¡No penséis tanto! ¡Desde cuándo se ha pensado tanto aquí!

Sí que es verdad, dice finalmente. En cuatro o cinco años la isla se había llenado de andaluces, de murcianos, de castellanos, de gente de todas partes. Nosotros. Y además los turistas, claro. Los médicos iban a destajo. Contrataban de enfermera a la primera que llegaba. Sin título ni nada. Cuando nació tu prima, por ejemplo, nosotros coincidimos con otro matrimonio en el hospital, unos que eran parientes lejanos de mi mujer. Su parto fue mal y al padre le dieron el cadáver de su hija en una caja de cartón. Parecía una caja de zapatos. Yo lo vi con mis propios ojos y nunca se me va a olvidar la cara de ese hombre.

Busco en internet información sobre la mortalidad infantil en la isla durante los años setenta. No encuentro apenas nada sobre ese tema, pero sí doy con un estudio que incluye algunos datos estadísticos sobre el crecimiento del turismo: la isla pasa de 150.000 entradas y salidas aéreas en 1964 a 1.500.000 en 1975. Eso le daría cierta consistencia a la falta de infraestructuras y medios de los que hablan mi tío y mi madre. Por la tarde salgo y busco en el catálogo de la biblioteca. Hojeo índices, manoseo varios volúmenes. No encuentro nada que me llame la atención. De repente me siento agotado. Podría tumbarme en el suelo de la biblioteca y dormirme ahí mismo. Las imágenes de la narración que mi madre ha hecho de mi nacimiento se me aparecen en la mente una y otra vez. ¿Es posible que ese momento inicial haya marcado mi vida por completo? ¿Es mi escritura —a la que dedico la mayor parte de mi energía y de mis pensamientos— una constante llamada al exterior para que alguien me atienda y me preste atención? ¿Es toda mi vida una onda expansiva de esos primeros minutos fuera del útero materno? ¿Qué pasaría si probara a dejar de escribir? ¿Puedo siquiera empezar a imaginármelo? Si me desprendo de la escritura, ¿quién soy yo?

5

Recuerdo el día en que vi uno de cerca por primera vez. Yo tendría unos seis años y era una mañana como cualquier otra. Mi madre me metía prisa para que me vistiera porque llegaba tarde a la escuela. Me mojaba abundantemente la cabeza delante del espejo con una colonia infantil barata que ponía en unas botellas difusoras de plástico de colores pastel. Me viene a la memoria el sonido del espray al salir. El frescor del líquido pulverizado en el pelo, las orejas y el cogote. El recuerdo es tan nítido que podría cerrar los ojos y estornudar ahora mismo. Luego me peinaba con un peinado que había pasado de moda hacía tiempo. Con la raya al lado izquierdo de la cabeza. Me deshacía los enredos dando tirones fuertes y siempre pensando en otra cosa, con la mente llena de sus descomunales trenes de pensamiento que quién sabe de dónde venían y adónde la llevaban.

Ella solía tardar más que yo en salir, entretenida en cosas que para mí eran un misterio. Entraba y salía del baño, abría cajones buscando algo, cogía la cesta de mimbre para cambiar de idea enseguida y volverla a dejar donde estaba, se quitaba una prenda de ropa y se ponía otra. Así que fui yo quien vio antes a aquel tipo en el portal. Todavía hoy, treinta y tantos años más tarde, ese mismo portal sigue sin portero automático y abierto a quien quiera adentrarse en él. El hombre estaba descalzo y sin camiseta, despatarrado bocabajo en el suelo. Ocupaba la longitud completa del rellano, de una pared a la otra. La posición era la de alguien que está pasando calor y se expande para abarcar espacio y contactar al máximo con la frialdad de las baldosas del suelo. Los pantalones un poco bajados dejaban ver el principio de la raja de las nalgas. Parecía un niño grande porque no tenía ni un solo pelo en el cuerpo. La mejilla plagada de pecas y también de marcas rojizas, de pequeñas manchas varicosas que le habían supurado cara afuera durante la noche. Justo al lado de su cabeza había una vomitona de color ocre moteado de zonas naranjas y amarillentas. Me provocó arcadas enseguida. Mi madre bajó y lo sorteamos cada uno a nuestro estilo: yo de un brinco y ella dando un paso alto a la altura de las piernas de él. Al salir a la calle inspiré hondo varias veces para quitarme la sensación de asco. Vaya trompa, dijo mi madre. Yo volví a asomarme al portal para mirarlo desde fuera. No le vi ninguna trompa. Recuerdo a mi madre llamándome: venga, niño, que llegamos tarde. Esos instantes se me quedaron grabados para siempre. Nunca había visto tan de cerca a alguien con ese pelo duro de color naranja. La barba de pocos días también era naranja pero menos. Inspiraba y espiraba por la boca abierta. El torso se le movía al respirar de una forma que a mí me parecía exagerada. Estaba soñando: lo sé porque se le movían los globos oculares detrás de los párpados cerrados. Parecía mirar algo intensamente. Una de las piernas se le movía también con ligeros espasmos, lo que significaba, tal vez, que dentro del sueño corría o caminaba hacia algún sitio. Su piel era la más blanca que yo hubiera

visto de cerca, lechosa y con tonos azulados. No se parecía en nada a nosotros. Tenía más envergadura y bastantes detalles eran distintos. Yo lo observaba con la curiosidad con que los niños miran a los animales. Me parecía un ogro. Un miembro de otra especie.

Mi madre lo ignoró por completo. Supongo que, como llegábamos tarde, pensó que otro vecino se encargaría de llamar a los municipales. Le dio la misma importancia que a un perro echándose una siesta. No hizo ni un solo comentario aparte de lo de la trompa. Esas personas y nosotros compartíamos calles pero nada más. Vivíamos en dimensiones diferentes. No ocupaban más de unos segundos en nuestra mente antes de que pasáramos a pensar en otra cosa. Eran algo así como mobiliario urbano móvil. Eso sí, eran muchos. Llegaban cada día a centenares. Tenían tendencia a perderse y a quedarse quietos mirando el suelo o el cielo. O simplemente a caminar despacio y tambaleándose. Los veías a cualquier hora y en cualquier parte. Al atardecer en las rocas de la playa, o al final del descampado del tanque, o cerca ya de donde empieza el ascenso a Sa Talaia, o incluso camino de la cueva de las langostas, perdidos y abrasándose al sol al empeñarse en caminar por la costa creyendo que se aproximan a algún sitio. Cuando se acercaban a espacios naturales se les veía desconcertados, como espantados por la visión de un límite. Parecía que para ellos una simple playa de rocas fuera un desierto inasequible. Miraban el agua o la arena o las sabinas junto al arcén de la carretera como quien mira una epifanía olvidada, algo esencial que habían entendido en algún momento pero que llevaba años enterrado en la memoria.

Pero su lugar natural, allí donde se aglomeraban cada noche hasta la mañana siguiente, era el West End. No era exactamente un barrio, sino un damero de cinco o seis calles peatonales con aire de parque temático y repleto de bares, pequeñas discotecas y antros de comida basura que algún concejal del Ayuntamiento debió de idear en su día para tener a esa gente agrupada y relativamente bajo control. Nosotros le acortábamos el nombre y lo llamábamos el West. Como los adultos hablaban a veces de ese lugar como un sitio salvaje y sin reglas, yo creía que lo llamaban West porque era parecido al salvaje Oeste americano de las películas. El origen real del nombre no tiene nada que ver con eso: en los años setenta había un bus nocturno que iba desde los hoteles de la costa este de la isla hasta las zonas más animadas de la parte oeste. La empresa propietaria de esos autobuses llamó a ese *tour* para turistas *The West End Experience*.

No todos los visitantes de la isla acuden al West. Los hay que pasean por Dalt Vila y se sientan a cenar tranquilamente en cualquier callejuela con terraza. Otros van a clubes exclusivos en los que el *gin-tonic* les cuesta tanto como lo que yo necesito para comer cuatro días. Hay familias adineradas que compran una casa payesa reformada en la loma de alguna colina para pasar los veranos. Famosos de medio pelo y de pelo entero, periodistas persiguiendo a los famosos, futbolistas, DJ que cobran como futbolistas, excantantes metidos a diplomáticos, políticos de primera fila que invitan a los de segunda que a su vez invitan a los de tercera, aristócratas, cazadores de fortunas, amantes de millonarios o millonarias, parejas de clase media que no encaran bien la madurez y se escapan un fin de semana para tratar de atrapar una chispa de juventud y sentarse en ella y disecarla. Universitarios que alargan la adolescencia, empleados de banca huyendo de sus empleos durante unos días, peluqueros y oficinistas, profesoras de primaria con sus novios, gais en pareja o en grupo, divorciados con sus amigos, familias de vacaciones con niños cuyos padres jamás descansarán pero vienen con la ilusión de hacerlo, gente que ve cómo pasa el tiempo y siente que la vida se le va: corre y corre para atraparla creyendo que está en algún momento del futuro cercano. Que está en la isla. Todos ellos hacen eso que llamamos *turismo*. Cuando te bañas desnudo con tu pareja en una cala de difícil acceso al atardecer, estás

haciendo turismo. Cuando en algún momento del viaje nos achispamos sin haberlo previsto con media botella de vino, estamos haciendo turismo. Cuando cruzo el Atlántico en avión y voy a Teotihuacán, y allí me quedo duro de la impresión y necesito ponerme a coger todo el aire que puedo, y se me saltan las lágrimas por el impacto de ver lo que estoy viendo y entender lo pequeño que soy mientras ando el camino que va desde la pirámide del Sol a la pirámide de la Luna, estoy haciendo turismo. Cuando me baño en el Pacífico y percibo lo distinto que es ese gran mar al Mediterráneo de mi infancia, y noto la intensidad y el volumen de sus olas en mi propio cuerpo, y capto los mensajes que me envía sobre su hondura y su peligrosidad, sobre lo mucho más salvaje que es en comparación con el mío, estoy haciendo turismo.

Nada de eso ocurre en el West End.

6

A los veintipocos años me cayó en las manos un libro de cuentos de Henry Miller llamado *Primavera negra*. El primer párrafo le ponía palabras de un modo articulado y sencillo a algo que a mí me pasaba pero no había expresado nunca. «Yo soy un patriota del distrito 14 de Brooklyn, donde me crie. El resto de los Estados Unidos para mí no existe». Han pasado dos décadas desde que leí eso y todavía siento el alivio de haberlo leído. Miller fue el primer nativo de la nada del que tuve noticia. Yo tampoco me siento de un pueblo, ni de una isla, ni de un solo país. Soy de cuatro o cinco calles contiguas a una pequeña cala llamada *es Caló d'es Moro*, localizada al suroeste de la isla. Esto no es bueno ni malo. Ni me convierte en alguien especial ni me rebaja a una casta inferior. No lo elegí ni puedo hacer nada para cambiarlo.

Muchas de las calles donde se asentaron nuestros padres y donde nos criamos nosotros no eran calles siquiera. Eran descampados, terruños llenos de polvo, orillas de pueblo, calles sin asfaltar. Al principio la vida en la isla consistió para nosotros en ir llenando espacios. Donde no había nada acababa habiendo algo a fuerza de nuestra insistencia en estar ahí. De estar en la isla vivos y respirando. Un buen ejemplo es la primera aula en la que fui escolarizado, tal vez en el año 1976 o 1977. No era un aula ni estaba en una escuela. Era un pequeño garaje de coches. Un cubículo húmedo de suelo áspero y gris y con las paredes sin revocar. Había una ventana alta con rejas a la que el sol nunca le daba directamente. No había ninguna ventilación porque es sabido que los coches no la necesitan. Alguien se había limitado a colgar de la pared una pizarra y a llevar sillas, pupitres y una mesa para el profesor. Al año siguiente nos trasladaron a los bajos de una casa. Creo que solo en tercero de primaria fui consciente de lo que era una escuela. Recuerdo la impresión que me llevé el primer día. Solo tenía dos pisos y tal vez una decena de aulas, pero para mí era una construcción enorme. Había muchos más niños de los que me esperaba, un patio amplio con columpios, escaleras, largos pasillos y una sala más pequeña que las otras con estantes llenos de libros y un microscopio guardado bajo llave dentro de un armario acristalado.

La palabra forastero me gusta más que inmigrante. Es simple y directa. Forastero es quien llega a un lugar. Cualquier persona que llegue a cualquier lugar. Un grupo disperso y poco cohesionado pero muy nutrido. La patria más ancha del mundo.

7

La única foto de Mamacarmen que he visto se la tomaron el día de su noventa y nueve cumpleaños. Está sentada en un sofá con el menor de mis tíos, que en la foto no tendrá más de dieciséis o diecisiete años. Sonríe. Se adivina que le quedan pocos dientes a pesar de estar sonriendo con los labios cerrados. Tiene los pómulos salidos y los ojos achicados por la edad. Parece una bruja de cuento. Mi madre me habla al teléfono y yo abro el navegador de mi ordenador y escribo algo distraídamente en el teclado. Me cuesta escucharla. Estoy disperso, aturdido, cansado de mí mismo y de mis propios proyectos, de este andar buscando cosas sin entender del todo por qué, sin entender adónde voy con todo esto y qué persigo con esta historia. Solo una parte de mi cerebro sigue la voz de mi madre. Eso me basta para apenas asentir, para ir diciendo ajá o sí. De repente, en su discurso deslavazado y borroso resalta algo que me despierta como un chasquido de una siesta ligera. Manos sucias, dice. No: la Manosucias. Mama, le digo, espera un momento, ¿puedes repetir eso último? Pues eso, niño, me dice. Que a Mamacarmen la llamaban la Manosucias. Ese era su apodo. ¿Por qué?, le pregunto. ¿Cómo que por qué? Pues porque se lavaba mucho las manos. Era la partera del pueblo y siempre se las estaba lavando.

La frase me despabila de golpe. Espera espera, le digo. ¿Cómo que la partera? No tenía ni idea. ¿Me lo habías contado? Pues claro que te lo he contado, me replica. Mamacarmen *parteaba* a todos los niños del pueblo. Solamente cuando venían complicados llamaban al médico. Fue ella quien nos sacó a todos. A mis hermanos y a mis primos. Y antes que ella su madre, y antes su abuela. La gente la quería mucho en el pueblo. Tenía las manos pequeñas y suaves, casi sin arrugas hasta que se murió. Con setenta años sus dedos parecían de treinta.

No sé por qué me pasó entonces y no en cualquier otro momento, pero fue ahí cuando tomé conciencia de algo: la verdad de Nicomedes existe pero no está en ningún lado. Esto no lo digo para parecer sesudo, intelectual o especial. No tiene nada de profundo. De hecho, es lo más superficial que hay. Lo tenemos ahí mismo, delante de las narices, y por eso cuesta verlo. Una mujer de setenta con dedos de treinta, dice mi madre. Alcaldes liándose a tiros a plena luz el día. Yo recién nacido encima de una mesa durante diez minutos. Hasta el nombre de mi abuelo, Nicomedes Miranda, parece sacado de una novela. La verdad es lo más poroso que hay.

Eso no significa que todo esto no sea cierto, sino que yo no voy a poder salir indemne después de contarlo.

La única forma de ser una autoridad incontestada en el pueblo siendo mujer, analfabeta e hija de jornaleros era dedicarse a lo que ella se dedicaba. Las comadronas ayudaban a traer niños al mundo, recolocaban huesos dislocados, buscaban hierbas por el monte y cocinaban remedios con esas hierbas. Y Mamacarmen, según mi madre, también era matancera. ¿Qué es eso, mama? Pues

qué va a ser, me contesta. Ir a la matanza del cerdo. Cuelgan al cerdo por las patas traseras y lo abren en canal. La matancera se pone debajo con un barreño grande de lata donde caen las tripas y la sangre. Luego lo prepara todo. Mi madre habla en presente, como si el pueblo no hubiera cambiado. Como si estuviéramos en 1960. Mama, le digo. De qué me hablas. Preparar qué. Cómo que qué, me dice. Pues los chorizos y las morcillas. La sangre frita. Salarlo todo, condimentarlo. Ella sabe las hierbas, los remedios de campo, los aliños, todo eso. Mi madre sigue hablando, pero mi mente toma un desvío. Me olvido de ella, me pongo a divagar por mi cuenta. Todo es lo mismo. Traer la vida y dar la muerte. Recoger intestinos, corazón y riñones de la entraña de un ser con las propias manos para que luego el pueblo se lo coma. Recoger un ser vivo que sale de la entraña de su madre para que *sea* el pueblo. De repente me siento mal. Mama, te llamo después o mañana, lo siento, tengo que colgar. Estoy mareado y siento una especie de náusea que no es física. Un malestar indefinible que me deja de bruces sobre la mesa, delante del ordenador que me baña de su luz fea e irritante.

Las comadronas han sido vistas como brujas desde antiguo. En el *Malleus maleficarum*, un libro escrito en el siglo XV que fue usado por los inquisidores como guía para quemar herejes, se puede leer lo siguiente: «Nadie hace más daño a la fe católica que las comadronas. Pues cuando no matan a los niños [...] los sacan de la habitación, los levantan en el aire y los ofrecen a los demonios». Ciertas mujeres conocían los principios psicoactivos de las distintas plantas locales. Los bebedizos y ungüentos que preparaban con ellas proporcionaban *viajes* a quien los usara y servían de vehículo a experiencias trascendentales. Viajes espirituales al estilo de los chamanes indígenas. La Inquisición se dedicó a perseguir a esas mujeres y a quemarlas vivas porque relacionó sus actividades con lo demoniaco y lo concupiscente. Algunos de esos preparados se ingerían, pero otros entraban en el organismo por vía cutánea o uterina. Es decir, se embadurnaba con el ungüento un palo liso de madera —el palo de una escoba, por ejemplo— y la mujer se frotaba con él la entrepierna. Poco después echaba a *volar*. De ahí procede la imagen de la típica escoba voladora que aparece en los cuentos. No he leído *Harry Potter*, pero diría que eso no sale.

Decido darme una ducha. Luego preparo un té. Mientras se calienta el agua saco la cabeza por la ventana y respiro un poco. Luego me siento con mi té y cierro los ojos un rato. Me recupero. Necesito romper el hábito de la estirpe, me digo. Dejar de mistificar. Escribir simplemente lo que hay. Evitar anécdotas truculentas, historias de brujas y exageraciones. Cuando estoy un poco más tranquilo llamo de nuevo a mi madre y de su boca vuelve a fluir la historia de Mamacarmen como si fuera un vídeo de mi ordenador que hubiera puesto en pausa durante un rato.

8

Recuerdo haberme colado a jugar con otros niños en un bloque de apartamentos en construcción cerca de mi casa. Era aún un esqueleto de edificio. Puro cemento y ladrillo. La escalera no tenía barandilla. No había paredes interiores, pero el lugar en el que se levantarían estaba marcado en el suelo con líneas de pintura de color ocre. Se reconocían los baños porque había un agujero en el suelo para el inodoro. Lo primero que hicimos fue asomarnos a un balcón del piso más alto, sacarnos la picha —en aquel momento de nuestra vida la llamábamos así— y orinar hacia fuera juntando los chorros. Nos desternillábamos tanto de la risa que juntarlos se nos hacía difícil. Había una sensación deliciosa en la visión del chorro cayendo, deformándose por el camino, expandiéndose y luego dispersándose en gotas minúsculas como de spray al chocar en borbotones contra el suelo. Hay un placer básico en el humor de los niños que tiene que ver con hacer lo que los mayores no hacen. Es algo sencillo e irresistible. Los adultos nunca mean desde lo alto de un sitio y juntan los chorros de orina que salen de sus pichas a no ser que estén en algún estado de conciencia alterada. La diversión de los niños a veces contiene una inteligencia radical. Es algo espontáneo, contestatario, gozoso, teatral y creativo. No se burla de nada ni de nadie. No cierra, no compara, no juzga. Todos sabemos de qué se trata, pero nos cuesta mucho recuperarlo.

Aquel edificio en el que nos colamos acabaría siendo una pensión para turistas. Las calles de mi infancia están abarrotadas de pensiones como esa. A pesar de llevar decenios abiertas y a pleno rendimiento en los meses de calor, conservan el mismo aire mortecino y apagado que cuando estaban a medio construir. Cuando callejeas en invierno y las ves precintadas y sin luces, te parece estar en unos estudios de cine con decorados de cartón piedra. Desde el día de inicio de su construcción hasta que con el tiempo y la extinción de los humanos pasen a ser un sedimento más de la corteza terrestre, esos edificios están hechos para el abandono. Están y estarán siempre abandonados. Están abandonados incluso cuando los llena la gente que se aloja en ellos. Eso ocurre porque los huéspedes de esos sitios van allí a abandonarse a sí mismos. Son edificios hechos para eso.

Me gusta la palabra inglesa *wasted*. Ellos dicen: «Let's get wasted». Vamos a arrasar nuestro propio cuerpo. Literalmente: vamos a quedarnos vacíos. Vacémonos. *Wasted* significa yermo, estéril, malgastado, derrochado, vaciado. Infinidad de familias vivíamos de eso en la isla. Llenábamos nuestros platos de comida, salíamos de vacaciones una vez al año o cada dos años, nos vestíamos y pagábamos los recibos de la luz y del agua gracias a eso, gracias a un montón de gente que desea o necesita arrasarse a sí misma unos días y abandonar su propia conciencia. De la nada en la que se convertían ellos aparecía el algo que nos llenaba el buche a nosotros. Las drogas son como cualquier otra cosa. Como por ejemplo una silla. Puedes sentarte a descansar en ella o

matar a alguien de un sillazo en la cabeza. La silla no hace nada. Es tan solo un conjunto de maderas ensambladas que no tiene nada que ver con lo moral o lo inmoral. Sin haber consumido ciertas sustancias, los Beatles hubieran dejado a lo sumo una veintena de canciones bastante graciosas y pegadizas. No los recordaríamos mucho más de lo que recordamos a The Animals o a Procol Harum, por citar otros grupos de la época. Sin drogas Bob Dylan o Miles Davis no hubieran cambiado la historia de la música. La psicología sería bastante diferente de lo que es. No tendríamos secuenciado el ADN. La informática nunca habría avanzado al ritmo que lo ha hecho. Por no hablar de la literatura y el arte. La lista de escritores que se han intoxicado de un modo u otro para hacer su trabajo es tan larga como el perímetro del planeta. Aunque no hayas consumido drogas nunca, tu vida sería totalmente distinta si nadie lo hubiera hecho. No pocos forasteros de la isla tendrían que haberse ganado el salario de otra forma y en otros sitios.

Después de orinar desde lo alto se nos ocurrió lanzarnos desde el primer piso hasta un montículo de arena mezclada con grava fina que había justo debajo. Yo no fui el primero, claro, pero en cuanto vi a otro de los niños hacerlo y entendí la mecánica —caer de pie con las piernas separadas, las rodillas flexionadas y los brazos listos para servir de apoyo en el impacto—, supe que no iba a pasarme nada. De todos modos estuve pensándomelo durante varios minutos y sintiendo el hormigueo que produce el miedo anticipatorio. Los demás me miraban desde abajo y decían pero venga ya, tírate de una vez. Al final un simple paso adelante y la sensación de conocer por fin el verdadero peso de tu propio cuerpo. Cuando uno camina o duerme no se hace una idea de su propio peso. Solo al dejarte caer tu cuerpo entiende cuál es tu verdadero peso, de una forma que la mente no podría. La constancia y la rotundidad con que el planeta te atrae hacia sí mismo.

Impacté en el pico del montículo, hundí las piernas hasta más allá de los tobillos y me dejé rodar hacia el suelo. El instante justo después de caer es raro. Todo se detiene. Por un momento ínfimo pero brillante parece como si no hubiera diferencia entre afuera y adentro de uno. Levanté la cabeza y miré alrededor. El edificio y los ladrillos que lo formaban, la grava, una hormigonera, unos árboles al fondo, varios gorriones, una gaviota alzando el vuelo. Había algo diferente en las cosas. La tierra de la que crecen plantas que desprenden el oxígeno del que nos mantenemos colgados por las narices como las cerezas cuelgan de sus tallos es exactamente la misma tierra de la que salen la arcilla, la caliza y el yeso que se necesitan para armar el cemento que acabará teniendo la forma de ese edificio. Los gorriones, la grava, los árboles, el cemento, nosotros. La vida creciéndole al planeta como pelo al cuero cabelludo de una cabeza.

9

Lo primero y lo más importante que aprendía una comadrona no era tanto a hacer cosas sino a dejar de hacerlas. A no manipular la realidad. A aceptar sin ansiedad y con paciencia que una criatura venga de nalgas o que lleve vueltas de cordón umbilical en el cuello. A no forzar ni ser expeditiva. Una comadrona que conocí me dijo que son los que nacen los que guían el trabajo, los que la ayudan a ella y no al revés. Mamacarmen debía de saber mucho de esas cosas porque sus paisanos la respetaban. Es imposible ser comadrona de un pueblo si la gente no te respeta. En una ocasión el padre de una parturienta llegó borracho en mitad del parto con una navaja abierta en la mano. Venía gritando insultos contra su hija y diciendo que ese niño era una vergüenza para la familia. La ira y la angustia lo movían desde dentro como el motor de un aparato mecánico. Entró con el gesto descompuesto y la empuñadura de la navaja apretada con fuerza. Mamacarmen no tardó ni un segundo en reaccionar. Usó lo que tenía más a mano: unas sábanas viejas que había allí para atender el parto. Alzó una en el aire y la puso entre ella y el hombre. Córteme aquí, haga el favor, le dijo. Se lo dijo sin ningún tono especial, casi con indiferencia. El hombre se encontró con una sábana extendida delante y una navaja en la mano. La rabia le estrujaba los músculos del pecho y le supuraba por los ojos en forma de llanto. Levantó la navaja e hizo bajar el filo con todas sus fuerzas contra la tela blanca. El rasguido sonó como un jadeo que le saliera al hombre de los pulmones. Mamacarmen quedó visible ante sus ojos igual que un personaje al abrirse el telón de un guiñol. Cogió otra sábana y volvió a ponérsela al hombre delante. Él volvió a cortarla en dos pedazos. La escena se repitió varias veces. El hombre jadeaba escupiendo saliva y sudor. Temblaba. Hacía ese ejercicio de lanzar el brazo y rasgar la tela de una manera casi sonámbula. Drogado por la propia angustia. Luego Mamacarmen caminó cuatro pasos veloces, cogió una silla y volvió para dejarla justo detrás de él. Él derramaba lágrimas en silencio. Tenía el agotamiento dibujado en el rostro. Al final se dejó caer en la silla. Ella se acercó a él y le puso una mano en la mejilla y otra en el cuello. Él tiritaba. Mamacarmen parecía en ese momento una mezcla rara de curandera y de verdugo, como si le tomara el pulso para curarle y aliviarle pero también como si le midiera la circunferencia del cuello con las manos para pasarlo por el garrote. El hombre casi se desvanece. Respira, le dijo ella. Ya está, ya pasó. Vete un rato a caminar. Date un paseo hasta el río. Respira hondo y siéntate debajo de un olivo. No vayas aprisa que lo de tu hija va para largo. Ya volverás. Mientras hablaba le quitó la navaja de la mano sin que él se resistiera. Esa era la sabiduría de Mamacarmen. Variar el cauce de las cosas en el momento exacto. Con la otra gente, claro. Con su propia familia le costaba más. Con la familia propia siempre nos cuesta más.

10

Lo primero que siente un niño o una niña cuando alguien le pega es tensión muscular. En todo el cuerpo pero sobre todo en la zona de la garganta. Hay un agarrotamiento que enmudece a la persona. Que le endurece el cuello hasta los hombros y que le reseca la boca. Lo que la agresión le arrebató a la criatura son las palabras. La voz.

La voz está hecha de simple aire que sale de los pulmones. Ese aire cruza las cuerdas vocales y luego, para convertirse en palabras, es respunteado por una serie de aperturas, cierres o intervalos que hacemos con la boca como si fuera el obturador de una cámara de fotos. La voz es aire, nada más que aire percutido de puntos. Rozado por la lengua, acariciado por el paladar, trabado por los dientes y los labios. Tenemos un instrumento musical en la garganta y el habla es la música que produce. Cuando un menor es agredido por su padre, su madre o algún otro adulto de la familia, ese instrumento se colapsa. Esto no es una metáfora. Hay que entenderlo de modo literal: se hinchan las amígdalas, cuesta tragar saliva, el hipotálamo pone en marcha su inaudible sirena de ambulancia. Sentimos una emoción a menudo ingobernable. A medida que pasan los segundos la congestión se extiende. Corre laringe abajo hasta empapar el pecho y sube hacia los ojos y la frente. Rezuma por los músculos de las mejillas. Saltan las lágrimas. No son lágrimas de tristeza. El miedo y la tristeza dan lágrimas distintas. Las de la tristeza salen como cuando exprimimos una fruta, y las del miedo como cuando prensamos una semilla. Las de la tristeza son un manantial: son benéficas y naturales como el clima. Las del miedo son un extracto.

Golpear a alguien hace que su respiración mengüe y que casi se detenga. Se toma el mínimo oxígeno posible. Se está lo menos vivo que se puede estar. No hay voz. Se apaga el habla. Es justamente *para eso* que la agresión existe.

11

Niño, hoy te bañas, le dice Mamacarmen. Bañarse no es algo que Nicomedes haga cada día. Significa calentar ollas de agua en la cocina de carbón, sacar el barreño grande al patio y no salir al campo hasta más tarde. Aunque hoy no es domingo, encima de la cama está planchada y doblada la ropa de misa. No quiere ir con su madre a ningún sitio. Sabe dónde lo lleva. No es la primera vez. Una hora y media después los dos caminan por las calles del pueblo. Nicomedes cuatro metros detrás de su madre. Arrastra los pies y camina con la cabeza gacha, con una ligera chepa hecha de fastidio. Se siente un crío aunque ya tiene casi veinte años. Quiere huir. No estar con ella a la vista de la gente. A ella nada le da vergüenza, y es justo eso lo que le avergüenza a él.

No tardan en cruzarse con alguien. Dos mozas, hermanas, que vienen cargando capazos llenos de patatas. Nicomedes cruza los ojos una milésima de segundo con ellas y les ve la expresión de curiosidad. La partera con su hijo, él vestido de fiesta pero con cara de que le llevaran al paredón. Enseguida rompen a husmear en busca de un chisme: señora Carmen, buenos días, dónde va usted tan bien acompañada, con su Nicomedes nada menos. Las palabras suenan huecas. Mamacarmen las mira unos segundos a la cara hasta que le desvían la mirada. Luego les dice: qué mal os ha criado vuestra madre. Le decís que os lo he dicho yo. Las mujeres se enfadan pero también quedan perplejas. Sin saber qué responder. El golpe las entorpece, las deja confundidas. Querrían protestar pero no pueden. Su mente y su lengua van más lentas que la de la partera. Su carácter es mucho más endeble.

«Le decís que os lo he dicho yo», esa era la frase que había usado Mamacarmen. Uso imperativo del presente. Significa esto: os ordeno que se lo digáis. O mejor dicho: ni siquiera hace falta que os lo ordene. Casi os hechizo con estas palabras, de modo que os resulte imposible no decirlo. Id y enviad mi mensaje contra vosotras mismas. Esas muchachas tendrán que llegar a casa, ir hasta donde esté su madre y decirle: la Manosucias nos ha dicho que somos unas cotillas y que usted tiene la culpa porque nos cría mal. Tendrán que decírselo porque Mamacarmen tiene una memoria excelente y en cuanto vea a la madre de esas mujeres por el pueblo le preguntará: ¿te dijeron tus hijas lo que les dije que te dijeran?

Así es Mamacarmen. Con ella no se juega.

Nicomedes percibe el golpe en el orgullo de las chicas y desea que se lo trague la tierra en ese mismo instante. La dureza de su madre consigue lo contrario de lo que ella va buscando hace tanto tiempo: que alguna mujer joven lo vea como a un hombre. Lo ven, o él siente que lo ven, como a un hijo. Alguien que no es todavía un hombre y que necesita a su madre para todo. Si tu madre habla por ti no eres un hombre entero. Inmediatamente después de meterles a esas muchachas el

dedo en la herida de su principal defecto, Mamacarmen no tiene reparos en responder a su pregunta y decirles la verdad de lo que hacen su hijo y ella vestidos de domingo: dónde voy a ir, a ver si caso a este. Porque como no le case yo, este se me queda mocito.

A medida que se alejan de las mujeres, Nicomedes siente un bochorno tan paralizante que no es capaz ni de caminar. Sus piernas no coordinan. Es como estar en una cárcel hecha de la propia piel de uno. Ve todavía de reojo a las dos mujeres. La vergüenza le obliga a clavar la mirada en el suelo. Los tímidos patológicos como Nicomedes miran la realidad de reojo. Visión lateral. La timidez te hace un experto en lo lateral.

Veinte minutos más tarde Nicomedes está sentado a una mesa. Es una mesa camilla como las que hay en todas las casas del pueblo, con un brasero de carbón en el centro. Hay café con leche servido en tazas de porcelana. Hay chocolate y mantecados y dulces de crema. Hay azucarillos y aguardiente. Al lado de Nicomedes está su madre y enfrente de ambos están la mujer de la casa y su hija mayor. La mujer es una señora mofletuda de tez más blanca que Mamacarmen. Lleva dos rodetes de pelo trenzados a los lados de la cabeza que parecen falsos, como pegados, del mismo modo que parece falso su rostro cuando sonríe parpadeando mucho y dejando los ojos casi cerrados durante el tiempo que le dura la sonrisa. La hija es ligeramente bizca y con la misma cara de su madre, pero con expresión más relajada. Las dos madres no paran de hablar. Se interrumpen y se terminan las frases la una a la otra como señal de cordialidad y para mostrar lo muy atentamente que se escuchan. Las manos de Nicomedes se ponen a liar un cigarrillo como si fueran seres independientes y él no tuviera control alguno sobre lo que hacen. La chica coge una tetera de porcelana y lo mira. De su boca sale algún sonido. Nicomedes no se atreve a mirarla. Asiente mecánicamente y ella le sirve.

La madre y la hija desisten de decirle nada más. Le han preguntado si quiere leche con el café. Si quiere aguardiente o alguna otra cosa. Que cómo le va en los olivos y que si se presenta buena la cosecha de este año. Le han preguntado con qué mozos del pueblo se junta. No saben qué más preguntarle. Nicomedes ni contesta ni les aguanta la mirada. Mamacarmen le responde las preguntas. Ella no está avergonzada. Avergonzarse no le sale: pasa directamente al enfado. Se indigna. En cierto momento le gana la impaciencia y decide que hasta aquí. Se levanta de la silla como un muñeco de muelle y se despide. Se disculpa por irse con tanta prisa, pero lo hace sin poner excusas y con la candidez y franqueza con las que habla siempre. Este hijo mío, dice, yo qué sé lo que voy a hacer con él. No se preocupe, señora Carmen, le contesta la otra. Ya hablaré yo con mi hija. Nunca se sabe con estas cosas. Ya, ya, dice Mamacarmen. Que tengan ustedes buenas tardes, dice. Nicomedes la sigue en absoluto silencio. Sin decir adiós y con la cabeza baja.

Hace poco he conocido casualmente a un veinteañero que me ha hablado de su problema con la timidez y me ha hecho pensar en Nicomedes. Lo que yo tengo no es timidez, me ha dicho el chico. La timidez es ir a una fiesta y hablar con pocas personas o con nadie. Lo que a mí me pasa es no ir a ninguna fiesta porque no soporto ni siquiera la idea de encarar una conversación. En medio de una fiesta me parece que todas mis flaquezas estén a punto de ser reveladas. Hay una corriente subterránea de miedo que no se va nunca. Vives escapando de la misma gente a la que querrías abrazar. Con la que querrías en el fondo de tu alma charlar sin límites. Me viene a la mente algo que contó mi madre sobre Nicomedes: tu abuelo era tan vergonzoso que cuando algo le hacía gracia se daba la vuelta para que nadie le viera sonreír. Se tapaba la boca y se giraba. La timidez lo movía como a una marioneta.

12

El corazón de la calle en la que estaba el pequeño piso en el que yo crecí y viví durante diecinueve años era un colmado sin nombre ni rótulo al que llamábamos Ca Na Catalina. La señora Catalina no ponía ningún reparo en fiarnos cuando en mi casa no llegábamos a fin de mes. Yo mismo hice recados sin dinero infinidad de veces. Allí siempre había un trozo de papel para apuntar el nombre de cualquier persona y las barras de pan que se había llevado.

En el mostrador no había caja registradora. Solo una báscula para pesar el fiambre o la fruta. Catalina hacía la suma de los precios a bolígrafo en un trozo de papel. Tardaba una eternidad. Apoyaba el vientre y los brazos en la superficie del mostrador y ponía la cara muy cerca del papel. Lo hacía con gran concentración y dificultad. Los números le quedaban grandes, caligráficos, temblorosos, y ella los iba recitando en un susurro como si creyera que al decirlos en voz alta fueran a escurrirse de su mente y del papel. Los decía siempre en castellano en lugar de usar su lengua materna. Cuando terminaba de hacerlo te daba en silencio el trozo de papel para que le pagaras y te miraba. Sin decirte la cifra final. El mobiliario era de una madera oscurecida por el tiempo. Era de tacto muy gustoso y de un color marrón denso con vetas de tonos granates y negros. El olor me recordaba al regaliz y un poco también al musgo. Me encantaba llegar a pedir el pan y poner las manos en ese mostrador macizo y rugoso. Se sentía en la piel como si se estuviera tocando algo vivo. Catalina era bastante más vieja de lo que su agilidad y su cuerpo nervudo hacían pensar. La verdadera edad la tenía en las arrugas de la cara. Su rostro era lechoso y las arrugas, nítidas y hondas, como cinceladas. Hermosas. Los ojos grises y azules le brillaban como los de una persona joven. Nunca le vi el pelo porque siempre lo llevaba oculto en un pañuelo negro. Era una de esas isleñas mayores a las que jamás se veía sin la ropa negra tradicional de la isla. El producto que más recuerdo comprar allí era una gaseosa que venía en botellas de cristal transparente con tapón mecánico de porcelana. Gaseosa Riera, se llamaba. En mi familia éramos adictos a esa agua azucarada. Recuerdo el pumf de las burbujas que hacía la botella al destrabar el tapón. Se oía por los ojos y la nariz además de por los oídos.

Casi todas las mujeres del barrio eran clientas habituales de Catalina. Amas de casa, las llamaban entonces. Una mujer como aquella, con su ropa negra, su laconismo y su dificultad para hablar en castellano era lo último que los forasteros esperaban ver cuando llegaron a la isla desde sus pueblos. La vieja tendera tampoco tenía ni idea de dónde salían esas mujeres que hablaban tan alto, que parecían enfadadas cuando estaban simplemente alegres y que dejaban a sus hijos corretear y tocarlo todo como si la vida fuera una eterna fiesta de cumpleaños. Un día entré a hacerle un mandado a mi madre y Catalina estaba escuchando con atención lo que decía una clienta. Ninguna de las dos se inmutó ni dejaron de hablar por mi presencia. La forastera hablaba

de otra clienta habitual. La estaba despellejando: era sucia, malcriaba a los hijos, era perezosa, no sabía cocinarle al marido y la echaban de todos los hoteles donde trabajaba. La mujer se explayaba hablando, se tomaba su tiempo. Daba detalles. Nunca voy a olvidar la expresión de la señora Catalina. Miraba en silencio a los ojos de su interlocutora. En sus labios había una curva lo suficientemente leve como para que no se pudiera decir que estaba sonriendo ni que estaba dejando de hacerlo. En un momento dado la mujer crítica zanjó una frase y se detuvo. Esperaba un asentimiento, una respuesta, una confirmación, unas palabras de complicidad que convirtieran a Catalina en confidente. Esperaba como quien ha tirado un guijarro a un pozo y quiere oírlo sonar en el fondo. Pero allí no sonaba nada. Catalina y su clienta eran como dos especies distintas de animales que coinciden por primera vez en el bosque. Uno de los animales escarba, curiosear, picotea. El otro espera y observa. Se sorprenden y se extrañan el uno del otro. Para nosotros, los hijos e hijas de los forasteros, ese asombro era una patria tan buena como cualquier otra.

13

Justamente porque ninguna de las personas que me han contado lo que le pasó a mi abuelo en el servicio militar estuvo presente, sus versiones son casi idénticas y se reducen a esto: durante la primera semana de instrucción como recluta en un cuartel de la ciudad de Sevilla, Nicomedes sufrió su primer brote psicótico. Le arrojó a un oficial una fregona empapada de agua sucia a la cara. Como consecuencia de ello lo arrestaron y le amenazaron con someterlo a un consejo de guerra. Tuvo la suerte de que estuviera presente otro recluta de su mismo pueblo. El chico intercedió. Insistió en que Nicomedes era una persona ejemplar y consiguió que lo viera un médico. Fue declarado inútil para el servicio y lo devolvieron a su casa.

Lo de la fregona es un anacronismo. En 1933 faltaban más de veinte años para que se patentaran las fregonas tal y como las conocemos hoy en día. Los suelos se fregaban de rodillas. Con paños húmedos. Así que como mucho Nicomedes le tiró al oficial un trapo mojado. Pero bueno, no vamos a ponernos pejugeros. Un trapo, una fregona, un mocho, qué más da. Lo que resulta algo más sospechoso es que esa ofensa se la hiciera Nicomedes a un oficial. Un coronel según mi tío y un comandante según mi madre. Yo veo un poco raro que los que se ocupaban de mandar a los reclutas a limpiar las letrinas fueran oficiales. El que acabó con el trapo mojado en la cara debió de ser un cabo o a lo sumo un cabo primero. Ningún coronel deja de hacer lo que esté haciendo para ocuparse de que los boquetes en los que se alivia la tropa estén limpios, y menos para endosarles consejos de guerra a ingenuos reclutas recién llegados de provincias. Si la exageración fuera una disciplina artística o un arte marcial asiático, alguno de mis ancestros habría fundado una escuela y ahora perteneceríamos todos a una vieja saga de maestros. Hoy en día el viaje desde el pueblo hasta el cuartel sería breve. Ciento ochenta kilómetros hasta Sevilla. En internet encuentro unas fotos de los medios de transporte de la época. En una de ellas aparece un autobús que se parece poco a lo que ahora entendemos por autobús. Me recuerda ligeramente a las furgonetas Citroën 2CV típicas de mi infancia, pero más alargada y con bancos para sentarse en la parte superior. El vehículo está prácticamente oculto porque por todas partes cuelgan fardos y maletas que lo cubren. Apenas se ven el capó y los faros como los ojos saltones de un camaleón. Nicomedes no se había alejado del pueblo jamás. Lo máximo que había hecho era acompañar a su hermano mayor a trabajar a algún cortijo. Quizá fuera la primera vez que se montaba en un vehículo a motor. La primera vez que iba a estar lejos de su familia durante más de dos o tres días. La primera vez que iba a tener que enfrentarse a decenas o, tal vez, centenares de rostros y voces desconocidas. La primera vez que las personas con las que se cruzara por la calle serían desconocidos que no le darían las buenas tardes.

Sevilla era un sitio enorme a los ojos de Nicomedes. Allí llegaba el ferrocarril. Había

comercios que vendían artefactos modernos inimaginables, calles repletas de gente, hombres y mujeres vestidos con una extravagancia inédita en el pueblo. Multitud de novedades asombrosas para él. Lo imagino durante los pocos días que pasó en la ciudad. Vestido con el uniforme de paseo y caminando junto a otros cuatro o cinco reclutas. Abrumado por las cosas que veía e intentando disimular su ansiedad. Acechado por un mendigo que detecta de lejos a la gente de pueblo y que casi le arranca el dinero del bolsillo. O asustado por las viejas que leen el futuro en la palma de la mano a la puerta de la catedral, con sus faldas coloridas y sus cadenas de oro y sus párpados bolsudos de arrugas quemadas por el sol. Lo imagino aterrizado en la instrucción cuando el sargento se pone a su lado y le grita al oído con saña y dureza. Lo veo en pánico. Incapaz de llevar el paso y por lo tanto incapaz de desfilar. Lo imagino, de hecho, empeorando a diario a medida que el instructor lo acosa y lo insulta. Lo imagino humillado y sobrepasado de un modo impensable en el pueblo. Sin entender la razón de que exista ese lugar ni por qué tiene que estar él allí. Lo imagino a punto de explotar: llora bajo las mantas después de la retreta porque teme ser incapaz de llevar el paso al día siguiente.

A ciencia cierta no tengo ni idea de lo que le pasó a mi abuelo en el servicio militar. Me lo estoy inventando. O mejor dicho: estoy recordando. Hablo de mi propia mili, más de sesenta años después de la de Nicomedes. Fui de los últimos hombres obligados a dedicarle un año de la vida a ese asunto. En mi cuartel había un cabo que gozaba humillando a los reclutas. Buscaba intuitivamente a los más débiles para exponerlos y usarlos como lienzo donde pintar su hijoputez y después mostrárnosla a los demás. Físicamente era clavadito al cantante Juan Perro. Pero se trataba de un parecido invertido: Juan Perro era guapo, sofisticado, inteligente y un tipo en quien parecía que se podía confiar. Pero su sosia militar, al que nosotros llamábamos simplemente el Perro, era feo, falso y mezquino. Podías confiar en él tanto como un roedor confía en un halcón. En su rostro había siempre una mezcla de placer y asco. Es un gesto que tengo asociado para siempre con la institución militar. Por algún motivo ese hombre no sabía expresar el asco y el gozo con gestos distintos ni de modo separado. Ambas cosas se mostraban siempre juntas en su rostro como si una le sirviera de palanca a la otra.

Había un recluta que venía del pueblo mallorquín de Artà. Lo llamábamos así mismo, Artà, porque era común llamar a los soldados por el nombre de su lugar de origen. Su lengua era el catalán de Mallorca y el castellano lo hablaba con evidente dificultad. Apenas sabía escribir. Cuando asía el bolígrafo, parecía que tuviera entre los dedos un animal vivo que intentara huir. Caminaba con una torpeza descomunal. Llevar el paso en formación era una tortura para él. Resultaba evidente que no llegaría a aprender para el día de la jura de bandera. El Perro ponía su cabeza de pelo engominado a dos milímetros de la del pobre chico y le gritaba con todas sus fuerzas: ¡Artà! ¡Me da vergüenza verte caminar! ¡Das vergüenza! Artà intentaba responder a la agresión con alguna palabra, pero apenas se le entendía. Emitía sonidos guturales y temblorosos, una especie de sollozos hablados. ¿Qué te pasa, Artà?, le decía el Perro. ¿Llevas un zapato en la boca? ¿Es que no sabes hablar? Aprovechaba cualquier ocasión para humillarlo. Lo insultaba siempre que podía. Insultaba su lengua materna, su cultura, su extracción social, su carácter sencillo y cerrado de pueblo. Se burlaba de su fealdad y de su cuerpo pequeño y poco proporcionado. Al cabo de unos días algunos de los soldados también empezaron a burlarse de Artà. El Perro actuaba así como forma de hacer reír al grupo. Creaba distensión y complicidad en la tropa a base de ser cruel con uno de sus componentes. Lo conseguía a la perfección. Buena parte de los reclutas se reía a carcajadas. Hasta el propio Artà se rio algunas veces, cosa que

resultaba de lo más siniestra. Era una risa cargada de pena y de cansancio. Como si intuitivamente quisiera protegerse con ella. Un día unos abuelos —así llamábamos a los soldados que estaban ya por licenciarse— decidieron divertirse aún más a costa de Artà. Lo despertaron de la siesta para decirle que había llamado el comandante Sureda. Sí, Sureda, de tesorería, le dijeron. Según ellos, Artà se tenía que presentar a la mañana siguiente en su oficina. Ese tal Sureda era también nacido en Artà y solo confiaba en gente de su pueblo para llevar la contabilidad general del cuartel. Había llamado preguntando si había entre los reclutas alguien apropiado. Había dicho: si es de Artà, pongo la mano en el fuego por él. Han pasado muchos reclutas de Artà por este cuartel y ninguno me ha fallado jamás. Luego los abuelos se pusieron a contar anécdotas del famoso Sureda. No sabes la que te ha caído encima, Artà, le dijeron. Es el más salvaje del cuartel. Está loco. Una vez le pegó un tiro a uno por no saber multiplicar. Así sin más. Abrió el cajón de su escritorio, sacó una pistola y le disparó. Artà estaba pálido. Hablaba solo y farfullaba cosas ininteligibles. A veces se levantaba y caminaba hacia la puerta como queriendo hacer algo, para luego volver a sentarse en la cama y seguir hablando solo. Su cuerpo parecía haber encogido. La cabeza gacha, los hombros atezados por el miedo, las muñecas flexionadas hacia dentro, los puños cerrados y apretados contra el vientre. Se abrazaba instintivamente las rodillas, haciéndose una bola. De pronto llegaban los abuelos y le preguntaban: Artà, ¿has ido ya a preguntar a tesorería? Tendrías que ir informándote, porque mañana te esperan allí después del desayuno. Seguro que no sabes ni dónde está. También tendrías que repasar las tablas de multiplicar. La tabla del ocho la pregunta siempre y a veces también la del nueve. A todos se les escapaba la risa, pero la angustia de Artà era tan grande que no se hubiera dado cuenta en un millón de años de que aquello era una broma. Lloraba en silencio. Yo me preguntaba cómo era posible que hubiera pasado las pruebas médicas. Qué médico habría sido el gran zoquete chusquero que no se dio cuenta y qué tipo de examen psicológico habrían diseñado o quién lo habría interpretado para que ese chico hubiera ido a parar allí. En algún momento se unió a la broma el Perro con su cara de asco gozoso o de gozo asqueroso. El Perro no sabía ni reír. Para reír enseñaba el morro dentado y achicaba los ojos de un modo que no puedo olvidar, como si todo él fuera una marioneta de su propio asco, como si su cuerpo fuera un apéndice articulado que colgara de su boca picuda, de sus salidos dientes incisivos. Reía sin participar en la broma activamente: era testigo de ella sin hacer nada para evitarla. Artà quería hablar, pero no le salía la voz. Estaba sufriendo. Algunos de nosotros queríamos decírselo y librarle de aquel sufrimiento, pero también teníamos miedo. Habíamos visto ya bastantes humillaciones. Podían cogerte ojeriza por cualquier motivo y hacerte la vida imposible. De golpe nos dimos cuenta de que a Artà le pasaba algo. Parpadeaba más de lo normal y su discurso se había vuelto incomprensible por completo. Babeaba por la comisura de la boca. Me parecía estar entre borrachos, porque por algún motivo solo yo me daba cuenta de que a ese chico le estaba pasando algo más grave que simple miedo o angustia. Estaba sufriendo algún tipo de ataque. Un episodio epiléptico o algo parecido. Me acerqué y me senté a su lado. Otro recluta de mi quinta, Javier, se acercó también. Agarré de los hombros a Artà y le dije: Artà, Artà, mírame. Le cogí la cabeza con las manos y la puse frente a la mía. No me respondía. Fue entonces cuando uno de los abuelos se percató de lo que pasaba y avisó a los otros. Aquello se les había ido de las manos. De repente lo vi en sus rostros. Fue cuestión de un segundo. Esos chicos que se movían por el cuartel con un arrogante aire de superioridad, y que cuando llegué allí me parecieron tres o cuatro años mayores que yo, se convirtieron de golpe en poco más que unos adolescentes. En pocos instantes pasaron de gozar de una broma cruel a sentirse asustados y paralizados por la culpa. Se veía perfectamente lo que había por debajo de sus bravuconadas:

eran gente como otra cualquiera. Buena gente. Su crueldad se había disipado como humo en una ventolera.

Lo único que hicimos Javier y yo fue intentar acompañar a Artà mientras alguien iba corriendo a pedir ayuda a enfermería. Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Actuaba por instinto. Lo cogimos de los hombros y las piernas y lo tumbamos en su litera entre los dos. Creo que el simple hecho de extender las extremidades ya le ayudó. También le abrimos los puños, que tenía cerrados con fuerza. Dedo a dedo fuimos abriendo y extendiendo sus manos. Yo le iba diciendo cosas: tranquilo, Artà, es una broma, no pasa nada, no tienes que hacer nada, Sureda no existe, nadie te va a matar. Javier pidió un paño empapado en agua fría. Cuando lo pidió sonó como una orden, y el abuelo que lo trajo actuó como un subordinado rendido del todo a la situación y a su rango inferior en ella. Obedeció. La gente que desea estar en una posición de mando es casi siempre la peor para hacerlo. La autoridad genuina se ejerce temporalmente, sin que la deseemos para nosotros mismos. Es algo que te llega. Que te usa para que hagas lo que tiene que ser hecho y luego se va de ti. Le pasamos el paño a Artà por la cara varias veces. Le dimos agua. Cuando llegó el médico, ya era capaz de dirigir la mirada y en cuestión de minutos hablaba con cierta normalidad.

El Perro llegó al poco rato. Artà, dijo, me han dicho que nos dejas. Que te vas a tesorería. Luego lanzó al aire su risa ganchuda y sórdida. Nadie le rio la gracia. Primero la desconfianza le torció la cara y un segundo después su propia estupidez se la volvió a retorcer. Cuando escucho la historia del joven Nicomedes lanzándole un trapo empapado de agua negra de las letrinas a un suboficial, no puedo evitar ver a ese suboficial con la cara del Perro. Nicomedes lanza el trapo y le cae al Perro en toda la cara sesenta años más tarde. Es el Perro quien en mi mente aprieta los ojos de ira y de incredulidad. Un trapo sucio ha tardado esos sesenta años, a los que hay que sumar los veintitantos que han pasado desde que yo terminé el servicio militar, en ser lanzado y llegar al final de su recorrido por el aire hasta la cara de un cabo chusquero en estas páginas.

Se me cruza una idea por la mente. Es probable que sea una idea rara o una mistificación por mi parte, pero ¿no puede ser que Nicomedes se brotara para evitar la mili? No quiero decir que lo hiciera conscientemente, claro. Pero con lo de Artà tuve la sensación de que el ataque llegaba cuando él ya no podía más. Es como si su cuerpo supiera que se acababa de cruzar un límite tras el que Artà no podría seguir lidiando con la realidad y lo dejara fuera de combate para evitarle el asunto. He oído que a ciertos animales, como por ejemplo a los ciervos, se les colapsa por completo el sistema nervioso central para no sentir dolor una vez han sido cazados por sus depredadores naturales. Cuando vemos un documental en el que un par de leones están desgarrando la carne de un ciervo al que acaban de atrapar, esa presa está todavía viva. Los leones comen sin prisa alguna y sin molestarse en matar del todo al ciervo antes de zampárselo. Pero a pesar de ello el ciervo ya no patatea ni se sacude para liberarse. Algo lo ha desmayado por dentro para que el acontecimiento final de su vida no sea una tortura. Para favorecer el traspaso. ¿Y si nosotros también hacemos lo mismo? ¿Y si los brotes de los psicóticos son algo parecido a la parálisis del ciervo? ¿Tienen función? ¿Existen por algún motivo?

14

Yo tendría unos doce años cuando vi por primera vez a Ibars. No coincidimos demasiadas veces y él nunca notó mi presencia. Yo era solo un niño que rondaba por ahí. El hijo de alguien que era conocido de otro alguien que por casualidad estaba en el mismo sitio. Casi todo lo que sé sobre su vida me lo han contado otras personas.

Tenía un aire serio que a él a veces le gustaba interrumpir para revelarse como un bromista áspero y jugoso. Era un hombre de más de cuarenta años, con una cara mofletuda que no le pegaba a su torso flaco y sus piernas enclenques, y que no dejaba de fumar en ningún momento. Las primeras palabras de casi todas sus frases le salían de la boca junto con humo de tabaco. Su voz grave y sus frases lúcidas y cortas hacían que le dieras la razón antes de escuchar lo que estaba diciendo. Me impresionaba su seguridad. Ahora sé que la seguridad puede ser una máscara con la que cubrimos nuestro miedo, pero en mi recuerdo Ibars sigue apareciendo así. De pocas palabras pero claras. Sin doblez, sin cortesía falsa.

Era médico. Tenía una consulta privada, aunque más que consulta era un ambulatorio en miniatura. Se ganaba la vida gracias a una pequeña ambulancia para urgencias que daba cobertura a percances a los que la ambulancia del sistema público tardaba más en llegar. El hospital estaba a quince kilómetros de distancia. Ibars, a cincuenta metros. En una sola noche de agosto podía haber más urgencias en el West que en el resto de la isla durante todo un mes de invierno. Sin algún tipo de solución privada habría muerto más gente de la que ya moría. Comas etílicos. Ahogamientos. Caídas desde balcones. Sobredosis. Puñetazos. Navajazos. Infartos. Ataques nerviosos. Malos viajes. Atropellamientos. Colisiones en motos y coches de alquiler. Esto solo por hablar de las muertes. Aparte, incesantes llamadas por cualquier otro tipo de incidente menos grave. Fracturas, cortes, insolaciones, intoxicaciones, desmayos en la arena de la playa.

Por cuestiones de trabajo, Ibars tenía que colaborar a menudo con J. M. Baxter, el vicedeán inglés en la isla. Baxter estaba a punto de cumplir los cincuenta años cuando lo enviaron a ese destino supuestamente benigno. De la isla le atraían el clima poco severo —como a todos sus compatriotas— y cierta nostalgia de sus años mozos. No siempre había sido un diplomático moderado y circunspecto. Cuando era veinteañero había tocado en un grupo de rock y había estado en la isla. La recordaba como recordamos la juventud: mal, mintiéndonos, seleccionando pedazos de la memoria y asiéndolos con cuatro dedos como pinzas de crustáceo para ponérselos a los demás delante de la cara hasta que los confundan con nosotros. A Baxter le hacía ilusión empezar esa nueva etapa. Los primeros meses los pasó adaptándose al puesto. Pequeños trámites y asuntos de poca trascendencia que su secretaria le daba ya masticados y solo para echarles la firma. Aprovechó ese tiempo de transición para presentarse en sociedad. Conocer la isla y a su gente,

recorrer los pueblos y entrevistarse con los alcaldes, mostrarse accesible y solícito pero a la vez firme. No tardó en darse cuenta de que la gente supuestamente importante de la isla hablaba más bien poco y no decía nada especial. Normalmente eran otras personas quienes le daban la pauta de la negociación. Cierta alcalde le hablaba a través de su mejor amigo, que era el dueño del restaurante donde estaban comiendo. El vicepresidente del Consell Insular lo sentaba en una cena informal al lado de un hermano suya que le lanzaba ideas delirantes o misteriosas sugerencias. Baxter no sabía qué pensar. Aquello podía ser un patológico exceso de cautela o una forma de burla cariñosa típica de la isla. Ser diplomático, en opinión de Baxter, era leer esas cosas entre líneas. Adivinar lo que está ocurriendo detrás del guiñol. Creía sin falsa modestia que no se le daba del todo mal.

Pero en la isla había también otros asuntos menos sutiles. La primera vez que su secretaria — que había sido la secretaria de los dos anteriores vicecónsules— le pasó una llamada verdaderamente seria, Baxter percibió desde el principio un tono distinto en su voz, algo cortante sin dejar de ser amable, una especie de advertencia no dicha pero adherida a la manera en que sonaban las palabras. Antes de pasarle con alguien de la policía, le dijo: señor, ha caído el primero del verano. ¿De qué me habla?, respondió él. ¿El primer qué? El primer muerto, dijo ella.

Ibars ya llevaba un par de horas en el lugar cuando Baxter llegó. Estaban también los amigos del muerto. Muy jóvenes. Dos chicas que lloraban abrazadas y tres hombres pálidos de miedo o de angustia. Uno de ellos sentado en la grava del arcén de la carretera con las manos en las sienes como tratando de responder a base de amargura al enigma cósmico de por qué estamos aquí, en esta bola azul y verde que gira alrededor de un ascua gigantesca. Los gestos y los rostros de esos chicos eran muy distintos a los del resto de personas congregadas allí. El jefe de los municipales, tres guardias civiles, Ibars, el conductor de la ambulancia y alguien más que Baxter no reconoció. Conversaban y fumaban junto a un árbol. Hablaban de cualquier cosa excepto de la muerte de aquel chico. De amigos comunes, de las próximas vacaciones, de la liga de fútbol, de montar un partido de policías contra guardias civiles. La conversación sobre lo sucedido ya había tenido lugar. Había sido un silencio largo interrumpido por frases cortas y superficiales: hay que ver qué gente que nos llega, esto cada verano está peor, imagínate la familia de este chaval cuando se entere, y además esto solo le trae mala fama a la isla, cómo va a venir turismo de calidad de esta manera. Cinco o seis hombres de mediana edad que fumaban y exhalaban con cada calada lugares comunes como tóxicas teteras parlantes. Todos menos Ibars, que permanecía en silencio. Lo observaba todo minuciosamente. A veces no lo parecía por culpa de su estilo lleno de desapego cínico y de aparente despreocupación por lo que ocurre, pero a Ibars no se le escapaba nada. Se dedicaba a hacer lo que hacía siempre: escuchar como si no escuchara, mirar como si no mirara.

El cadáver estaba en una posición rara. Una de las piernas se había descoyuntado y caía sobre la otra de un modo que parecía imposible. Con una mano todavía agarraba la base del vaso roto. Incluso había un poso de líquido dentro. Ginebra, según el atestado policial. La cara estaba desfigurada. Irreconocible. Un charco de sangre se le había ido acumulando bajo el torso. El lugar exacto del incidente estaba a unos cincuenta metros de la salida de la discoteca. Nadie vuelve de esa discoteca a pie. Se vuelve en coche, bus o taxi. Lo más probable es que el chico saliera del recinto y cruzara la carretera como quien camina por su propia casa. Sin darse cuenta de que eso era una carretera. Que estuviera caminando tranquilamente por el mundo de dentro, en el que no hay carreteras ni coches. Los amigos no se ponían de acuerdo en sus declaraciones. Mencionaron cuatro sustancias en total cuando fueron preguntados por las drogas que había tomado el chico

durante la noche. Es posible que hablaran de la misma sustancia con nombres distintos, lo que confundía a unos guardias civiles cuyo conocimiento del inglés era precario. Eso sí: ginebra sin pausa. Baxter imaginó al chico. Cómo caminaba tambaleándose. Absorto en el gozo del frescor del amanecer en la cara. De aromas a estiércol, a tierra húmeda, a flores silvestres, a hierba, todo acentuado por el efecto de alguna de las drogas que habría tomado. La brisa dulce en contraste con el aire denso del interior del local. La persona que lo arrolló con el coche había entrado en una crisis de ansiedad. Habían tenido que hospitalizarla. Estaba sedada. Era una mujer de cincuenta y siete años que iba al trabajo junto con otras dos colegas. Las tres eran limpiadoras que empezaban su jornada laboral de madrugada. Para el chico atropellado era la noche, para ellas era la mañana. La mujer tenía un expediente de conducción impecable. Ni una sola infracción en su vida. Conducía con la misma atención de siempre. Otro conductor que fue testigo del accidente declaró que esa mujer no hubiera podido evitar lo ocurrido de ninguna manera. El chico salió de la nada. Caminaba rápido y sonreía como un sonámbulo que sueña que está jugando en el patio de una escuela.

Pocas horas más tarde Baxter visitó a esa mujer en el hospital y le resultó imposible consolarla. Era menuda y morena, de brazos cortos y cejas pobladas. Ni siquiera parecía entender el significado de las palabras que le decía Baxter cuando le aseguraba que podía dormir con la conciencia tranquila. Le daba vueltas sin parar al suceso. Si hubiera salido un poco más temprano, si no me hubiera entretenido desayunando en el bar, si no hubiera charlado con el camarero o si hubiera charlado un poco más. Era una mujer religiosa. Muy española, pensó Baxter, aunque enseguida se dio cuenta de su prejuicio étnico y se fustigó por no ser más ecuánime y juzgar menos a la gente por su procedencia. Salió de allí con la seguridad de que él no podría ayudarla en nada que no fuera material. Y ni siquiera en eso. De eso ya se ocupaban los seguros. Desde el principio el caso estaba resuelto a favor de la mujer. Ese tipo de accidentes estaban previstos en el presupuesto anual de discotecas y agencias, y las pólizas de seguros los cubrían sin dificultad. Pero eso a ella le daba igual. No es que le diera igual el dinero, es que simplemente no pensaba en él. Había visto por un instante una presencia humana, un rostro iluminado de ojos abiertos y expresión serena y gozosa que cuando fue arrollado por su vehículo parecía estar esperando sentir la frescura gustosa de una ola del océano. La mujer ve una y otra vez en su memoria ese rostro y recuerda una y otra vez la sensación del impacto del cuerpo contra la carrocería de su coche. De qué dinero le habla ese extranjero de gafas, quién demonios es ese tipo, para qué ha venido, por qué parece tan afligido si él no ha matado ni le han matado a nadie. No quiere escucharlo más. Le pone la mano en los labios para hacerlo callar y le mira a los ojos obligándole a él a hacer lo mismo. Señor, le dice, era un chiquillo, señor, ni veinte años tenía. Tiene familia, tiene madre y padre, señor, usted no entiende nada, hay un padre y una madre que se han despertado hoy sin un hijo en el mundo, señor, es usted el que no está entendiendo nada. Quién es usted.

Ese día Baxter estuvo a punto de no volver directamente a casa. De ir a algún sitio a tomarse un *gin- tonic*. Hacía años que no probaba ni una gota.

15

Mamacarmen tomaba el fresco en una silla apostada en la puerta de la casa cuando vio a un muchacho del pueblo venir corriendo desde lejos. Por el rostro y la forma de correr del joven ya supo que eran malas noticias antes de que llegara. Ella llevaba varios días con el presentimiento auestas. Que dice mi madre que le diga que su Nicomedes está en el casino, dijo el chico jadeando. Lo ha dejado hace un rato el coche de línea. Que se dé usted prisa, señora Carmen. Ella se levantó de la silla y echó a andar en ese mismo instante sin mediar palabra. Bajó la cuesta hasta el parque y luego hasta el casino. Eso significaba atravesar el pueblo entero. A medida que bajaba la iba saludando todo el mundo. En algunas miradas y en el tono de algunas voces al dar las buenas tardes ya se barruntaba todo lo malo, pero nadie le decía nada ni ella lo preguntaba. En la puerta del casino vio a Justo, el dueño, que normalmente no estaba allí porque el negocio lo trabajaban los hijos desde hacía tiempo. Desde lejos le hizo señas para que entrara. En aquel tiempo las mujeres no entraban en el casino. Ella y Justo eran de la misma edad y habían jugado en la calle cuando niños. Era deslenguado, liberal y anticlerical. Llevaban años sin decirse más que buenos días, aunque apenas se cruzaban por la calle. Él había sido siempre un ave nocturna, ella de levantarse al alba.

Todo se oía distinto, todo se veía distinto. Había incluso otro olor. Mamacarmen quiso mirar desafiante a Justo pero no pudo. Bajó los ojos al suelo, cosa rarísima en ella, y entró por primera vez en su vida al casino del pueblo.

Al cruzar el umbral se tambaleó ligeramente. Nicomedes estaba sentado en una silla y esposado. Cuándo y por qué ha vuelto de Sevilla. Qué le ha pasado. Qué le han hecho a su hijo. Está ahí pero no está ahí. No la reconoce. Mamacarmen siente de repente cosas que no ha sentido nunca. Le viene a la mente la frase «Mi hijo es un recién nacido». Le llega una tristeza que la abraza por dentro, a la que ella no está acostumbrada y que la desorienta, que le hace perder el sentido recto de lo que debe hacerse. No se reconoce a sí misma. Su hijo no parece su hijo y ella tampoco parece ella. Tiene la certeza extraña y perturbadora de que Nicomedes acaba de nacer en ese mismo instante. De que es un bebé. Pero no lo es, tiene veintiún años y debería estar en un cuartel militar de Sevilla haciendo el servicio. Qué hace ahí. Siente unas ganas de llorar improrrogables, pero de algún modo se las traga. Hace fuerza y se las traga. La escena está congelada. En medio del huracán interno aún es capaz de detenerse, de preguntarse qué le está pasando. Nunca había sentido algo tan enervante, tan en carne viva. A la realidad le da igual que tardes años en reconocerla. No le importa llegar cuando tú ya estás en el lecho de muerte. Te atrapa igual.

Nicomedes respira muy fuerte. Parece que le faltara el aire. Está sudando a chorros. No mira a

su madre. Hay dos guardias civiles que saludan con respeto a Mamacarmen, como si quisieran o necesitaran reconocer su rango en la comunidad. Dos hombres solo un par de años mayores que su hijo, ambos incómodos con la situación, sin atreverse del todo a mirarla a los ojos. Todo el mundo conoce a Nicomedes. Nadie tiene cuentas pendientes con él ni él las tiene con nadie. No había quien lo sujetara, dice Justo para romper el largo silencio. Ella no le contesta nada. De camino a casa, con su hijo aún esposado y los dos guardias caminando detrás de ella, siente las miradas de todo aquel con quien se cruza. Su hijo descalzo, andrajoso, maloliente. Subiendo la cuesta escoltados por los guardias. La familia en boca de todo el pueblo. Por primera vez en su vida se siente pequeña. Una persona pequeña y débil.

Nicomedes tardó varios días en salir de su estado. El médico mandó traer de la ciudad una camisa de fuerza y unas cinchas de contención. Mamacarmen por momentos se quedaba con la mirada fija y con la mente en otra parte. Su hija María Jesús nunca la había visto así. Verla así la descolocaba, le provocaba lloreras inusitadas y emociones nuevas. Aquella fragilidad humanizaba a su madre. Qué distinta estaba. Más cercana, menos dura. Era raro: aunque se comportaba de forma muy distinta a la habitual, al mismo tiempo se la veía más ella que nunca, como si una Mamacarmen primigenia, oculta durante años, hubiera renacido de repente.

Cambió la actitud de la gente con ellos. Por fuera nada era distinto, pero en realidad todo lo era. Nadie sacaba a relucir el tema, pero ese silencio lo hacía todavía más presente. Al cabo de algunos meses se oyó alguna cosa que otra. Mira la Manosucias, pobrecilla, oyó María Jesús decir a alguien al girar una esquina del brazo de su madre. Lo que le queda que pasar a la pobre, dijeron. Ella lo oyó claramente. Le sorprendió mucho que su madre no contestara. Que no replicase nada. Aquello era infinitamente más grande de lo que podían asumir. Mamacarmen no dejaba de pensar en un castigo divino. Las primeras semanas apenas dormía. Cuando no estaba pendiente de Nicomedes, estaba rezando en la iglesia. Se confesaba mucho, algunos días dos veces. Dios me está castigando, decía. Pecado de orgullo, repetía mientras pasaba las cuentas del rosario.

16

Él pensaba que había ido a la isla para tratar con los políticos locales. Para hacer diplomacia. Para afinar las relaciones entre los dos países y de ese modo facilitar la llegada de empresas británicas. Sin embargo, su tiempo y su energía se consumían en otras cosas. Tenía que hacer frecuentes visitas al hospital para preocuparse por adolescentes británicos víctimas de accidentes de tráfico, de comas etílicos, de ataques al corazón, de caídas desde balcones, de paradas cardiorrespiratorias, de sobredosis. Organizaba la repatriación de cadáveres. Llamaba a las familias. Negociaba en persona la liberación de chicos y chicas retenidos en las celdas de la comisaría después de actos de vandalismo. Pronto se convirtió en un asiduo del West. Esas calles se transformaron en un rompecabezas cuya resolución él creyó responsabilidad suya. Fantaseaba con encontrar una solución a todo aquello. Se pasaba el día imaginando que tomaba medidas drásticas. Hablaba en su mente con políticos y autoridades locales y daba conferencias al respecto. Estaba trabajando en un artículo de opinión para la prensa local. Creía que podía poner su grano de arena para detener la sangría. Se le veía en cualquier esquina del West ya entrada la noche, andando despacio, pensativo, recomido por la ansiedad. Según su humor y la aparición o no de su insomnio —que llevaba años sin molestarle pero que en la isla había vuelto con una fiereza inusitada—, decidía ir después de medianoche y quedarse dando vueltas por allí hasta la madrugada, o por el contrario salir de la cama a las tres o las cuatro y meterse en el coche para recorrer los quince kilómetros que separaban su casa del West. Se le veía en los *afters*, en el puerto, en el espigón. Una vez vio a una compatriota suya sentada en un taburete alto de la barra de uno de aquellos *pubs* que no eran ni discotecas grandes ni bares pequeños, agarrada del brazo de un joven al que desabrochaba la bragueta del pantalón. El chico se dejaba hacer, buscando a sus amigos con la mirada y empezando a bromear con ellos. La chica se subió la falda y dejó ver su sexo. No llevaba ropa interior. El joven la penetró allí mismo, sin besarla, sin tocarla casi. Baxter estaba atónito. Le impresionó mucho aquello, pero sobre todo le impresionó que la gente que había allí, salvo por algunos comentarios jocosos y algunas bromas, siguiera a lo suyo sin apenas prestarle atención al hecho de que se estuviera practicando sexo en el local. Se le pasó por la mente la idea de que en el bar les hubieran puesto a los clientes alguna droga en la bebida. A todos menos a él. Estaba a punto de llamar al jefe del turno de noche de la policía para decirle que tenía sospechas de que los clientes estaban siendo intoxicados. Es decir: estaba a punto de hacer el ridículo. *Royaume-Uni, zéro points*. La chica posó la mirada un instante en sus ojos y a él le pareció que le estaba leyendo el pensamiento, como esos chamanes indígenas que han bebido una sopa de lianas de la selva. Que le veía el interior como se ven los huesos en las radiografías. Lo escandalizado que estaba, el miedo que tenía. Entonces ella alzó la mano en su

dirección y le hizo una seña para que se acercara. Un temblor le recorrió la espalda. La chica apartó al hombre que la estaba penetrando y giró su cuerpo unos treinta grados sobre el taburete para colocarse de frente a Baxter. Se abrió de piernas y le hizo de nuevo el gesto para que se acercara. ¿Se estaba burlando de él? Baxter no se tenía a sí mismo por un hombre impresionable. Había sido un joven bastante cosmopolita y desprejuiciado. Había tenido sus experiencias con la marihuana y su vida sexual no había sido la de un chupacirios. Pero eso era distinto. Se sintió humillado como nunca antes en su vida. Se sintió sucio y asustado. Salió a toda prisa del bar, mirando al suelo. Estuvo a punto de tropezar y caerse. Se sintió el hazmerreír del local. Nadie reía, pero a él le pareció oír carcajadas.

Hay que imaginar a Baxter haciendo llamadas, hablando con la policía, llamando a su país para pedir consejo a los colegas de profesión que le inspiraban más confianza. Hablando con su secretaria y con el anterior vicecónsul. Haciendo un gran esfuerzo.

«La isla es la Sodoma y Gomorra del Mediterráneo», dijo pocos días más tarde en una entrevista para un periódico. Durante unos días la frase tuvo su eco en algunos diarios. Algún tertuliano de radio la mencionó. En los bares algunos clientes habituales cruzaron opiniones al respecto mientras apuraban el primer plato del menú o se tomaban un cortado.

Hace más de dos mil años, el historiador Diodoro de Sicilia escribió sobre la isla. Hablaba de espigones de puerto en los que había soldados, pero también gente que trabajaba, comerciaba, robaba, se divertía, se emborrachaba, mendigaba, se prostituía y se peleaba. Gente de todas las razas. Había un templo enorme, ahora perdido, dedicado al dios sanador Eshmun. Una colina cuya falda estaba llena de edificios admirables. La isla no filtra nada ni a nadie. Acoge a todo el mundo, pero no de manera fácil ni exenta de dolor. Solo tienes que quedarte el tiempo suficiente. Para cada persona una enseñanza distinta, justo la que cada cual necesita. También para Baxter.

17

Era una furgoneta y no un camión, pero mi madre lo llamaba el camión de los gitanos. Iba parando de calle en calle algunos sábados por la mañana. Los gitanos abrían las compuertas de atrás y aparecía allí mercancía de todo tipo. Melones, camisas, pantalones vaqueros, televisores, plantas, bombillas, alfombras, sacos de patatas. Bastantes vecinos y algunos niños bajábamos a la calle. Algunos para comprar, otros solo para mirar. En aquella compraventa humilde y espontánea, carente de normativas fiscales o legales, se podía ver qué tipo de gente era nuestra gente. Cómo sentíamos, en dosis minúsculas, infinidad de cosas. Libertad, riesgo, desconfianza, peligro, odio, compañerismo, orgullo, resentimiento, amor. Me fascinaba ver los movimientos y los gestos de todo el mundo. Cómo los vecinos nos dejábamos mecer por las palabras rápidas y la voz rota de los vendedores, cómo nos resistíamos a ser convencidos de la compra y cómo finalmente sucumbíamos a ella. Se establecía una especie de hermandad entre nosotros sin que nos lo propusiéramos. Se pertenecía a algo por frágil que fuera. Aquel intercambio era como flores salvajes que nacen en tierra de nadie, en medio de la nada. Flores hermosas. Mi madre bajaba sin el monedero y en zapatillas de andar por casa, solo con un billete en la mano y el capazo de mimbre en la otra. Los gitanos la dejaban embelesada. Los miraba como si fueran seres mitológicos salidos de un cuento para niños, y a las cosas que vendían como si se tratara de amuletos, de objetos mágicos. Ella regateaba y ellos dejaban que pensara que había salido ganando. Luego subía las escaleras muy orgullosa con patatas o sandía o lo que fuera, y a la hora de la comida le hablaba a mi padre de lo buena y lo barata que era la sandía, y de lo bien que se le daba a ella regatear.

18

Mamacarmen tuvo, en palabras de mi madre, dos varones y tres hembras. Por un momento estoy a punto de reaccionar y decirle: mama, ya nadie dice varones y hembras. Sigues hablando como hablaba la gente en tu pueblo hace cincuenta años. Pero no se lo digo.

A sus hijas les prohibió salir a la calle solas tan pronto como les bajó la primera regla. Qué diría la gente si las viera por ahí sueltas cuando todavía eran mocitas. *Mocitas* en la lengua de entonces significaba solteras, pero sobre todo significaba vírgenes. La definición de virginidad de Mamacarmen era más amplia que la nuestra. Ser mocita no era solamente no haber estado nunca en la cama con nadie, sino no haber tenido siquiera la oportunidad de hacerlo. El hecho de pasar una hora de tu vida en la calle sin tu madre, tu padre o alguna persona mayor de tu familia suponía que no fuera posible desmentir al cien por cien algún rumor acerca de tu honra. El himen que Mamacarmen no quería que se rompiera estaba hecho de palabras.

A María Jesús, una de las hermanas de Nicomedes, Mamacarmen la obligó a quedarse soltera sin discusión posible para que se hiciera cargo de ella y de su marido durante la vejez. Acerca de esto he oído una anécdota en diferentes versiones y en distintos momentos de mi vida: una vez fue a la casa un pretendiente de María Jesús para presentarse a la familia. Un chico todavía con granos en la cara, imberbe, repeinado y engominado. Con una americana que le venía grande, seguro de su padre o de un hermano que se la habrían prestado con ese desinterés ciego con el que apoyamos a la gente que queremos y a la que deseamos felicidad de un modo incondicional. Era de lo alto, igual que ellos: el pueblo se dividía en dos barrios a los que se llamaba sencillamente lo alto y lo bajo. En lo bajo vivía la gente más acomodada, sin necesidad de subir a diario la cuesta en la que se levanta el pueblo.

El chico no tuvo que llamar porque la puerta de la casa estaba siempre abierta. Asomó medio cuerpo al interior y dijo buenas tardes. Mamacarmen salió la primera. Entendió a qué había venido ese joven solo con verle la ropa y el pelo brillante. Lo conocía bien, como a tantos otros chicos del pueblo. Ella misma había ayudado a su madre a traerlo al mundo. Recordaba sin ningún tipo de esfuerzo cómo había sido el parto. Mamacarmen tenía una memoria prodigiosa para eso. Ahora era delgado, pero había nacido con más de cuatro kilos. Su madre era de cadera estrecha. Las mujeres que habían padecido raquitismo cuando niñas solían tener la cadera estrecha y sufrir una barbaridad en los partos. La madre de ese mozuelo tardó dos días enteros. Hubo que llamar al médico, por supuesto. Tú casi matas a tu madre al nacer, piensa Mamacarmen sin decírselo. Lo sabía casi todo de su familia. Dónde araban, si iban a misa poco o mucho, si su madre estaba bien casada o no, si su padre estaba satisfecho con él y con sus hermanos. Buenas tardes, señora Carmen, le dice el chico. Está todavía haciendo el cambio de voz y le sale honda pero crepitante.

Él espera a que le inviten a pasar, a que le digan siéntate y le ofrezcan algo de beber, o al menos a que le pregunten qué quiere. El silencio es breve, pero al chico le parece larguísimo, insoportable. Cuando Mamacarmen por fin abre la boca, dice algo totalmente inesperado para él. Grita el nombre de su marido, llamándolo: ¡Juan! Sigue mirando a los ojos al chico, pero sus palabras no se dirigen a él. Lo mira como se mira a un zorro que se ha colado a buscar comida. Él se siente inadecuado, inseguro. Le parece que no le están tratando bien, pero su propia inseguridad le hace dudar de ello. ¡Juan! ¡Ven, mira!, vuelve a gritar Mamacarmen. ¡El Tobías, el de la hija de la pastora, que viene a pretender a tu María Jesús! Entonces aparece Juan, a quien mi madre y mis tíos llaman Papajuan. Papajuan estaba ciego por culpa de unas cataratas. No del todo: percibía la claridad del sol y reconocía al trasluz las figuras humanas como borrones. Pasaba horas sentado en una silla y desde allí daba órdenes. Podía moverse por la casa pero apenas lo hacía. Se limitaba a gritar el nombre de su mujer o de una de sus hijas y ellas le traían lo que pidiera o hacían lo que hubiera que hacerse. De todos modos, había comprendido desde siempre que el poder en esa casa pertenecía a su mujer y que, en cualquier situación, ella tomaría mejores decisiones que las que él pudiera llegar a imaginarse. En aquel caso, no obstante, los dos estaban de acuerdo. Papajuan cogió la silla con las dos manos, por el respaldo, y la colocó delante de su cuerpo con el asiento hacia fuera. Luego echó a andar arrastrándola como si fuese un andador o uno de esos carritos que llevan los mozos de carga para transportar cosas. Tobías lo vio aparecer empujando la silla, más ágil de lo que había aparentado ser en otros momentos. No decía nada. Cuando llegó aproximadamente al centro de la estancia, miró hacia el joven. No es exacto decir que lo mirara, claro, porque era casi ciego. Pero levantó la cabeza y expuso sus pupilas enteladas contra la claridad abrumadora del sol que entraba con violencia por el portón. Buscó en ese foco de luz algo que lo interrumpiera, una de esas figuras grisáceas que él se había acostumbrado a identificar como personas. Identificó una. Sabía que era Tobías y no su mujer porque a ella ya la había dejado atrás. La había reconocido por el olor. Confirmó la localización exacta cuando el chico habló: buenas tardes, señor Juan, cómo está hoy. El movimiento lleno de fuerza y velocidad que hizo a continuación impactó mucho a Tobías. No se lo esperaba. Vio de repente la silla alzándose en el aire como si fuera de cartón en lugar de madera maciza y volando en dirección a él. Se tiró al suelo por puro reflejo, justo a tiempo de salvarse de un golpe que podría haberle partido la crisma. La silla impactó contra la pared y quedó hecha pedazos en el suelo. Tobías salió corriendo de la casa. Lo espantaron como se espanta a un animal que se ha colado en un huerto. Lo trataron como se trata a los ladrones. Tal vez es así como veían a los pretendientes de su hija. Como ladrones que venían a robarles lo que era suyo.

María Jesús estaba sentada en la cama del dormitorio de sus padres, esperando. Luego su madre entró, la cogió del brazo y la arrastró hasta la puerta. En el suelo estaba la silla y junto a ella, un martillo y un puñado de clavos. La silla no estaba rota, solo descoyuntada. María Jesús ni siquiera necesitó que le dieran la orden. Se sentó allí mismo, en el suelo, y empezó a encajar y a clavar las distintas partes del mueble. Las patas, el travesaño, el respaldo. Lloraba en silencio. Esta imagen es el reverso exacto de lo que pasa en *Pinocho*, el cuento clásico de Carlo Collodi. En ese cuento se habla de un muñeco de madera que cobra vida. Aquí María Jesús ve cómo lo único que queda del pretendiente —vivo— con el que le gustaría tanto hablar son unos pedazos de madera en el suelo. Lloro dando golpes de martillo. En menos de media hora los pedazos se han vuelto a convertir en silla. No hay objeto que simbolice mejor que una silla lo que será la vida de María Jesús. Esperar. Sentarse. No moverse. No se puede viajar a ningún sitio en silla. Una silla

no es un coche ni una nave espacial ni una bicicleta.

Yo recuerdo a María Jesús de los viajes al pueblo durante mi infancia. Mi madre la llamaba chacha, que en el lenguaje del pueblo quiere decir tía. Más que ser baja, parecía que de niña hubiera dejado de crecer antes de tiempo. Caminaba rápido pero zarandeando el cuerpo porque era patizamba. Vivía sola en una casa antigua que nos daba terror a mi hermana y a mí, a quienes nos tocaba siempre dormir en habitaciones cuya decoración consistía en muñecas antiguas de un tamaño y unas proporciones siniestras, con unos ojos grandes permanentemente abiertos que nos obligaban a dormir con la cabeza enterrada bajo las mantas. María Jesús vestía siempre jerséis y faldas grises. Recuerdo su pelo rojizo salpicado de canas. Lo llevaba peinado hacia atrás sin ningún tipo de arreglo, como si alguna prima o sobrina se hubiera limitado a hacerle un solo corte recto de tijera a la altura del cogote. El resultado recordaba al pelo de los cromañones en esas ilustraciones que recrean a los hombres de la prehistoria. Era lo menos femenino posible para los cánones de su generación y su entorno social. El resto de mujeres de su edad se hacían permanentes y se ponían rulos. Esos peinados, por conservadores y poco sexis que nos parezcan ahora, estaban ahí para decir esto: pertenecemos a ese segmento de seres sintientes al que llaman mujeres. Pero el corte de pelo de María Jesús no era de hombre ni de mujer. El pelo corto ha sido usado a menudo por las mujeres como señal de independencia y rebeldía, pero ese tampoco era el caso de María Jesús. Su peinado era una marca para avisar al resto del universo de su celibato. Algo sobre lo que no parecía tener ningún control, como si lo llevara grabado desde siempre. Se había rendido a ello. Ni siquiera contemplaba la posibilidad de formularlo con palabras, cosa que le habría permitido, al menos, rebelarse o enfadarse.

De joven ni siquiera podía ir sola a la calle. Una vez su padre la mandó a comprar tabaco. La tienda era de uno al que llamaban Paulos. No era exactamente una tienda. Es decir, no era un establecimiento, sino una de esas casas de pueblo donde despachan productos limitándose a poner un mostrador y una cortina para separar el recibidor del resto de la casa. En cuanto María Jesús volvió con el tabaco de su padre, Mamacarmen le dio un bofetón. Nunca más vayas sola a lo de Paulos, le dijo. Ese aprovecha para tocarte la mano cuando te da las monedas de la vuelta. Ya se lo he visto hacer muchas veces. Yo nunca alargo la mano. Me espero a que deje el dinero en el mostrador y si hace falta me voy sin la calderilla.

María Jesús había ido a comprar el tabaco obedeciendo a su padre. Mamacarmen sabía que no había hecho nada malo. El bofetón no era un castigo. Era un marcaje. Madre e hija conocían bien la diferencia.

Murió en una residencia de ancianos. Se pasó la vida cuidando a la gente. A sus padres — Mamacarmen fue centenaria—, a sus sobrinos, a sus hermanos. Mi madre la recuerda más a ella como figura materna que a su propia madre. Madrugaba para ordeñar las ovejas y ofrecer a sus sobrinos la leche para el desayuno, llevaba chucherías en el bolsillo del delantal para dárselas, les protegía de las broncas de sus padres. Era cómplice incondicional de los niños. Cumplidos ya los ochenta aún vivía sola e independiente. Recibía a diario la visita de alguna de sus sobrinas para ver cómo estaba. Cuando a las sobrinas les llegaron sus propios achaques y no tuvieron otra opción, la llevaron a una residencia para ancianos. La palabra *residencia* es curiosa. Significa «lugar para vivir», pero en realidad es un lugar para morir. A mi madre se le quiebra la voz al contarle. La chacha estuvo mal en la residencia, me dice. ¿Mal cómo?, pregunto yo. Se pasó exactamente un año allí dentro, me contesta. Dejó de hablar el primer día. No abrió la boca nunca más. Murió de muerte natural un año más tarde sin haber cruzado una sola palabra con nadie. No

dejó de hablar por ningún problema de salud. No tuvo ningún ictus, ni ninguna embolia, ni ningún cáncer, ni ninguna neumonía. Sus cuerdas vocales estaban en perfecto estado y su mente también. Podía hablar pero eligió dejar de hacerlo. No le quedaba nada que decirle a nadie ni ánimo con que decirlo.

Qué cosas no sabremos dejar de entender cuando estemos por morirnos.

19

Luego, pobrecillo Baxter, estaban los balcones. Hay dos tipos de accidentes relacionados con el balcón: caer o tirarse. Ahora que lo escribo, me doy cuenta de que esto serviría para explicar bastantes otras cosas. Dos formas de vivir: caer o tirarse. Los que esperan, siempre demasiado, y los que se precipitan, siempre antes de tiempo. Dos tipos de arte, dos tipos de conducción de coche, dos tipos de relación con tus padres o tus hijos, dos tipos de empleado o de jefe o de estudiante o de marido o de policía: los que caen y los que se tiran. Hay un vídeo en YouTube en el que Charly García se arroja desde el balcón del noveno piso de un hotel en la ciudad argentina de Mendoza. Lo ven caer unos periodistas que esperaban en la calle para entrevistarlos. Entran corriendo al hotel. Al llegar a la piscina se lo encuentran tan tranquilo, braceando en el agua con su cuerpecillo fibroso y flaco de cocainómano. Lo practico mucho, les dice como si hablara de un deporte. Creo que ahora ha dejado la cocaína definitivamente, porque hace poco lo vi en otro vídeo y estaba bastante gordo. El triple de grande que el Charly original. Pero ¿quién es el original?

Escribo en el buscador de internet las siguientes palabras: «accidente balcón turista». Encuentro una noticia del *Daily Mail* de julio de 2013. Un chico de diecinueve años se tira a la piscina de un hotel desde un cuarto piso y queda parapléjico. Unos días antes había muerto otra chica en ese mismo hotel. También inglesa, también en la piscina, pero no por tirarse desde lo alto. Encontraron su cadáver flotando en el agua. De la autopsia aflora un variado cóctel de drogas. La noticia dice que las autoridades británicas están proporcionando a las familias asistencia consular. A eso es a lo que se dedicaba Baxter en sus tiempos de vicecónsul. Asistencia consular. Tratar con las familias desoladas de los chicos. Facturar cadáveres en aviones y ocuparse de todo el papeleo legal. Servir de puente entre la policía de un país y la del otro. Señor Baxter, tiene usted que hacer un esfuerzo por no indignarse. Esa idea, dicha de formas diferentes, es lo que le intentaba trasladar todo el mundo. Su secretaria, Ibars, los policías, los periodistas, los alcaldes, la mujer de la limpieza que trabajaba en el consulado. Cállese, Baxter, cállese un poquito, haga un esfuerzo. Pero qué difícil le resultaba.

Conozco perfectamente el hotel del que habla la noticia del *Daily Mail*. Está en la misma calle en la que yo pasé mi infancia. A unos trescientos metros del pequeño piso de alquiler donde mi familia y yo estuvimos viviendo veinte años.

20

Según las pocas conversaciones familiares en las que se tocaba el tema, Nicomedes estaba malo. Ese era el eufemismo que usábamos. Él ya había muerto y yo tendría treinta y tres o treinta y cuatro años cuando me atreví a pronunciar por primera vez en casa la palabra *loco*. Había ido a pasar unos días en la isla y estaba sentado con mi abuela en el sofá. Ella me hablaba de su juventud. Su trabajo en una fábrica de anís, las penurias que pasó sirviendo en una casa, su boda, las rencillas con sus suegros. Nada nuevo. Entonces la paré en seco y se lo pregunté a bocajarro. Abuela, ¿por qué te casaste con un loco? Porque tú sabías que estaba loco, ¿no? Tendrían que someterme a varias sesiones de electroshock para que olvidara la forma en que giró su cuerpo hacia mí y me miró. Su rostro era desafiante, pero al cabo de unos segundos también me pareció que se sentía aliviada.

Siempre tuve curiosidad por conocer el diagnóstico concreto de mi abuelo. En mi adolescencia se lo pregunté alguna vez a mi madre y me di cuenta de que ella no lo conocía. Esquizofrénico, psicótico, maniaco o paranoico eran palabras que ella había oído en alguna película o en la tele, pero que no relacionaba en absoluto con su padre. Mis tíos tampoco hablaban de ello. En las salidas que hacíamos juntos al campo —recuerdo bastantes cerca de Cala d'Hort— se contaban chistes, se criticaba a gente, alguna vez que otra se hablaba de política, se elogiaban comidas actuales y antiguas, se fumaba, se bebía abundante cerveza y coca cola pero casi nunca agua, se comían cosas grasientas en platos de plástico blancos, los niños y algunos adultos jugábamos a fútbol, nos ensuciábamos como nunca, trepábamos a árboles, nos desollábamos las rodillas, se hacía fuego, se asaba una exagerada cantidad de chuletas de cerdo, y mis tías y mi madre sacaban interminables fiambreras llenas de tortillas, fritangas y dulces en competición fraternal pero feroz. Pero lo que en absoluto recuerdo que se hiciera en esos encuentros era hablar de la locura.

La respuesta de mi abuela a mi pregunta fue esta: me casé con Nicomedes porque tenía borrico. Me lo dijo con total naturalidad, como si eso tuviera una lógica aplastante. Como si la conexión entre los asnos y los matrimonios de riesgo fuera evidente. Enseguida intervino mi madre: lo que quiere decir tu abuela es que tu abuelo era menos pobre que ella. Él no tenía un céntimo, pero en casa de un jornalero nunca falta un saco de lentejas o de patatas. ¿Eso significa lo del borrico?, pregunté. Eso mismo, respondió mi madre.

Hace poco les he preguntado a mis tíos y me han dado una versión idéntica. La reproducen exactamente como la oyeron de su madre. Sin contradecirla ni preguntarse en absoluto por su verosimilitud. Pero yo no consigo conformarme con eso. Me pone en guardia el hecho mismo de que durante años nadie haya querido discutir un razonamiento tan frágil. Parece que toda la familia

esté participando en un engaño.

Me casé con tu abuelo porque tenía borrico, me repitió como si yo no lo hubiera entendido la primera vez. Sí, abuela, claro. Lo que tú digas.

No sé si la elección de nuestras parejas es algo que podamos explicar en dos palabras. A veces creo que no puede explicarse de ningún modo. Somos más parecidos a los perros de lo que creemos. Los huesos de tus rodillas y tu olfato reconocen algo en la otra persona antes que tú. Si fuera una elección racional casi nadie tendría la pareja que tiene. Me cuesta creer que mi abuela se pasó la vida entera con un psicótico y tuvo cuatro hijos con él por la simple razón de que entre las posesiones de los padres de ese chico tímido y raro se hallaran uno o varios burros. En este punto lo único que puedo hacer es elucubrar y seguir mi intuición: mi abuela, Francisca Montilla, Frasquita para todo el mundo, estuvo ocultándonos y ocultándose a sí misma durante años que Nicomedes, o al menos algo que había en Nicomedes, le gustaba. No digo que estuviera enamorada ni que hubiera entre ellos una gran pasión. Pero gustarle le gustaba. Se me escapan los motivos por los que se negaba a reconocer ningún tipo de atracción romántica por él, pero yo creo que existía. Mi opinión se basa en la manera —la única posible— en que mi abuelo logró aproximarse a ella para cortejarla.

Lo más consistente que he leído sobre el cortejo en la España de la época de mis abuelos es un libro de Carmen Martín Gaité llamado *Usos amorosos de la postguerra española*. Voy a buscarlo a la estantería y me entretengo hojeándolo un rato. Habla de un código de flirteo «más inaprensible pero menos convencional que ninguno: el intercambio de miradas. Aquí la muchacha [...] podía tener la audacia de estimular (con su mirada) la iniciativa varonil». Yo me apostaría un brazo a que Frasquita miró primero. Corría el año 1943. Es probable que, dada su timidez, Nicomedes nunca hubiera flirteado con nadie en sus treinta y uno o treinta y dos años de vida. No había podido ni acercarse físicamente a una mujer para dirigirle la palabra. Cero absoluto. Nada de nada. A esa edad la inmensa mayoría de hombres estaban casados y con hijos. Me lo imagino el día en que notó esa mirada de Frasquita. El susto que se debió de llevar. Supongo que los días siguientes fueron días de ilusión y de angustia: de qué forma darle réplica a aquello, cómo encauzarlo. Ensayo las palabras que va a decirle. Se cruza con ella varios días pero acaba siempre bajando los ojos. El corazón le bombea como a un deportista en plena carrera. Piensa en ella a todas horas. Se obsesiona.

La historia de lo que hizo me la han contado tres personas diferentes de la familia. Lo que sigue es la costura de esos fragmentos.

Mi abuela estaba lavando en un lugar que llamaban la fuente del chorrillo. He oído a mi madre hablar de ese sitio a menudo. Para mi madre el pueblo es un espacio mental legendario cuyo mapa le arde en la memoria. Habla de ciertos lugares como si fueran espacios mágicos, zonas sobrenaturales donde la vida es más intensa, como de ficción. El canuto, el molino, el salsipuedes, el pantano, el nacimiento, lo alto y lo bajo, la fábrica de mantecados, la fábrica de anís, el casino, la fuente del chorrillo. Es posible que ciertos lugares ya no existan, o que la gente ya no los llame igual. Escribo en Google «fuente del chorrillo». Veo una foto de la fuente. Nada legendaria. Un simple grifo al lado de la carretera. Corriente, real. Está en internet, si es que eso es una señal de realidad.

Las mujeres iban a aquella fuente con grandes cántaros de barro, palanganas y tablas de lavar. Tal vez la carretera fuera entonces un camino de tierra. Frasquita vio llegar a los mozos justo cuando había empezado la tarea. Estaba arrodillada delante de la tabla. Frotaba las prendas para

luego enjuagarlas en el agua y escurrirlas. Nunca había cruzado con Nicomedes más que palabras sueltas: buenas tardes, gracias, con Dios. Le parecía frágil y le venían ganas de protegerlo. No era feo, pero que fuera tan serio lo afeaba un poco. Ella pensaba que esa mañana él haría lo de siempre. Que pasaría por delante de las mujeres mirando al suelo. Que se pondría el último, escondido tras los demás hombres, y que daría los buenos días solo cuando los otros ya lo hubieran hecho y en voz más baja, intentando pasar desapercibido. De ese modo conseguía justo lo contrario: que su timidez llamara la atención. Era gracioso, era enternecedor.

Ese día no pasó lo de siempre. Se desmarcó del grupo por un costado, caminó dos o tres pasos a grandes zancadas y luego echó a correr adelantando al resto de hombres. Ninguno de ellos se lo esperaba y no hubo tiempo de detenerlo. Nicomedes corría con la boca abierta y la lengua fuera. Con una expresión extraña en el rostro. Algunas mujeres charlaban mientras esperaban su turno para llenar los cántaros que habían dejado en el suelo. Llegó dando un raro alarido gutural y se paró en seco a dos palmos de Frasquita. Su mirada era inexpresiva pero no estaba del todo vacía. En la cara había tensión y tristeza, y una especie de cansancio antiguo. Agarró el primer cántaro que tenía a mano, lo levantó en el aire hasta la altura de la cabeza y lo estrelló contra la fuente. Se rompió en cinco o seis pedazos y varias de las mujeres, a pesar de que no estaban tan cerca de él como Frasquita, salieron corriendo como cervatillos que acaban de oír el disparo de un cazador. Pero Frasquita no. No se movió de allí ni medio metro. Cristalizó de repente un escenario teatral hecho de aire y de luz que solo les incluía a ellos dos. Ella sabía que no iba a pasar nada malo. Que ahí no había un peligro real. Tenía a ese hombre enloquecido justo delante. A él la frente le brillaba de sudor. Parecía a punto de llorar pero sin poder hacerlo. El pecho se le movía arriba y abajo con cada jadeo. Nicomedes agarró del suelo otro de los cántaros. Pesaba más que el primero porque estaba lleno de agua. Lo alzó hasta más arriba de su cabeza con una facilidad que jamás habría tenido en un estado normal y lo arrojó con todas sus fuerzas como si quisiera quebrar la tierra para abrir un hueco donde esconderse o refugiarse. El cántaro se rompió de un modo distinto al anterior. Con un sonido más sordo. Los pedazos apenas se movieron del sitio. Frasquita seguía allí mismo, a centímetros de él. Había algo en ese hombre y en lo que hacía que no la dejaba marcharse. Había levantado una mano para indicar al grupo de hombres que venían corriendo tras Nicomedes que se detuvieran. Después le extrañaría haber hecho ese gesto, y también que los hombres le hubieran hecho caso. Nicomedes quebró otro cántaro y el agua que contenía le empapó a Frasquita los zapatos y los pies hasta los tobillos. El resto de mujeres formaba un grupo a varios metros de distancia. Permanecían en silencio y absortas, esperando una culminación, algo que les dejara entender lo que estaba pasando. Un crítico moderno diría que aquello parecía una *performance*, una recreación del cortejo en los tiempos prehistóricos o prebíblicos, o de pueblos guerreros nórdicos desaparecidos hace milenios: «Górpmed entró en trance tras mascar la mezcla de hierbas sagradas que le preparó el curandero Hostdgor, mientras Frusilda le esperaba rodeada de un séquito familiar en el nacimiento del río. Luego llegó y arrojó ante ella las vasijas de barro para solicitar el permiso y la bendición de los dioses, y mojó los pies de su amada como promesa de fertilidad y protección». Recuerdo que cuando mi abuela me estaba contando su versión del asunto se me escapó un poco la risa. De qué te ríes, granuja, me dijo. De nada, abuela, de nada.

Me viene a la cabeza *Caperucita feroz*, un tema de la inigualable Orquesta Mondragón. «Si con tus garras me quisieras tú abrazar, si con tus dientes me quisieras tú besar».

Fue cuestión de segundos. Su hermano llegó y lo abrazó por detrás mientras le decía algo al

oído. Nicomedes se deshizo de él como si se tratara de un niño pequeño. Le dio un empujón fortísimo y lo lanzó a varios metros de distancia. Los otros hombres notaron lo difícil que era acercarse a eso que se había liberado en Nicomedes. Durante unos segundos hubo silencio. Nadie sabía qué hacer. Los hombres a un lado y las mujeres al otro. Frasquita inmóvil pero en una posición rara, como encaramada a sí misma. Nicomedes cogió un cántaro más, lo arrojó al suelo y lo quebró. Después siguió con los ocho o nueve que quedaban, hasta dejar intacto solo el de Frasquita. Quedó rendido y se dejó caer de rodillas. Tenía espasmos leves que enseguida crecieron hasta volverse convulsiones. Solo entonces su hermano y los otros hombres se acercaron y lo rodearon, sin saber bien si inmovilizarlo o auxiliarlo. A quién llamar, cómo actuar. No entendían lo que había pasado. Su hermano lo abrazaba y le hablaba, intentando que reaccionara. Un mozo echó a correr al pueblo para pedir ayuda. Entre ellos y el grupo de mujeres había extraños acercamientos, como si fueran a preguntarse algo pero luego no supieran bien qué decirse. La situación tenía algo de prohibido y de misterioso, pero también era cruda y difícil. Algunos de los presentes hubieran querido contarle a la gente el chismorreó, pero contar qué. ¿Qué pasó exactamente? Había algo en aquella danza rara que bailaron los dos, en los movimientos que ejecutaron, pero ¿qué? ¿Cómo explicarlo?

El domingo siguiente se los vio a los dos paseando del brazo a plena luz del día. El noviazgo ya era un hecho.

En el tiempo de Nicomedes y Frasquita se usaban palabras diferentes a las de hoy. No salías con alguien: le *hablabas*. Una mujer decía: a mi Juanita le habla el hijo de la Rosario. El maestro de escuela se encontraba con un antiguo alumno y le preguntaba: qué, ¿ya le hablas a alguna mocita? El origen de ese uso del verbo hablar era gráfico. Se sabía quién festejaba con quién al verlos hablar. Cualquier par de jóvenes de distinto sexo que se dejara ver paseando juntos y conversando por la calle estaba haciendo pública su relación. Pero para hablar hay que decir la primera palabra en algún momento, y para Nicomedes decir la primera palabra era una odisea. La única manera que tenía de hacerlo fue como lo hizo. Brotándose. Sin hacerlo él. Algo que sale de dentro de Nicomedes quita de en medio a Nicomedes, porque con él presente no hay manera. Ese algo es el brote. Todos los brotes de Nicomedes tenían la misma función. Eran apuestas al límite. Los asuntos más importantes de su vida dependían de que los testigos de la manifestación externa del brote supieran leerla o no. Que se casen contigo o que te vistan con una camisa de fuerza. Que te liberen del servicio militar o que te encierren en un lugar horrible. En esa ocasión Frasquita lo entendió. Los brotes solo sirven cuando consiguen saltarse no solo la mente del brotado, sino también la de los otros. La locura es una cosa compartida, un patrimonio de la humanidad.

Mi madre me llama porque se ha acordado de algo que cree que puede interesarme para el libro, y entonces se lo suelto: mama, ¿tú nunca has pensado que si tu padre no llega a brotarse delante de tu madre ni tú ni yo ni nadie de la familia estaríamos ahora vivos y coleando sobre la faz de la tierra? Piénsalo, piénsalo. Ni tú ni tus hijos ni tus nietos. Nosotros descendemos de la psicosis, somos los hijos y los nietos de la psicosis. Anda ya, niño, me responde, qué cosas dices, yo qué voy a pensar eso.

21

Ibars era siempre el primero en llegar. Solo al cabo de un rato llegaba la policía, y bastante después aparecía el vicecónsul con su cara paliducha y ceñuda de funcionario insomne. Si hay un personaje en esta historia que podría ser el detective en una novela policiaca es Ibars. Se merece un libro para él solo. El negocio que montó en el West decía mucho de él. De su inteligencia pero también de su melancolía. No era de la isla. Debió de llegar más o menos en la época en que llegaron mis padres. Recuerdo su forma de jugar con los cigarrillos, con los mecheros y con los bolígrafos. Recuerdo su manera de hablar con el mínimo de palabras posible y el máximo de claridad. En este sitio el dinero llueve a todas horas por el aire, le oí decir una vez. Solo hay que quedarse quieto en mitad de la calle, mirar hacia arriba y cogerlo. Yo era un niño y me impresionó la imagen. En algún momento inopinado todavía mi mente me la trae sin que yo la llame. Veo caer billetes sobre la cabeza de Ibars. Poco después de pronunciar la frase dejaba caer la apostilla: es dinero sucio. Aquí se vive siempre sucio. Vive en otro lado si te gusta estar limpio.

Ibars habría podido ser médico de la seguridad social. Funcionario de horario diurno y de catorce pagas. Pero en lugar de eso ideó algo que le hizo ganar mucho más dinero. Se dio cuenta de que entre julio y septiembre ocurría un accidente cada pocos minutos. Compró una ambulancia de segunda mano y alquiló unos bajos. Había visto muy claro que el negocio funcionaría. La gran mayoría de sus pacientes, aparte de estar grave o levemente incapacitados cuando les atendía, no hablaban español, eran jóvenes, estaban lejos de su familia y sus amigos solían estar exhaustos, aturdidos o directamente en estado de *shock*. Nadie discutía y casi nadie se quejaba. No tenían ni idea de cómo funcionaba el sistema sanitario aquí, ni estaban en disposición de averiguarlo. Estaban asustados y se dejaban ayudar, se rendían a los acontecimientos. Apenas se perdía tiempo ni energía despachando con las aseguradoras o con las autoridades. Tampoco ningún político o empresario tenía ganas de darle publicidad a nada de eso. El West es de lo más provinciano que hay. Solo sobresale Ibars a fuerza de estar sereno y observando, entre otras cosas, lo poco que sobresalen todos los demás.

Pocas veces se ponía la bata blanca. Tenía contratadas a una secretaria y un par de enfermeras que trabajaban toda la noche en turnos demenciales de junio a septiembre. Él iba de acá para allá con su corbata ladeada y una camisa blanca arremangada hasta los codos, con un cigarro entre los nudillos y su expresión calmada y despierta. Le ofrecía a quien lo necesitara un comentario breve y acertado o un silencio reparador. Jamás hablaba por hablar. Su presencia era un recordatorio constante de algo que la gente tendía a olvidar. Merodeaba siempre cerca de donde acababa de ocurrir algo grave. Cuando los policías o los periodistas criticaban a los políticos por ser

complacientes con la venta de drogas y con los turistas que las consumían, Ibars les miraba con cariño y les recordaba del modo más amable que uno pueda imaginarse que había cientos de familias que dependían económicamente de esas sustancias. ¿Tienes algún pariente o algún amigo íntimo que trabaje en algún hotel?, preguntaba. ¿Tu mujer, quizá? ¿Tu hijo? El interlocutor se encogía de hombros, o miraba al suelo, o cambiaba de tema.

Nunca acudía a su consulta ninguna mujer para hablarle de cierta molestia en la zona lumbar, ni ningún padre de familia para que le diera un tranquilizante suave contra el insomnio. Ibars no era un médico de cabecera. Era un médico de combate. Hubiera podido perfectamente trabajar en un hospital de guerra. En su local había desfibriladores para las paradas cardiorrespiratorias, abundante material para suturar cortes, gran cantidad de escayola para las fracturas óseas, benzodiazepinas para las crisis convulsivas de las intoxicaciones etílicas, máscaras de oxígeno, sondas para lavado gástrico. Era un minúsculo arsenal farmacológico y logístico específicamente diseñado para el West End. Ibars era como el matasanos de un pueblo de colonos de los Estados Unidos a finales del siglo XIX. El médico de un pueblo de *cowboys*. Acostumbrado a alternar con pistoleros. En las películas del Oeste a los médicos les llaman siempre *doc*. Eh, *doc*, qué le pongo de beber. Solo le faltaban una cartuchera y una pistola. Por no hablar de la cantidad ingente de información que tenía sobre la verdadera vida en la isla —su economía, su modo de ser, sus mecanismos—, digna de uno de esos reporteros de prensa que aparecen en el cine negro de los años cuarenta. Sus trucos, su experiencia, sus contactos, sus secretos. Era un periodista, un detective, un guía en el infierno. Con Eduardo Ibars no jugaba nadie.

Los políticos locales hablan de acabar con los problemas de la sociedad, pero su inconsciente trabaja, incansable, para eternizarlos. Acabar con ellos sería una forma de autofagia. De comerse a uno mismo los brazos y las piernas. ¿La policía quiere de verdad acabar con la delincuencia? Eso sería autofagia. Los trabajadores de los hoteles, los restaurantes y los bares del West, esos hombres y mujeres con sus niños en edad escolar, sus crisis de mediana edad y sus problemas para llegar a fin de mes, ¿quieren que se acabe el consumo de drogas en la isla? ¿En serio? Autofagia. Ibars no cae en eso. No se esconde de nada pero tampoco se exhibe. Conoce su pequeñez. Se la fuma, se la traga, se la zampa en restaurantes de menú barato tras sesiones maratonianas de recolocar huesos dislocados y coser brechas que chorrean sangre. No pide que se acabe nada o que empiece alguna otra cosa. No quiere acabar con las drogas ni reformar la sociedad. No se queja del estado del mundo ni habla de mejorarlo. No confunde lo que desea con lo que hay. A un día le sigue otro y luego otro más. El planeta rueda. La especie humana muta, lo mismo que cualquier otra, mientras pensamos ingenuamente que nuestra fuerza de voluntad o nuestro empeño individual puede hacer algo por sí solo que varíe el desarrollo de esa mutación.

A veces las enfermeras no daban abasto o se pedían un par de días libres porque tenían la moral por los suelos. Entonces Ibars se quitaba la corbata, se desabrochaba dos botones de la camisa y se pasaba la noche entera dando puntos de sutura, a veces hasta bien entrada la mañana. Palpaba la cabeza de los jovencuelos a los que cosía como consolándolos, como hipnotizándolos. Parecía un artesano, un carpintero que en su tiempo libre se entretiene en hacer muñecos articulados, como Geppetto. Luego dormía un par de horas en la sala de espera, se daba una ducha, se metía en algún bar a desayunar y seguía trabajando. El verano es un día ininterrumpido que dura tres meses.

Ibars tenía mujer y dos hijos. Su vida privada se me escapa por completo. En invierno nadie le veía en la isla. Desaparecía.

Cuando pasaba algo gordo, los periodistas a la caza de información llamaban a la policía, a la guardia civil, a Baxter y a Ibars. Nunca en ese orden.

Ibars sabe bastante de esos chicos caídos de balcones o espachurrados al ser arrollada su Vespino de alquiler por un coche o una furgoneta. Se le han muerto en los brazos. Ha notado en el contacto con su propio cuerpo cómo se vencían. Cómo el calambre leve de estar vivos se les apagaba desde dentro para siempre. Pero sobre todo ha visto a los amigos de esos chicos. Decenas de veces ha sido testigo de la manera en que borracheras descomunales quedan atajadas de golpe por el impacto de la muerte de alguien que es tu novio o tu amiga o tu hermano. Adolescentes, veinteañeros, gente que no tiene la personalidad definida siquiera. En esos momentos en que se derrumban se les ve con claridad. Se ve qué personas todavía no son.

22

Según mi abuela, Nicomedes y ella no consumaron el matrimonio hasta el cuarto día de casados porque él estaba muy endeble. Los padres de tu abuelo, me dijo, no se preocupaban por él. No le alimentaban como era debido y no tenía fuerzas. No se lo discutí en su momento, pero la verdad es que no acabo de ver muy claro el asunto. Nicomedes se levantaba cada mañana temprano para trabajar en el campo. El suyo no era un trabajo que se pudiera hacer sin cierta fortaleza física. Había que arar, varear olivos, sembrar. Muy endeble no se puede estar para hacer eso. De todos modos, lo de los cuatro días sin consumir el matrimonio me parece verosímil. Pero por otras razones.

En una de las últimas visitas a la isla mi madre me ha enseñado el antiguo libro de familia. Las fotos de Frasquita y Nicomedes, tomadas poco antes de casarse, están cosidas con hilo en lugar de grapadas. Nicomedes tiene la expresión de vulnerabilidad más aguda de todas las fotos que he visto de él. Boquiabierto, asustado, como un niño perdido. Mi abuela le atribuía a la falta de fuerza su incapacidad inicial para hacerle el amor, pero yo diría que era otra cosa. El terror al ridículo, a no servir, a no *cumplir*. Tenía más de treinta años y posiblemente, a no ser que hubiera recurrido a prostitutas, era virgen. Si el hecho de hablar con una mujer le había costado tanto como le costó, no tenemos por qué pensar que afrontar el sexo fuera diferente. Bien mirado, cuatro días no son tantos. Mi abuela podría perfectamente no haber mencionado nada al respecto. Pero lo cierto es que durante años sintió la necesidad de hablarles a sus propios hijos y nietos de los cuatro días que su marido tardó en penetrarla. Yo sospecho que podría ser precisamente para solidificar una versión alternativa —la de la endebles— sobre la verdad y así proteger la imagen de su marido. La verdad, según esta elucubración mía, estaría más cerca del pánico que de la debilidad física. Cuanto más lo pienso, más claro me parece. Algunas de las experiencias sexuales más satisfactorias de mi vida las he tenido estando débil, después de dos días en cama con un fiebrón considerable que parecía aumentar mi sensibilidad y mi placer. Sin fuerzas para caminar medio kilómetro ni para cargar un pequeño mueble, pero perfectamente capaz de besar, abrazar y acariciar a alguien. Para no poder hacer el amor no basta con estar endeble. Hay que estar casi en estado de coma.

Me imagino a Nicomedes intentando confiar en Frasquita lo suficiente como para desnudarse. Como para mirarla a los ojos, besarla y dejarse besar, tocarla y dejarse tocar. Demasiada confianza para quien, de niño, no había podido confiar en ninguna persona cuando un burro le abrió la cabeza de una coza. Cuando hablaba conmigo sobre la consumación de su matrimonio, mi abuela no hablaba solo conmigo. Me miraba a mí pero parecía estar dirigiéndose a la familia entera. Insistía en que el motivo de la dificultad inicial de su marido era uno distinto a la locura.

Debilidad, problemas físicos, asuntos de orden corporal. ¡Nada que ver con la mente!

Aquellos cuatro días debieron de ser complicados. Me lo imagino temblando, paralizado. Me lo imagino en la oscuridad de la noche, vestido, con su mujer vestida también. Con los ojos cerrados, sentado en la cama, intentando permanecer tranquilo. Imagino a Frasquita que lo abraza por detrás, que lo acaricia, que le da cariño. Quiere ayudarlo pero le pone aún más nervioso, le hace sentir más inadecuado y frágil todavía. Para declararle su amor había necesitado brotarse. ¿Tenía que brotarse otra vez para esto?

También cabe la posibilidad de que esté sobrevalorando a mi abuela. De que, simplemente, ella no tuviera la más mínima idea de lo que estaba pasando y creyera de verdad que Nicomedes estaba débil. En aquella época la gente se casaba con mucha menos experiencia sexual que ahora. En cualquier caso, Nicomedes al final se relajó. Algo hizo. Sus cuatro hijos son prueba de ello.

Ser el hijo de Mamacarmen, la más meapilas del pueblo, tampoco debía de ser de gran ayuda. Lo último que uno puede imaginarse de los miembros de esa familia es una sexualidad suelta, liberada de prejuicios, sin sentimiento de culpa.

Lo que sí me acabó confirmando mi abuela es que Nicomedes sufrió un acceso de psicosis poco después de casarse. Cada vez lo veo más claro, lo voy viendo conforme escribo: cuando hay cambios en nuestra vida necesitamos expresarlo de algún modo. Lo sepamos o no, nos resistamos a ello o no. Hay que responderle algo al mundo. Replicar de una manera u otra. Recolocarnos. Ahora hablamos con nuestra pareja o con amigos. O con nuestro terapeuta. En los tiempos de Nicomedes muchas personas se confesaban con el cura. A los niños les dan berrinches y lloran y gritan. Los adultos se emborrachan o se drogan para desembuchar o vomitar lo que les angustia. Las parejas se dicen de todo, discuten a voces y luego se reconcilian haciendo el amor con ansia. Todo el mundo necesita soltar la carga en un momento u otro. Confiar en los demás. Dejar de ser mulo y empezar a ser caballo.

23

No todos los que cursamos nuestro primer año de escuela en aquel garaje éramos forasteros, pero sin forasteros no hubiera sido necesario usar ningún aparcadero de coches como barracón escolar. Le consulto a mi padre aprovechando que él no tenía cinco años entonces: «Ei, papa, és veritat que llavors podia passar qualsevol cosa? O és només que jo era petit i m'ho semblava?». Mi padre me escucha y ríe con sorna. Casi lo veo al otro lado de la línea telefónica, apagando la colilla del cigarro contra el cenicero. Él reacciona de un modo distinto al de mi familia materna. Mis tíos y mi madre se echan a recordar y a contarlo todo con una minuciosidad sobrevenida. Mi padre calla y ríe.

Recuerdo bien una mañana de domingo, o tal vez de día festivo. Yo estaba en la calle con otro niño, uno de esos amigos que uno hace correteando por ahí y que luego se diluyen y desaparecen de nuestra vida sin que sepamos cómo. Fuimos hasta la playa que había a tres minutos de mi casa. Avanzábamos pasándonos una pelota deformada de plástico rojo. Estuvimos pateándola un rato en la arena. La playa estaba llena de extranjeros blancuzcos y resacosos a los que molestábamos. Levantaban la cabeza para mirarnos y arrugaban los ojos por el sol, pero no nos decían nada. Cuando era niño los turistas eran para mí como zombis. A los zombis se les tiene miedo en conjunto, pero uno a uno no valen nada. Los buenos de la película se zafan de ellos con una facilidad asombrosa, porque los zombis corren poco y no cuesta derribarlos. Así eran para mí. Individuos que viven a medias, juguetes con poca pila. Cuando nos aburríamos de jugar allí, caminamos un poco hasta perder de vista la playa. Hoy en día hay un paseo marítimo que une esa parte del pueblo con el muelle y el centro histórico, pero antes aquello era pura roca. Paisaje lunar con cráteres. Allí cogíamos cangrejos ermitaños, erizos y almejas. Había gente que se metía a por pulpos, pero yo tenía miedo del agua. Por las rocas había algún turista suelto. Apenas cuatro o cinco acá y allá, lentos y desorientados. Mi amigo se fue a casa, tal vez porque sería ya la hora de comer o por cualquier otro motivo. Yo no tenía ganas de volver y me quedé allí, sentado encima de la pelota, mirando las olas. Entonces llegó aquel hombre. Ahora, en mi memoria, su cara se me confunde con la del actor inglés Pete Postlethwaite. Llegó con una escopeta de dos cañones apoyada en el hombro y con un niño de unos cuatro o cinco años que le correteaba alrededor. El niño avanzaba a toda prisa varios metros y volvía luego hacia su padre. Yo debía de tener solo un par de años más, pero en el recuerdo me siento bastante mayor que él. Era mofletudo y me impresionó cuando pasó por mi lado porque en las ventanas de la nariz se le distinguía el borde de una costra de moco seco. Llegaron hasta un espigón natural que hay allí mismo y el padre se sentó en el borde de la roca, con los pies colgando hacia el agua. Quedaron los dos a unos cien metros de la punta, donde había varios cormoranes zambulléndose a por peces. Las aves se iban

alternando de modo que siempre había tres o cuatro sobre la superficie del agua. Fue entonces cuando el hombre que se parecía a Pete Postlethwaite sacó de su bolsillo dos cartuchos y los introdujo en la base del cañón. El niño estaba muy inquieto, con las manos en el hombro de su padre, tocándole por momentos la cabeza y la cara. Se movía como un animal azorado y contento al que han sacado a pasear. También parecía un gallo que escarbara en la espalda de aquel hombre para encontrar gusanos o parásitos y comérselos. Se notaba que para él estar con su padre era el momento de mayor excitación de la vida, cuando se desataban todas las expectativas posibles de que pasara algo, de que ocurriera lo imprevisto, de que el mundo se abriera en algo nuevo y palpitante que le hacía vibrar y sentir una electricidad por dentro que luego le quedaba impresa en el cuerpo y se iba apagando paulatinamente hasta que llegaba la noche. Me fascinaba mirar a ese niño. Era como si su cuerpo fuera una fuente de movimiento independiente de él, cosa que parecía deshumanizarlo y humanizarlo al mismo tiempo.

Entonces el hombre sostuvo el cañón del arma en la mano izquierda, apoyó la culata en su hombro derecho y apuntó. El niño se quedó quieto, expectante. Se oyó un sonido seco. En la punta los cormoranes echaron a volar y se alejaron. Todos menos uno, que quedó por un momento en la superficie, dio dos o tres aletazos que parpadearon en mis ojos como visiones de otro mundo y se hundió en el agua. El niño se puso a dar voces y a saltar. Luego se encaramó a la espalda de su padre y se agarró de su cuello de puro entusiasmo. El hombre se reía a carcajadas.

Al recordarlo, me siento como si en lugar de haber estado yo allí hubieran estado solo mis ojos. Unos ojos que ven sin que haga falta un cuerpo que los sostenga.

Oí una voz detrás de mí. Era uno de los turistas, que también había visto la escena. Iba sin camisa, enseñando una panza rosada, dura e hinchada como si le hubieran soplado aire desde fuera. Llamó a otros dos y les explicó lo que había visto. Los otros no acababan de creerse lo que les decía. Que un hombre estaba en la calle con una escopeta matando pájaros. Yo no entendía su lengua, pero el contexto y los gestos revelaban con claridad el diálogo. Los tres se pusieron a mirar hacia allí, con sus tres bocas abiertas. En sus expresiones había algo entre el desprecio y la incredulidad. Años más tarde entendí que tal vez sospecharan que la escena era falsa, que se trataba de un efecto retardado del ácido que se habían tragado alguna de las noches anteriores. En algún momento los tres rompieron a reír y siguieron andando con su aire de sonámbulos.

Luego el hombre que había disparado se levantó, se puso el niño a hombros y echó a andar en mi dirección. Con un cigarrillo en la mano y la escopeta en la otra. El niño sentado a horcajadas sobre los hombros de su padre. Le tocaba la cabeza, le agarraba mechones de pelo y tiraba de ellos. Iban riéndose los dos, con una expresión inolvidable de satisfacción en sus rostros. Caminan aún en mi memoria, donde caminarán una y otra vez hasta que yo me muera.

Matar gratuitamente a un animal es de todo menos gracioso. Es matar por matar. Eso no lo pensé de niño pero lo pienso ahora. Si aquel hombre está vivo aún, no creo que ahora se sintiera bien haciendo lo mismo. Los tiempos cambian. Pero en aquel tiempo y en aquel sitio, en aquel raro país de cuatro calles, podía pasar cualquier cosa. No hablo de mafias ni cosas por el estilo. No hablo de algo aparatoso o cinematográfico. No había lo que se puede llamar delincuencia organizada. Hablo de otra cosa. Había leyes, pero su modo de existir se parecía al de un barco sin tripulantes que ha traído la marea misteriosamente y que ha quedado encallado en la arena de una playa. Un hombre sacaba su escopeta y salía a pegar tiros con su hijo. Así, sin más.

Alguien que yo conocí —el amigo de un amigo de mi padre— se hizo una casa enorme y preciosa del siguiente modo: a diario, después de la medianoche y durante todo el invierno, salía

a darse una vuelta en su coche. En ese momento se estaban construyendo decenas de hoteles o apartamentos turísticos en la isla. Solo en menos de quince kilómetros a la redonda había una cantidad asombrosa de obras en marcha. En aquel tiempo no era común tener guardas de seguridad ni cámaras de vigilancia. El amigo del amigo de mi padre se metía cada noche en una obra —no en casas de particulares, solo en futuros hoteles— y cargaba su coche con ladrillos y sacos de cemento. Solo tenía que procurar cambiar siempre de obra y no llevarse demasiado material, de modo que una denuncia por robo resultara una medida poco práctica e incluso poco rentable. En las noches de invierno no había absolutamente nadie en la calle, y mucho menos en el interior de esos edificios en construcción. Antes de volver a casa, el hombre dejaba el material en una parcela que le había comprado a un precio irrisorio a una pareja de ancianos isleños que les habían cogido afecto a él y a su mujer y que tasaban las cosas como si vivieran cincuenta años atrás. Los fines de semana se los pasaba trabajando en la construcción de su *casita*. Me acuerdo de ir una vez con mis padres cuando ya estaba terminada. Era enorme, de dos pisos. Recuerdo la figura desgarrada del hombre. Reía a carcajadas mientras contaba su historia. Descalzo, sin camiseta, vestido con unos pantalones cortos y estrechos, como esos que llevaban los equipos de fútbol de los años ochenta. Les daba vueltas a unos chorizos en la parrilla y bebía vino de un vaso de plástico. Charlaba con nosotros y se reía.

24

Nicomedes vestido con una camisa de fuerza. Arrancaba alcayatas de la pared con los dientes tras pasar horas encerrado en una habitación en la que solo había un colchón en el suelo. Mi abuela le pagó a un mozo del pueblo para que le apretara el amarre a la camisa de fuerza de su marido y le obligara a comer mientras él sacudía el cuerpo como un animal colgado de un poste a punto de que le sajen la tripa. ¿De verdad hacía falta tanto? ¿Atacó a alguien Nicomedes alguna vez? ¿De verdad había arrancado alcayatas con los dientes? Intento imaginarlo. ¿Es siquiera posible? Lo más probable es que se rompiera los dientes antes de sacar la alcayata de su sitio. Se desgarraría las encías. Sangraría mucho. Es la imagen dantesca y estereotípica de la locura. El descontrol absoluto, el terror. No hay nada que dé más miedo que un loco desatado. La expresión «loco desatado» habla por sí misma. A los locos los amarran. Les ponen camisas de fuerza. Los atan por dentro con narcolépticos. A la locura, parece ser, no se la puede dejar suelta.

25

La muerte que hizo que Baxter acabara dimitiendo de su cargo fue bastante particular. Si se hubiera tratado de algo más corriente, como un coma etílico o un accidente de tráfico, quizá él hubiera seguido un poco más de tiempo en la isla. Colmó su paciencia justo por ser una muerte absurda. El chico acababa de cumplir los veintiún años. Bajó con varios amigos desde el West hasta el puerto. Una vez allí, se asomó al agua y se cayó. Tal vez tropezó con algo, o estaba tan borracho que una leve inclinación del cuerpo bastara para que perdiese el equilibrio. La caída no presentaba peligro en sí misma. Cualquiera hubiera dado unas brazadas hasta las barcas que había amarradas allí mismo y se hubiera encaramado fuera agarrándose de una maroma. O se hubiera dejado flotar, haciendo el muerto, hasta que alguien le ayudara. Pero ese joven, en el estado en que se encontraba, no supo hacer nada de eso. Es posible que se asustara y tragara agua al intentar abrir la boca para pedir ayuda. Sus amigos, igual de ebrios que él, reaccionaron de distintas maneras. Dos de ellos ni siquiera se dieron cuenta de lo que pasaba hasta que el chico llevaba un buen rato en el otro mundo. Al no verlo, pensaron que se había perdido por el camino. Otro lo vio caer, pero pensó todo el tiempo que les estaba gastando una broma y que había salido por algún otro sitio. Solo uno de ellos se dio cuenta de todo. De que su amigo no podía salir de allí y de que si él se lanzaba a salvarlo le pasaría exactamente lo mismo. Entró en pánico. Quiso salir corriendo y pedir ayuda a gritos, pero apenas podía correr y cuando gritaba no se le entendía. Bastante gente lo vio llegar a los primeros bares del West. Algunos se reían de él. Debieron de pensar que era otro borrachuzo más al que se le despiertan de golpe la ira y el rencor y camina calle arriba dando voces y escupiendo lágrimas. Varias personas entendieron lo que decía, pero estaban también intoxicadas en un grado u otro. Alguno de ellos se dirigió a la barra de algún bar para avisar a un camarero, pero sin éxito. No sabían exactamente lo que ocurría ni dónde. Solo cuando el chico se dejó caer de rodillas llorando en medio de la calle, se le hincharon las venas del cuello a fuerza de gritar y se puso rojo hasta desmayarse, alguien llamó a la policía. Su amigo llevaba ya unos diez minutos flotando bocabajo en el agua. La autopsia reveló que se había intoxicado solo con alcohol.

Caerse al agua. Algo tan simple como eso. Baxter tomó la decisión un par de horas después. No aguantaba más. Al amanecer ya había redactado su carta de dimisión. Nadie volvió a saber de él en la isla.

26

Yo me imaginaba el diagnóstico por las historias que corrían en la familia, pero necesitaba certificarlo. Leerlo en algún papel oficial con mis propios ojos. Sabía que lo habían ingresado en dos hospitales durante distintos periodos de su vida. Uno en Córdoba, su provincia natal, y otro en Palma de Mallorca, donde estaba el psiquiátrico más cercano a la isla. La primera sorpresa fue lo difícil que me resultaba dar con el de Córdoba. No había teléfonos ni dirección por ningún lado. Tras mucho buscar lo encontré en internet, en un *blog* sobre lugares abandonados. El autor del *blog* recoge fotos y datos de edificios en ruinas. A menudo acude él mismo a esos sitios y toma las fotos que luego publica en su página. La exploración urbana —así se llama esa actividad— le apasiona. Le hace viajar, escribir, tomar fotos hermosas, sentir emociones intensas. En pocos minutos me descubrí fascinado por esos sitios fantasmales. Hay algo revelador en ellos. Son el cementerio de sí mismos. Algunos de los edificios aparecen con el mobiliario entero todavía, aunque recomido por el polvo y los escombros. Muchos detalles me impactaron, como la vegetación que empezaba a nacer en los montones de tierra que el viento había ido acumulando en los rincones de una sala. Musgo en las paredes. Señales de que el tiempo ya había empezado su incansable tarea de borrar del mundo esos edificios. La naturaleza, en realidad, es lo único que existe. Creemos eludirla, pero es un espejismo. La Biblia lo dice: crecerá hierba sobre vuestras ciudades. Esas fotos son fascinantes porque, aunque son del pasado, en ellas vemos el futuro de todas las cosas.

Una de las entradas de ese *blog* corresponde al antiguo hospital psiquiátrico de Córdoba. Su estado es lamentable. Lleva años descomponiéndose sin que nadie se haga cargo. Se ven fotos espeluznantes. Instrumentos clínicos, camillas, urinarios, catres, cinchas de contención, salas comunes de baldosas mugrientas, todo lleno de polvo y escombros. Un gato muerto disecado por el tiempo. Una tristeza infinita. En una de las fotos hay montones de carpesanos llenos de historiales de pacientes. Di por supuesto que si los historiales estaban allí abandonados nadie iba a poder enviármelos. De todas formas, haré algunas llamadas para ver qué averiguo, pensé.

Probé en el hospital de Palma de Mallorca. Llamé por teléfono y me preguntaron qué relación de parentesco tengo yo con Nicomedes. Luego me dijeron la documentación que hay que aportar en esos casos y me informaron del procedimiento. Lo envié todo por correo electrónico esa misma mañana y me contestaron para explicarme que el historial me llegaría en cuestión de semanas o a lo sumo meses, dependiendo de la complejidad del caso.

Las imágenes del hospital abandonado se me han quedado grabadas. Vuelven a mi mente una y otra vez. Acabo entrando de nuevo en internet. Leo, en un comentario, el testimonio de alguien que estuvo ingresado allí. Habla de maltratos, de golpes, de frío, de desnutrición. De cucarachas por

todas partes, de vejaciones.

A medida que buscaba, me llamaba la atención que no fuera fácil encontrar fuentes bibliográficas que hablaran *solo* de los antiguos hospitales psiquiátricos españoles. Yo quería, para entender un poco mejor cómo fueron los encierros de Nicomedes en esos sitios, poder tener acceso a algunas informaciones básicas. Las terapias que se recibían, la dieta y la rutina de los internos, sus expectativas de curación. Pero me encontré con que la inmensa mayoría de libros publicados sobre los sanatorios de aquellos años no hablan para nada de todo eso. Hablan, básicamente, sobre política. Aparece una y otra vez un mismo nombre: Antonio Vallejo Nájera. Era un psiquiatra militar al que Franco dio poderes plenipotenciarios para hacer lo que le diera la gana con la psiquiatría, los enfermos y los entonces llamados manicomios. En 1938 Vallejo Nájera fundó, en el lado nacional, el Gabinete de Investigaciones Psicológicas de la Inspección de Campos de Concentración. Nájera creía en la existencia de una raza hispánica pura. Su proyecto era parejo al llevado a cabo en la Alemania nazi con la raza aria. La idea-fuerza que sustentaba toda su obra consistía en entender el marxismo como una enfermedad mental que mancilla la raza. Escribió cosas como estas:

He tratado de determinar las relaciones que puedan existir entre las cualidades biopsíquicas del sujeto y el fanatismo político-democrático-comunista. [...] La comprobación de nuestras hipótesis tiene enorme trascendencia políticosocial, pues si militan en el marxismo de preferencia psicópatas antisociales, como es nuestra idea, la segregación de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de plaga tan terrible.

Pasé horas navegando por infinidad de páginas web que ofrecían una cantidad de información que me superaba. Experimentos eugenésicos que lindan con la tortura, estudios raciales que tratan de identificar rasgos de maldad genética en las mujeres republicanas, robo de niños. Leí todo aquello hasta que la angustia me levantó de la silla y me puso a caminar sin sentido por la casa, de habitación en habitación. Me metí en la ducha y mientras el agua me corría cuello abajo la mente supuraba pensamientos afuera. El revoltijo habitual de preocupaciones, recuerdos e imágenes sin demasiado sentido que pueblan nuestra mente cuando creemos no estar pensando en nada. Cerré la llave del agua y de golpe oí mi propia voz interior quejándose patéticamente. ¿Por qué las cosas no serán más fáciles? ¿Por qué no podré simplemente encontrar algún libro que me diga sin ambages cómo era la vida cotidiana de un enfermo en un hospital psiquiátrico? Parece que nadie sepa nada sobre el tema. No hay registro. Luego, justo cuando empezaba a secarme la cabeza con la toalla, me vino esta idea: tal vez en eso consista una dictadura. En que no solo no gocemos de libertad, sino también que se nos haga muy difícil compartir con los otros la mucha falta que nos hace gozar de ella. Que no quede registro, que no quede recuerdo.

Bastantes de los libros o artículos con que me crucé estaban dedicados a la represión contra mujeres. Eran las viudas de los soldados vencidos, que fueron a menudo encerradas en manicomios. Eran rojas, pobres y mujeres. Tres características que asustaban a los represores, que les parecían verdaderamente peligrosas y les hacían sentirse amenazados. Decidieron poner en el mismo cajón a los enfermos mentales, a los opositores políticos, a las viudas de los rojos, a los gais, a ciertos delincuentes comunes y a los ateos. Se trataba de eliminar del mundo y de la vista de la gente, al mismo tiempo y en el mismo sitio, el sexo libre y liberado, las ideas de

justicia social y la locura. Toda una sopa de prejuicios.

Desde entonces hemos aprendido algunas cosas sobre la discriminación. Ahora se estudia en la universidad. El Senado legisla teniéndola en cuenta. Hoy sabemos, por ejemplo, que las posibilidades de ser marginado se disparan cuando coinciden en la misma persona dos o más factores de discriminación. Este fenómeno se llama, entre los entendidos en el asunto, *interseccionalidad*. Una mujer pobre —por ejemplo— es mucho más vulnerable que un hombre pobre o que una mujer de clase media. Tu posición social, tu trabajo, tu género, el color de tu piel, tu etnia, tus ideas, tu edad. Cualquier suma de factores aumenta exponencialmente el riesgo. Un gitano desempleado, una mujer mayor, un homosexual anarquista, una mujer magrebí, un mendigo nigeriano y musulmán.

Las ideas de los fascistas españoles, italianos, portugueses o alemanes son el ejemplo más claro de que el concepto de interseccionalidad no anda desencaminado. Solo hay que fijarse en el título de uno de los artículos de Vallejo Nájera: «Investigaciones psicológicas en marxistas femeninos delincuentes».

¡Marxistas femeninos delincuentes!

Las mujeres sobre las que pretendía *investigar* Vallejo Nájera eran marxistas. Para él estaban locas, porque entendía el marxismo como una enfermedad mental. Eran, además, marxistas *femeninos*. Nótese el forzado uso del género masculino para hablar de mujeres, a las que rechaza ya desde la gramática. El miedo que le dan las mujeres no le permite ni siquiera reconocer su existencia, decir algo tan simple como «mujeres marxistas». Por si fuera poco, eran delincuentes. Ser roja era ser delincuente. Además, Vallejo Nájera pensaba que el marxismo actuaba de un modo diferente en el caso de las mujeres. Creía que las volvía extremadamente crueles, de una maldad más sañuda que la de los hombres, casi fervorosa. Su fobia a las mujeres le hacía imaginarlas como endemoniadas criaturas abocadas a la violencia más degenerada, así como a la igualdad y al amor libre, dos cosas en su opinión nada benéficas. Esta es una visión inquietantemente parecida a la que la Inquisición tenía de las brujas.

En resumen: la interseccionalidad demostrada por vía negativa, años antes de que nos la explicaran las pensadoras contemporáneas. Mujeres, rojas, pobres, delincuentes y locas. Todo en un mismo estudio de campo, en un mismo saco, en un mismo campo de concentración o cárcel o manicomio.

Los días siguientes no dejé de pensar en todo eso. Qué hacer, si valdría la pena investigar un poco más, si no estaría desviándome demasiado de mi objetivo. La cuestión era que Nicomedes seguramente había compartido instalaciones con personas que no habían ingresado allí por tener problemas de salud mental. Esos lugares se usaban para cosas variadas, pero parece ser que nunca ocurría en ellos nada hermoso. La curación, el cuidado, el apoyo psicológico o la generosidad no aparecen en ninguno de los libros ni páginas web que estuve leyendo al respecto. Yo quería información sobre hospitales, pero no cesaban de aparecer datos sobre cárceles y campos de concentración. Sobre torturas, palizas, frío y hambre.

27

Tal vez se trate de una leyenda, porque no encuentro la referencia a esto en ningún sitio ni tengo manera de comprobar que sea cierto, pero cuando era adolescente y vivía aún en la isla oí hablar de una fiesta en una discoteca que duraba cuarenta y ocho horas seguidas. Los que pagaban por ir allí no salían del recinto en todo ese tiempo. Nada más aterrizar, a pie de pista y eludiendo cualquier engorro burocrático gracias a las hábiles gestiones de los organizadores, los *clubbers* eran embutidos en autobuses que los dejaban en la entrada misma del local, en mitad de la carretera. En medio de la nada. Ahí pasaban dos días y dos noches. Si alguien quería o lo necesitaba, podía salir a respirar aire fresco a un patio adjunto. Las camas de hotel no eran necesarias porque, técnicamente hablando, no había pernoctación. Todo el mundo estaba lo suficientemente estimulado como para no tener que dormir demasiado. Les bastaban las cabezadas ocasionales en los divanes que servían tanto para eso como para las orgías o el sexo improvisado con cualquiera. Al terminar la fiesta los organizadores volvían a meter a todo el mundo en el mismo autobús y luego en el mismo avión. Los participantes habían estado en la isla y no habían visto absolutamente nada de ella. Ni un pueblo, ni una playa, ni un atardecer o amanecer. Ni siquiera habían respirado con cierta generosidad el aire del Mediterráneo ni habían sentido en su cuerpo la temperatura natural del lugar, el calor del sol o el frescor del agua del mar. Por lo que a ellos respecta, el local podría estar en Hawái, en Nueva York, en Granada, en Ciudad del Cabo o en Hanói. Da igual. Conscientemente o no, esas personas querían no estar en ningún lugar concreto. Solo así podemos despistar al policía interior que llevamos dentro para que nos deje escapar de nuestro personaje, algo que no se puede hacer en ningún lugar real. Bailar sin parar durante dos días. Moverse sin parar durante dos días. Durante dos días, quitarnos de en medio.

Años después oí hablar de algo que sucedió en Estrasburgo en 1518. Una mujer se puso a bailar en la calle y no dejó de hacerlo ni un instante durante varios días. Una semana más tarde se le habían unido treinta y cuatro personas. Después de un mes, ya eran unas cuatrocientas. Cada día morían unas quince de puro agotamiento o de un ataque al corazón. Este fenómeno, llamado popularmente baile de San Vito, no era nuevo. La primera noticia que se tiene de algo parecido es del siglo VII, y la última, del XVII, cuando dejó de ocurrir sin que nadie sepa por qué. Hay diversas teorías que intentan explicar el asunto. Una de ellas habla del consumo inadvertido de cornezuelo del centeno, el hongo que estudió Albert Hofmann para descubrir la dietilamida de ácido lisérgico o LSD.

28

Es posible que Nicomedes tuviera ideaciones de suicidio durante toda su vida. Un día Francisco, su hermano mayor, lo perdió de vista cuando estaban arando el campo. Puede que hubiera ido a orinar o a beber agua, pero Francisco intuyó que no era así. Dejó caer la azada en la tierra y echó a correr. Se encontró a Nicomedes en el nacimiento del río, sentado en la orilla, justo en la parte que llamaban el salsipuedes.

El salsipuedes, el puente de las golondrinas y —años más tarde, cuando se construyó— el pantano. Lugares que ayudan a cubrir, junto con las sogas para ahorcarse y las escopetas de caza, una de las necesidades básicas de la gente de la comarca: matarse.

Mi abuela me había dicho alguna vez que a mi abuelo le fascinaba el agua. En realidad le fascinaban todos los elementos. El agua, el fuego, la tierra, el viento. Niña, le dijo una vez, esta mañana casi me tiro al salsipuedes. Pero ha pasado por allí el piconero y me ha convencido de que no lo haga. Me ha dicho que piense en mis hijos, que cómo se me ocurre, que quién les va a poner un plato de comida en la mesa a esas criaturas. Pero chiquillo, le contestó ella, cómo vas a hablar tú con el piconero, si hace años que está muerto. Él sí que se tiró, no como tú. Mi abuela me contó esta historia infinidad de veces. El salsipuedes era llamado así porque las corrientes internas se habían tragado a más de uno y más de dos. Algunos eran bañistas, pero pocos. Casi todos eran suicidas. Los cuerpos sin vida emergían varios cientos de metros más adelante. Cuando estudiaba en la universidad, hace más de veinte años, me topé con una referencia inesperada cuando leía las memorias del poeta Rafael Alberti, que pasó una temporada en el pueblo. Él lo llama «pueblo de borrachos y suicidas». Esto, que puede ser una simple repetición del estereotipo local por parte de un visitante célebre, toma otro cariz cuando se investiga un poco más y se descubre que en 1987 el psiquiatra Antonio García López publicó una tesina sobre lo que él llamaba «el triángulo de los suicidios». Un triángulo formado por tres pueblos cercanos, uno de los cuales es el pueblo de Nicomedes y de toda mi familia materna. En esa zona la tasa de suicidios duplica la media estatal, y en algunos puntos concretos se llega a multiplicar por seis.

Cada vez me cuesta más escribir esto con sencillez. Yo solo quiero escribir la historia de Nicomedes. Necesito soltar mi fardo, traspasar toda esta información sobre mi familia de algún modo que resulte significativo. No quiero Triángulo de las Bermudas del suicidio, no quiero brujas, no quiero escenas espantosas de demencia, no quiero leyendas ni mistificaciones de ninguna clase. Pero este tipo de cosas no paran de surgir. Estoy escribiendo alrededor de qué, estoy escribiendo contra qué.

Me parece que el principal motivo que tenía Nicomedes para quitarse la vida era la desesperante voz de los celos. Una vez sufrió un ataque de celos descomunal. Estaban trabajando

en un cortijo. Él y su mujer dormían en un barracón comunitario para los jornaleros. Un día, al entrar, Nicomedes vio unos zapatos de hombre en el suelo, cerca de su catre. Más cerca que de ningún otro catre. Eso le bastó para perder toda conexión con la realidad. Mi abuela había preparado pestiños —unos dulces de vino y azúcar típicos del pueblo— y había llenado una olla con ellos. La olla y los pestiños y todo lo que Nicomedes encontró a mano salió volando por los aires. El catre también salió volando. Lo tuvieron que sujetar entre seis o siete hombres, y si no lo sujetan hubiera desmantelado el barracón entero. Estaba fuera de sí, desconectado de la realidad. No reconocía a nadie.

En aquel tiempo esas cosas no se solucionaban en media hora. No se podía llamar a una ambulancia con el móvil. El cortijo estaba a varias horas del pueblo, tanto en burro como a pie. Eso significaba que el capataz y varios hombres perdieran una mañana de trabajo para devolverlo a casa. Significaba que los capataces podían dejar de confiar en él. No volverle a llamar de ese cortijo. Significaba tener menos trabajo y más problemas.

Cuando nació mi tío, el primogénito, la reacción de su padre suena también a un golpe incontrolado de celos. Ocurrió pocos días después del parto. Entró en la habitación donde descansaba su mujer, cogió al niño en brazos y amenazó con tirarlo por la ventana. Dijo: lo que el aire trae, el aire se lo lleva. Evidentemente Nicomedes creía, o al menos lo creyó en ese momento, que él no era el padre de la criatura. De ahí que dijera que «el aire» había preñado a su mujer. Mi abuela afirma que ella misma evitó que su marido lanzara al niño por la ventana. Se abalanzó sobre él y le arrebató al bebé de las manos, cosa que yo, para variar, no me acabo de creer. Lo que me parece más verosímil es que Nicomedes se lo dejara arrebatar. Seguramente no quería en absoluto matar a su hijo y aquello era tan solo su manera escandalosa de expresar que estaba herido en sus emociones y que necesitaba que su mujer le prestara atención. Cualquier cosa menos pedir algo, menos decir que se necesita algo. Hizo lo de siempre. Comunicarse por otras vías, de forma lateral, de forma indirecta. Perder el control. Ser todavía el niño con la ceja abierta que se esconde de su madre. Tomar el camino más largo, pedregoso y arriesgado para llegar al propio corazón, que es, aunque no lo sepamos, lo que tenemos más cerca.

29

El pasado de Ibars era de lo más misterioso. Oí que se pasaba los inviernos devorando libros de todo tipo y que había tenido en algún momento ambiciones literarias. Llegó bastante joven a la isla y, ave nocturna desde siempre, alternó con los elementos más variopintos. Recordaba decenas de anécdotas sobre toda esa gente excéntrica, provocadora y algo esnob que pululaba por los bares del puerto y del casco antiguo hasta que llegaba la hora de las discotecas y, más tarde aún, del amanecer en las playas o en ciertas casas de campo. Podía contar esas historias con mucha precisión. En su boca se volvían narraciones vivas, llenas de frescura. No exageraba ni se extendía en los detalles. Soltaba las palabras justas, ni una más. Quien lo escuchaba se quedaba sin remedio pegado a la silla. Una de sus favoritas era la historia de Bart Huges. Ibars llevaba pocos años en la isla cuando lo conoció —a finales de los sesenta o principios de los setenta— y acababa de empezar a ejercer como médico en el sistema público de salud, que abandonaría pronto. Una tarde llegó al ambulatorio un hombre algo mayor que él, acompañado de dos mujeres. Llevaba una toalla ensangrentada enrollada en la cabeza, con la que trataba de cortar una hemorragia. Había perdido bastante sangre. Apenas se mantenía en pie. En cuanto entró en el centro médico se derrumbó. La enfermera se esperaba cualquier cosa común, una brecha producto de una caída, un accidente de moto o algo por el estilo, pero al apartar la toalla se encontró con otra cosa. Ven, le dijo a Ibars, tienes que ver esto. Ibars se acercó al hombre, que estaba echado bocarriba en la camilla. Lo que vio le sorprendió mucho. Era una herida limpia que consistía en una perforación perfectamente cilíndrica en la parte alta de la frente, justo donde comienza el pelo. Pequeña, del grosor de un cigarrillo y de una hondura aproximada de medio centímetro. La enfermera y él se miraron con perplejidad. Ella nunca había visto algo parecido. Ibars tampoco lo había visto, pero sabía de qué se trataba.

Una vez desinfectada la herida, con la cabeza vendada y la hemorragia detenida, Ibars llamó a su consulta a las dos mujeres que le habían traído en coche. Tenían la ropa llena de sangre. Una de ellas estaba nerviosa y la otra extrañamente calmada. Bueno, les dijo Ibars en su inglés áspero pero fluido, vais a tener que explicarme muy bien lo que ha pasado. Se lo ha hecho él mismo, dijo la que estaba más tranquila. Sí, repitió la otra, se lo ha hecho él mismo delante del espejo. Nosotras le hemos ayudado. Ibars escuchaba con aquella cara de póquer que no perdía nunca, con la que recibía tanto las palabras más corrientes como las más delirantes. Vosotras le habéis ayudado con qué, preguntó para no ser el primero en pronunciar la palabra. La más inquieta, que tenía un cigarro apagado entre los labios, abrió el bolso y se puso a buscar algo para encenderlo, ignorando la pregunta. Con la trepanación, le contestó la otra.

La primera vez que Ibars había oído hablar de la trepanación fue en una clase de la

universidad. Se trata de un procedimiento quirúrgico ancestral, practicado en multitud de culturas distintas en los cinco continentes. Se usaba para aliviar un amplio número de dolencias y de síntomas, como por ejemplo la migraña. Consistía en abrir un agujero en el cráneo de alguien para dejar expuesta la duramadre, una membrana externa que protege el sistema nervioso central. Se intervenía al paciente con un instrumento llamado trépano. En la Europa medieval la trepanación fue usada a menudo para ahuyentar los supuestos demonios internos que habrían invadido al enfermo. Aparece parodiada en una pintura del Bosco, llamada significativamente *Extracción de la piedra de la locura*.

Vale, les dijo Ibars a las chicas. Hacemos un trato. Vosotras me contáis de qué va esto y yo os prometo que voy a pensarme si llamamos o no a la policía. Era un farol, porque Ibars sabía que si lo que le contaban era feo, él tendría que llamar a la policía de todos modos. Una de ellas le puso una mueca de disgusto, pero la otra no parecía en absoluto impresionada por la amenaza y siguió hablando como si nada. Max, que así se llamaba el tipo con el boquete en la frente, había usado un taladro eléctrico con el motor modificado y una broca especial con cuña de seguridad forjada exprofeso para la tarea. Había tardado tres meses, entre la investigación y la fabricación del aparato, en tenerlo listo para el uso. Estaba pensando en patentarlo, aunque sabía de la resistencia que encontraría por parte de los médicos y de los científicos en general. En la operación habían fallado algunas cosas, entre ellas la anestesia, que no surtió el efecto esperado. En cierto momento Max se asustó y ellas decidieron coger el coche y salir a toda velocidad para el hospital.

Los tres eran seguidores de Bart Huges, un bibliotecario holandés que se había perforado a sí mismo en 1965 y que llevaba unos años en la isla. En aquel entonces el lugar ya estaba trufado de famosos, de gente influyente. Intelectuales, músicos, artistas. No pocos de ellos experimentaban con el LSD, la mescalina o el cánnabis. Era el sitio ideal para que Huges promocionara sus ideas, porque toda aquella gente estaba abierta a cosas nuevas y también dispuesta, en el caso de que esas cosas les convencieran, a propagarlas.

Huges pensaba que la perforación del cráneo aumenta el volumen de flujo sanguíneo en el cerebro y nos devuelve el mismo flujo que tuvimos en la infancia, cuando nuestro cráneo estaba abierto de un modo natural. Al someterse a esa cirugía la persona vuelve, según él, al estado espiritual de cuando tenía ocho años de edad. Nada nos angustia demasiado. Se atenúa dramáticamente la neurosis y desaparece cualquier asomo de psicosis, paranoia y otros trastornos mentales. Deja uno de preocuparse por banalidades. Se vive en una especie de embriaguez suave y constante, con la capacidad de asombro y entusiasmo de los niños pero sin perder la experiencia y la lucidez de los adultos.

Te iluminas, decía Ibars partiéndose de risa ante las miradas incrédulas de los que escuchaban su historia.

No llamó a la policía. Al contrario: les pidió el teléfono a las chicas y a los pocos días las estaba invitando a almorzar en la terraza de un hotel del puerto. Tardó poco en conseguir que le presentaran a Huges. Ibars era un tipo curioso y aquello no pensaba perderselo. En la facultad había leído todo lo que podía leerse sobre la trepanación, pero entonces no pasaba de ser un tema interesante, un entretenimiento para eruditos o interesados en antropología o en historia de la medicina. Esa era una de las cosas que le habían atraído de la isla: la fantasía de poder dejar de vivir en los libros. Allí todo era posible. La isla había estado infestada durante siglos de piratas, genios, perdedores, aventureros o fugitivos. Gente que se esconde, gente que busca, gente que se cura, gente que se enriquece. Pioneros, traficantes, espías. Gente de toda calaña. Trepanados.

30

Mi tío sospecha que otro foco de celos para Nicomedes era el hermano de leche de mi abuela. Era un alto funcionario falangista de familia rica que vivía en la capital. Su nodriza había sido mi bisabuela materna, que servía en casa de sus padres. Ese vínculo seudofamiliar ayudó a mis abuelos a conseguir una casa de protección oficial, tras varias cartas que mi abuela le escribió al burócrata pidiéndole ayuda.

Tío, cuéntame un poco más de ese hombre, le digo, y mi tío rompe a hablar: una vez vino al pueblo y se le recibió en el Ayuntamiento con mucha pompa, me dice. Mis amigos y yo habíamos montado una tuna, así que nos llamaron para participar en el recibimiento. En realidad lo que nosotros queríamos era empezar un grupo de rock, pero no teníamos ni un duro para los instrumentos. Nadie en el pueblo tenía una guitarra eléctrica ni una batería. Entonces el gobernador aquel, como era hermano de leche de mi madre y a mí me conocía desde chico, nos dijo que nos compraba él los instrumentos. Nos pusimos contentísimos. Eso sí, la condición que nos ponía era que nos afiliáramos a Falange. En menos que canta un gallo estaréis ensayando, nos dijo. Ya te digo yo, sobrino, que no hubo ni uno de nosotros que no se lo pensara. Nos moríamos de ganas de montar el grupo. La política nos daba igual. ¿Sabes la respuesta que me dio tu abuelo? Me dijo: como se te ocurra hacerte de Falange te echo de la casa. No vuelves a poner los pies aquí en tu vida.

Ese hombre y Nicomedes eran opuestos en todo. Uno con estudios, poderoso, acumulador, resolutivo, descarado y cuerdo. El otro pobre, vergonzoso, humilde, austero, casi analfabeto y delirante. Pero Nicomedes nunca manipuló a nadie. Nunca compró la voluntad de nadie.

31

Un verano mi tío se fue a trabajar a un hotel de la costa catalana. El verano siguiente volvió a irse, pero esa vez mi madre y mi abuela se fueron con él. En el pueblo se quedaron Nicomedes y sus dos hijos pequeños. Decenas de miles de personas estaban emigrando desde los pueblos de interior hacia la costa. El campo daba para poco.

El día que volvieron al pueblo, Nicomedes se encontró encima de la mesa un amasijo de billetes apretados, liados con un trozo de cuerda. Lo miró con detenimiento pero sin atreverse a tocarlo. Tenía miedo. Las veintitantas semanas que su mujer y sus hijos habían estado fuera habían sido difíciles. Le había costado mucho apañarse solo con los niños. Estaba dolido y asustado. Se sentía inútil, disminuido. Un fardo para la familia. Recelaba de todo, incluso de un simple objeto encima de la mesa. Estuvo unos minutos allí sentado, en silencio, hasta que un gesto de orgullo repentino le levantó la cara. Niño, le dijo a su hijo mayor señalando el dinero. Eso de ahí qué es.

Aquello era el producto del trabajo de tres personas durante ciento ochenta días sin interrupción, que consistían en levantarse al amanecer, trabajar a destajo sin más pausas que las justas para comer y asearse, y dormir como mucho cuatro o cinco horas. Ni un solo día libre. Sábanas, bandejas, platos, toallas, cubiertos, comidas, cafés, copas, lavadoras, desayunos, planchas, camas, escobas, fregonas, lejía, mesas, sillas, más platos, más bandejas. Un verano encerrados. Ellos decían que habían estado en un pueblo costero de Cataluña, pero eso no es cierto. Estuvieron en un hotel. Un hotel puede ser un mundo entero, como esa gente que vive en plataformas petroleras en medio del océano, o en ese sitio de la Antártida que se llama McMurdo Station, donde los científicos que estudian pingüinos o glaciares se pasan meses en unos pocos metros cuadrados y ven solo a un puñado de personas.

Había vecinos y parientes que entraban en la casa y le felicitaban. Nicomedes, ya te ha llegado la familia, estarás contento. Le trajeron un jersey de lana que le hizo gruñir. No era un experto en recibir regalos. Para los hermanos pequeños —contentos y esquivos a la vez, sin saber ellos mismos por qué—, chocolate y golosinas. No consigo fiarme de mis tíos ni de mi madre en las conversaciones telefónicas en las que me cuentan todo esto. Dan versiones contradictorias para casi todo. Uno se acuerda de regalar chocolate y no el jersey, y el otro ninguna de las dos cosas. Tampoco se ponen de acuerdo en la cantidad de dinero que habían ganado. Cien mil pesetas, treinta mil duros, doscientas mil pesetas. Cada hijo dice una cifra distinta. En realidad da igual. También lo recuerdan todo distinto cuando les pregunto cómo se sentía su padre. Una de las versiones dice que estaba eufórico, otra que estaba avergonzado y la última que estaba aterrorizado. Mi madre dice: cuando tu abuelo vio el dinero, *se alegró tanto que se puso malo*. Lo ingresaron poco después.

Esos billetes encima de la mesa son un ejemplo ilustrativo de algo que se da con cierta frecuencia en nuestra familia. Sustituimos la expresión del afecto por ofrendas que nadie nos ha pedido, y esperamos en silencio que los otros sepan interpretar el gesto y reconocer en él nuestro amor por ellos. Sería más fácil decir te quiero, como hacen a todas horas de forma un poco ridícula en las películas norteamericanas. Nosotros preferimos montar una escena misteriosa, una especie de torpe y absurdo *koan* cristiano. El fajo de billetes significaba esto: padre, no queremos vivir del campo ni quedarnos en este pueblo. Queremos irnos de aquí. Pero te queremos y no nos gustaría decepcionarte ni ponerte triste con nuestra decisión. Así que te dejamos un fajo de dinero en la mesa para que tú solito interpretes todas esas cosas y no tengamos que decírtelas. El fajo de dinero sustituye a sentarse todos juntos, mirarse a los ojos y decir cada uno lo que desea con honestidad. Por algún extraño motivo que desconocemos, nosotros preferimos trabajar a destajo seis meses, entregar lo que hemos ganado en un gesto críptico de sacrificio y cerrar los ojos para ver si mágicamente deja de ser necesario decir la verdad que hace años llevamos atragantada en el gznate sin tener agallas para soltarla.

Esto no significaba, claro está, que el dinero no valiera la pena. Se podía comprar una casa con esos billetes. Los necesitaban. Era cabal haberlos conseguido. Pero a menudo las cosas son complejas. Hacemos cosas razonables por motivos turbios que ni siquiera conocemos y cosas imprudentes por motivos adecuados y justos. La vida de Nicomedes está hecha de esos dos tipos de descoordinación. Es una vida poco sincronizada, mal engastada, como un carro de caballos con una rueda torcida que hace que el viaje sea farragoso, lento y lleno de baches.

Durante unos minutos Nicomedes no reaccionó. Miraba el dinero como se mira copular a dos perros en la calle. Los billetes estaban doblados sobre sí mismos formando una estructura en ese. Había todo tipo de billetes, pero sobre todo de 1.000 y 5.000 pesetas. Más anchos y largos que los actuales. La atención que las cuatro personas sentadas a la mesa ponían en ese objeto era tan intensa que parecía que estuvieran haciendo otra cosa. Una sesión de espiritismo o el intento de sintonizar una radio clandestina que emite desde el exilio. Los ocho ojos miraban el objeto, pero la atención real, que nos vive en todo el cuerpo y no solo en los ojos, se la llevaba entera Nicomedes. Pestañeaba mucho y tenía los puños cerrados encima de la mesa. El torso hacia delante, el abdomen encajado en el tablero de la mesa. Una postura nada típica de él.

Con lo que sacaban de los olivos quién sabe cuántos años habrían tardado en pagar la casa. Con eso que había encima de la mesa, ya estaba pagada. Era más dinero del que Nicomedes había visto y vería en su vida. ¿Está usted bien, papa?, le pregunta su hija. No está bien. Mira a su mujer. A sus hijos no tiene fuerzas para mirarlos. Por momentos niega con la cabeza de un modo imperceptible. No entiende qué han estado haciendo para conseguir ese dinero. De dónde sale, quién paga a quién y para qué. Él comprende a la perfección cómo se gana dinero trabajando la tierra. Uno le echa horas de trabajo y la tierra le devuelve aceitunas, trigo o algodón, que luego intercambia por dinero. Pero la gente que se aloja en el hotel donde sus hijos y su mujer han estado trabajando, ¿para qué lo hace? ¿Por qué alguien paga por estar en un sitio diferente al suyo propio? ¿Por qué la gente viaja para nada en especial?

Me acuerdo de un diálogo de la película *Diarios de motocicleta* que se me quedó grabado. Una noche Ernesto y Alberto, los amigos protagonistas, comparten hoguera y cena con un matrimonio de indígenas. Los indígenas les explican que están huyendo porque les persigue la dictadura, que les acusa de comunistas. Después les preguntan a ellos cuál es el motivo de su viaje. Los dos chicos se sienten culpables y avergonzados. Alberto se queda mudo, pero Ernesto

—el futuro Che Guevara— dice la verdad: viajamos por viajar. No nos persigue nadie, no necesitamos ir a ningún sitio. Los indígenas quedan desconcertados. Jamás han oído algo parecido.

Nicomedes tampoco entiende que se viaje por viajar, y menos aún que viajar por viajar produzca ese montón de dinero que hay encima de la mesa. Multitud de voces aparecen a la vez en su mente y le dicen infinidad de cosas. Tu mujer gana más dinero que tú. Tu hija de trece años también. Qué habrán estado haciendo allí. Eres un inútil. Te mantienen. Tu mujer te mantiene. Esas voces se multiplican, se convierten en un delirio. Mi madre, entonces una adolescente flaca y nerviosa como una liebre, mira a su padre y aguanta como puede las lágrimas. De repente Nicomedes sonríe con esa sonrisa limpia pero difícil, como de niño de siete años al que alguien ha hecho beber un vaso de vino. Es la señal de que está a punto de ocurrirle. Los hijos son expertos en leer los síntomas de las enfermedades de sus progenitores. Lo llevan haciendo la vida entera. En cierto modo, esas enfermedades son tan tuyas como de sus padres.

Nicomedes hubiera querido impedirles que se fueran. Haberles convencido de que nunca serían más felices que en el pueblo. Pero hablar no era lo que mejor se le daba. A sus hijos tampoco. Nadie decía nada.

En nuestras casas la prosperidad siempre se hace de ciegos.

32

En *La locura y la guerra. Psicopatología de la guerra española*, Antonio Vallejo Nájera escribió este párrafo delirante y enrevesado:

La mujer participa en política para satisfacer sus apetencias sexuales. La razón hay que buscarla en la característica debilidad del equilibrio mental de la mujer, la menor resistencia a las influencias ambientales y la inseguridad del control sobre la personalidad. Por ello, es fundamental que la religión católica imponga a la mujer sus estrictas normas a modo de «freno» a su tendencia animal. Cuando desaparecen los frenos que contienen socialmente a la mujer se despierta en el sexo femenino el instinto de crueldad y rebasa todas las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarle las inhibiciones inteligentes y lógicas, característica de la crueldad femenina que no queda satisfecha con la ejecución del crimen, sino que aumenta durante su comisión.

33

La primera vez que se vieron, Huges le trató como si le conociera de toda la vida, o al menos esa fue su impresión. Era un joven bajo y flacucho, con una mirada serena pero al mismo tiempo vivaz. Fue en un bar del casco antiguo. En el grupo, de unas siete u ocho personas, estaban también el tipo al que él había atendido en el hospital, todavía con la venda en la cabeza, y una de las dos mujeres que le habían acompañado. Todos, menos Ibars y otra de las chicas, estaban trepanados. Ibars les frío a preguntas. Huges tenía una personalidad juguetona, pero a la vez cándida y sin ninguna malicia. Casi nunca respondía a las preguntas en serio y se lo pasaba de fábula explicando cosas que no tenían nada que ver con lo que se le preguntaba. Si te interesabas por cómo descubrió la existencia de la trepanación, él te contestaba algo sobre el efecto de cierto tipo de frecuencia de onda sonora en la recuperación de recuerdos de la infancia. Le preguntabas por su ciudad natal y te hablaba de una desconocida banda de rock psicodélico de Austria. Nosotros somos todos muy abiertos de mente, le dijo en un momento dado a Ibars, y soltó una carcajada floja, casi susurrada. Los demás también se rieron, pero no tanto de la broma sino del propio Huges. No sé cómo todavía te hace tanta gracia, dijo una de las chicas, repites ese chiste con todo el mundo. Ibars se desternillaba. Todos ellos eran un gran chiste viviente. Él se había tomado dos *gin-tonics* y era el más sobrio del grupo. ¿Desde qué hora habéis estado fumando?, preguntó. Yo no he fumado nada, dijo el trepanado de la venda. No fumo. Fumar es una estúpida agresión al sistema respiratorio. Los pulmones no están hechos para que introduzcas nada en ellos que no sea oxígeno. Ibars miró a Huges para que le iluminara al respecto, pero este se limitó a sonreír y a dejar que una de las chicas contestara por él. No hemos fumado nada, dijo ella.

Recuerdo que de niño, de puro aburrimiento, alguna vez apoyaba los pies en la pared y me ponía a hacer el pino en el sofá. Permanecía cabeza abajo hasta sentir cierto mareo agradable. Mi madre siempre interrumpía ese juego espontáneo: niño, no hagas eso, que es malo, se te baja la sangre a la cabeza y te puedes morir.

Después de ver a Huges y a sus amigos, Ibars siempre se quedaba con la sensación de que había sido bien comprendido. De que esos delirantes sabían escuchar mejor que nadie. Con atención, con paciencia, con calma y con tanta precisión que parecían siempre a punto de adelantarse a sus pensamientos. El primer día, cuando le hablaron de los efectos de la trepanación, recuerda cuánto se esforzó por que ninguno de ellos notara su escepticismo. Trataba de ser amable con ellos, de entenderlos, de gustarles. Su curiosidad era tan grande, y esa gente era tan amable con él, que Ibars temía ofenderles si expresaba su verdadera visión del asunto. Él era un médico, y aunque no estaba totalmente cerrado a ideas heterodoxas, sabía que desde el punto de vista científico el asunto era más que dudoso. No está demostrado que abrir un agujero en el

cráneo aumente el flujo de sangre en el cerebro, ni tampoco que eso sirva para nada especialmente útil. Ibars ocultaba todo esto por pura gentileza. Se consideraba un intruso entre ellos y no era nadie para discutir la base misma de su existencia como grupo. Pero no habían pasado diez segundos de la explicación de uno de ellos acerca de los beneficios de taladrarse la sesera cuando Huges se giró hacia Ibars y, mirándole a los ojos, le dijo: eh, no te preocupes. Está todo bien. No somos testigos de Jehová, quédate tranquilo. No tienes que creerte nada. Somos solo un grupo de amigos. Los médicos del sistema sois personas tan queribles como cualquiera. Al decir eso se echó a reír con aquella risa estomacal tan típica de él. Ibars quedó impresionado. Le acababa de leer el pensamiento, y él no era un tipo de pensamiento fácil de leer. Fue ahí cuando tuvo la primera duda. ¿Y si era cierto? ¿Y si esa gente era algo más que un puñado de majaras y su trepanación de verdad expandiera la conciencia y nos diera una mejor comprensión de las cosas? Todos ellos parecían, según cómo los miraras, personas sabias. Gente que ve la realidad sin engañarse, sin preocuparse demasiado, sin querer tener siempre razón, sin miedo de perder o ganar discusión alguna. Gente sin prisa por llegar a ningún sitio. Gente *normal*.

34

A menudo quedo insatisfecho con las respuestas de los hijos de Nicomedes, pero en realidad lo insatisfactorio son mis preguntas. No llego hasta el final. Tengo miedo de provocarles dolor, de hacer preguntas duras de responder. Con el pretexto de su sufrimiento, en realidad soy yo quien se está escapando de sentir algo incómodo. A ellos les pido veracidad, pero una parte de mí está falseando la conversación. Ese es nuestro patrón familiar de conducta. Evitar cualquier asomo de conflicto. Esconderse. Estoy repitiendo el esquema. Si no rompo con ese estado de cosas, escribir todo esto no habrá tenido ningún sentido.

Durante unos segundos me quedo mirando el párrafo que acabo de escribir. ¡Cómo nos cuesta hacer algo diferente de lo que hacemos siempre! Pero ya no puedo echarme atrás. Llevo demasiado escrito para abandonar ahora. Me levanto, cojo una silla, la pongo al lado del teléfono fijo y marco el número de mis padres. No hay nadie en casa. Decido probar con mi tía. Tía, le digo, perdona que te llame otra vez, pero necesito saber más. Quiero saber exactamente *qué cosas* hacía tu padre. Qué forma tenía su locura. Cuéntame más, por favor. Ella, para mi sorpresa, se echa a hablar enseguida. Te doy un ejemplo, me dice: de niña mi padre a veces me pedía que contara el número exacto de gotas que hay en una copa de aguardiente. A mí me encantaba hacerlo, no tanto por contar las gotas sino porque era algo que a él le complacía mucho. Nos sentábamos los dos a la mesa frente a una botella de anís, una copa pequeña y uno de esos goteros de farmacia que se usan para los colirios. No interrumpo a mi tía para decírselo, pero recuerdo a la perfección esas botellas de anís a las que se refiere. Anís Machaquito y anís Triunfo. En las Nochebuenas de mi infancia las rascábamos con un cuchillo para hacer de acompañamiento musical a los villancicos. Ella sigue hablando: mi padre se quedaba hechizado viéndome hacer aquello. Yo abría el bote de colirio, vertía el aguardiente dentro y luego llenaba la copa gota a gota. Contaba despacio y en voz alta cada una de las gotas. Él no se perdía detalle. Las contaba conmigo pero en silencio, moviendo los labios. Estaba tan concentrado mirándolas que parecía que se le fuera a cortar la respiración. Al final siempre se sentía calmado y satisfecho. Acuérdate de cuántas gotas son, me decía. Al cabo de unos días, volvía a pedirme que hiciera lo mismo y repetíamos la operación. Pero tía, le digo, ¿por qué piensas que te pedía eso? No lo sé, me contesta ella, pero la verdad es que podía quedarse fascinado con cualquier cosa, no solo con eso. Yo creo que tenía que ver con las texturas de las cosas y con las formas. La textura de la goma del gotero, la forma de la gota al salir y al caer en la copa. También lo vi fascinado con los tejidos. Se quedaba mirando una prenda de lana o de algodón durante horas. Creo que lo que le sorprendía era el material mismo, el trazado de los hilos. Es como si sintiera placer al ver que las cosas grandes, como jerséis o bufandas, estaban formadas por elementos más pequeños que se entrelazaban, y

como si esa construcción le pareciera mágica. Como si no comprendiera bien que varios hilos engarzados de una manera determinada pudieran dar una tela con la que luego hacer una prenda.

Esas palabras de mi tía me recordaron una experiencia personal. Yo no tengo ningún dilema moral con las drogas, pero el miedo a irme a alguna zona oscura de mi ser y quedarme allí atrapado ha hecho que las haya consumido menos de lo que mi curiosidad me pedía, y siempre con prudencia. Esta incursión, un poco más intensa, fue hace unos quince años. Recuerdo estar en una habitación de mi casa, arrodillado, notando la presión del peso de mi cuerpo en las rodillas. Y luego pensar: ¿cómo he llegado hasta aquí? No recordaba qué había estado haciendo antes de eso, ni tampoco cuánto tiempo llevaba en esa posición. Tenía un objeto en las manos. Una vieja carpeta abarrotada de hojas sueltas de cuando estudiaba en la universidad. Los apuntes que contenía no me interesaban. Lo que llamó mi atención fue la carpeta misma. El material, el tacto, el olor, el color. Era una de esas carpetas azules clásicas, que consistían en un cartón doblado por tres líneas paralelas y que se cerraban con una cinta elástica. El paso del tiempo desgasta la superficie de ese cartón y le da una textura particular, una pátina de lo que parece pelusa pero que es simplemente la celulosa degradándose. No es una cosa real, sino el deshacerse mismo del cartón. Estuve quién sabe cuánto tiempo mirándola, arrodillado en el suelo, fascinado. Tanto tiempo que se me durmieron las piernas y cuando quise levantarme no podía caminar. Me caí y me di un cabezazo contra la pared. El accidente, a pesar del dolor, me produjo una risa incontenible. Sentir un fuerte dolor y a la vez un ataque de risa es una experiencia bastante particular. No sé si recomendarla. Me quedé un buen rato allí riendo, solo, tirado en el suelo. En un determinado momento me di cuenta de que había olvidado el motivo de la risa, cosa que me hizo reír aún más. La risa era un flujo vivo, un arroyo de sonido que podía casi tocarse y que se desvinculaba poco a poco de mí, haciéndose independiente. En algún momento casi veía el arroyo de la risa encima de mí como una mancha en el aire que flotaba y fluía, una línea brillante y serpenteante formada por puntos de luz de un amarillo verdoso, una especie de constelación de estrellas. Entonces me acordé de la carpeta y me puse a mirarla de nuevo. Me maravillaba. Me parecía uno de los objetos mejores y más eficaces que uno puede concebir. Su función —contener papeles sueltos para que no se extravíen ni se deterioren— era resuelta, a mi entender, con una humildad perfecta y conmovedora. Era perfecta porque era humilde, y viceversa. No tenía ninguna falla. No se interponía entre el problema cotidiano que trataba de resolver y la solución que ofrecía. La carpeta hace lo que hace y desaparece de nuestra conciencia. La olvidamos. Eso me parecía mágico. Impresionante, fabuloso, repetía en voz alta para mí mismo. No podía casi creer que ese objeto existiera. Lo miraba con una intensidad inimaginable, porque en según qué estados no hay trabas para la mirada. Allá donde los ojos se posan, ven hasta el final. Ven al cien por cien. Ven con los oídos, con la nariz, con la boca. Sin esperar nada, sin desear nada. Cuando bajamos del todo la guardia, hasta las cosas supuestamente más artificiales y con menos glamur, como el plástico, parecen milagrosas. Salen de una capa de la corteza terrestre que quedó enterrada por otras capas. Son hijas de la Tierra como lo es una hierba cualquiera. Las sensaciones mirando la carpeta eran abrumadoras: su calidez vegetal, arbórea, mezclada con el toque de manipulación humana en el pigmento azul y en el diseño. Sus imperfecciones al tacto, la forma de deshacerse el cartón en un polvo azul como si todavía el árbol insistiera con todas sus fuerzas en volver a la tierra, en volver a ser árbol. Lo milagroso se ve a simple vista: hay árboles y ríos y lombrices y colibríes y lobos y glaciares y arrecifes de coral y barcos transatlánticos y carpetas azules y macetas para plantas y cortinas de ducha, todo formándose y desmoronándose sin pausa, una y otra

vez hasta el fin del tiempo.

Vaya pedazo de viaje con la carpeta, fijate tú qué cosa más tonta.

Pues algo como esto le pasaba, o creo yo que le pasaba, a Nicomedes, pero sin necesidad de ingerir ninguna sustancia. Lo suyo era endógeno. Le dabas un retal de fieltro y se entretenía un buen rato.

Tía, qué más, le pregunto. Sí, lo del fuego, me dice. Durante toda la vida nuestra madre tuvo que esconderle cerillas y mecheros para que no quemara nada. Le encantaba ver las cosas quemándose. Se quedaba hipnotizado. Mi tía usa las palabras *cerillas* y *mechero*, pero mi abuela, que hace años me había contado lo mismo, decía otras: fósforos y lumbre.

Niña, cuántas gotas hay, que no me acuerdo. Sesenta gotas, papa. Ah, muy bien, sesenta. Eso está muy bien. Pero saca el gotero y cuéntalas otra vez.

Durante los siguientes cinco o seis días después de esa conversación con mi tía, la imagen no dejó de acecharme. Me venía en cualquier momento del día. Mi abuelo relajado, con los brazos cruzados encima de la mesa camilla, la cabeza descansando encima de los brazos. Su hija delante de él, echando el anís gota a gota en la pequeña copa de base circular. Una, dos, tres gotas. Veintiséis gotas. Cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco.

Fue entonces cuando tuve el sueño de las batas. En el sueño llaman a la puerta de mi casa y cuando la abro me encuentro a Nicomedes. Más joven de lo que yo le recuerdo, con unos cuarenta años, tal y como aparece en alguna de las fotos que tengo de él. Con barba de varios días, delgado, los pómulos salidos, los ojos muy negros y hundidos en las cuencas. En el sueño se parece a Pier Paolo Pasolini. En ciertas fotos Pasolini aparece también flaco y arrugado, como Nicomedes cuando volvía de sus encierros en sanatorios. De esos sitios volvía hecho un cristo. Hecho un Pasolini.

En mi sueño, ese personaje fusionado de Nicomedes y Pasolini entra en mi casa y abre un armario. Lo curioso es que en mi casa no hay armarios, porque la ropa que tengo cuelga de una barra que hace años atornillé de pared a pared en mi cuarto. En el armario que abre Nicomedes solo hay batas blancas de médico o de enfermero. Él saca una y se la pone.

Al despertar escribo el contenido del sueño a toda prisa, con mala letra, en el primer trozo de papel que encuentro. Cómo es posible que no lo haya visto antes, me digo. ¿Tan desconectado estoy de la realidad que necesito dormirme, es decir, quedar inconsciente, para entender lo que pasa? Un gotero sirve para suministrar y dosificar sustancias normalmente recetadas por médicos. Los lugares donde se consiguen los goteros son las farmacias. Siempre contienen una cura, o al menos un alivio sintomático de algún dolor. Gotas para los ojos, para los oídos. Nicomedes, o el rastro de Nicomedes en la voz de su hija, ni siquiera me pide que busque explicaciones sofisticadas y sagaces. Es directo. El aguardiente es su medicina. Para él no hay médico que valga, porque los médicos le encierran en sitios peores que cárceles, en lugares infernales. Ningún miembro de su familia puede ayudarle porque el problema les supera por completo. Bastante tienen ya. Por eso él tiene que ser su propio médico y su propio boticario. Necesita saber cuántas gotas le hacen falta. Qué dosis es la justa.

Entro en internet y escribo estas palabras en el buscador: «how to cope with mental illness», cómo lidiar con una enfermedad mental. En cinco minutos estoy perdido de nuevo en la jungla virtual. Al cabo de un rato me encuentro leyendo lo siguiente:

La mayoría de los enfermos desarrolla sus propias estrategias para vivir con los

síntomas, ya sean alucinaciones o miedos irracionales. Algunas personas se sienten mal tomando medicación alopática común, ya sea por los efectos secundarios fisiológicos o por el estado de ataraxia en que les deja. Algunas de estas personas, a veces jóvenes urbanitas que tienen contacto social con el alcohol y las drogas, se dan cuenta de que la marihuana o la bebida producen un efecto positivo a corto plazo. Esta última es la forma menos recomendada de lidiar con el asunto.

Aquí está el gotero de Nicomedes. El cuentagotas era la pipeta y el aguardiente la solución farmacológica. Nicomedes se convirtió, por puro instinto de supervivencia, en científico y cobaya a la vez. Seguramente ya sabía, por experiencia directa, qué tipo de efecto le proporcionaban una copa, tres copas o media botella. También habría conocido en su propio cuerpo, aunque no supiera enunciarlo, lo que los médicos llaman *tolerancia*. Lo importante era saber la cantidad mínima de líquido que conseguía amansar al monstruo interior. Cuántas gotas le permitían reírse un poco de sí mismo, aliviarse, estar mejor. 20, 30, 9 o 17. Cuántas. No tomar más que esas.

35

Yo no me siento de ningún sitio, pero a mis padres eso no les pasa. Mi madre vive una eterna historia de amor con su pueblo. Recuerda infinidad de cosas y las revive con frecuencia en su mente. La comida, por ejemplo: el aceite de oliva, los embutidos, el anís, el olor y la textura del pan, los polvorones terrosos. Los pestiños, que son una fritanga hecha de vino, harina y azúcar que tarda un día completo en ser digerida del todo. Otro dulce que ella llama chocolate pero que en realidad es una especie de turrón blando con forma alargada, como de puro habano. Y también los bailes, las procesiones, las saetas, una Virgen a la que adora, la Semana Santa. Puede enumerar ese tipo de cosas durante horas. Cuando éramos niños, nos arrastraba a ferias que organizaba la comunidad de andaluces en la isla. Ferias donde los caballos tiraban de carros con imágenes de la Virgen por caminos de grava y polvo hasta llegar a descampados igual de polvorientos donde se bailaba, se comía y se bebía. Las mujeres con su vestido de lunares y los hombres con su gorra gris, camisa blanca y chaleco. Música repetitiva de letras alegres e ingenuas, llenas de orgullo por la patria chica. La nostalgia de los andaluces de la isla, al menos de los que yo conocí, no tolera la tristeza. Nada de cante jondo, al menos en aquellas fiestas al aire libre a las que íbamos todos. Nada que les haga encarar emociones difíciles. La tristeza está prohibida. A la tristeza se le tiene pavor.

Durante años, hasta que pude ser un poco más ecuánime y hacer las paces con ello, odié esas celebraciones. No sé decir exactamente por qué me molestaba tanto todo aquello. Creo que en parte tenía que ver con el tipo de humor de la gente en esas fiestas. Me parecía agresivo, chovinista, cargado de algo que me provocaba rechazo sin que entendiera del todo por qué. Hombres arrogantes que beben como muestra de hombría más que para celebrar algo. Ese amor por las propias costumbres que, a fuerza de ser cándido y transparente, resultaba amenazador. Pero para mí lo peor de todo era la obligación de estar de buen humor. La obligación de ser espabilado, sarcástico, de lengua rápida, descarado. La prohibición de cualquier melancolía, introversión o timidez. Esas fiestas sacaban lo peor de mí. A la mierda con todo eso, recuerdo que pensaba. Que se vuelvan todos a sus pueblos y me dejen en paz. Era un niño repelente y resentido. Sentía rabia por dentro, pero era cobarde para expresarla. Nadie lo sabía porque no me atrevía a decirlo, pero a mis siete años yo era todo un traidor. De hecho, todavía no lo saben. Lo estoy diciendo por primera vez, ahora que ya no lo soy.

Este niño no parece andaluz, solía decirle una vecina a mi madre. Mi madre se reía y replicaba que claro, que cómo iba a parecerlo si no lo era. Era el primero de su familia que había nacido en un hospital y el primero que no era andaluz.

36

Me impresionan las fotos de Vallejo Nájera. En una de ellas se le ve de uniforme, con un cigarro en la mano. Debe de tener unos cuarenta y cinco años. Tiene poco pelo, los labios gruesos, los ojos hundidos y evidentes ojeras. El rostro afable, relajado, sonriente. Da la sensación de que el fotógrafo sea amigo suyo, o al menos una persona en la que confía. No parece en absoluto un malo de película. Nada que ver con las fotos de otros fascistas como Millán-Astray. Si no fuera por el uniforme, el hombre de la foto podría parecer alguien dedicado a cualquier otra cosa. Un carpintero, un abogado o incluso un campesino.

En los años ochenta todavía quedaban en los hospitales personas que ingresaron en ellos sin ningún síntoma de enfermedad mental. Enrique González Duro, autor del libro *Los psiquiatras de Franco*, asegura que en 1982 encontró una reclusa en Jaén que llevaba catorce años interna por haber sido madre soltera.

Esta crueldad contra las mujeres republicanas iba más allá de los manicomios. Las cárceles para mujeres se llenaban de viudas de rojos a las que se separaba de sus hijos metódicamente. María Topete, la directora de la Prisión de Madres Lactantes de Madrid, fue la más fervorosa seguidora de Vallejo Nájera. Gracias a él había encontrado su verdadera vocación en la vida: separar a las madres de sus hijos para extirpar el *gen rojo* de España. Los niños lloraban de frío o de hambre en el patio y sus madres no podían acercarse a ellos. El riesgo, según Topete, era que se contagiaban del comunismo de las madres en caso de que el contacto fuera prolongado. Algunas de ellas parían y nunca volvían a ver a sus hijos después del parto. Como no había registro de esos niños, resultaba imposible recuperarlos legalmente más adelante. Miles de ellos. Según algunos cálculos, hasta 30.000 fueron robados durante la dictadura en esa y en otras cárceles. Fueron dados en adopción o ingresados en seminarios y conventos. Nacía el niño y, sin permitir que tocara a su madre en ningún momento, se le sacaba de la cárcel. No se daba explicación alguna de adónde iría ni qué familia lo criaría. En algunos casos, a las embarazadas condenadas a pena de muerte se las fusiló en cuanto dieron a luz. Con el cordón umbilical colgando aún, desnudas, aterrorizadas. Las ponían contra la pared de un patio y las cosían a tiros. Todavía arrasadas por el hecho de que unos minutos antes les hubieran arrebatado a su hijo recién nacido, tenían que lidiar con el terror de saber que iban a morir en unos instantes.

No soy capaz de pensar más de unos segundos en esa brutalidad, en ese sufrimiento. No entiendo cómo algunas de esas mujeres tenían aún arrestos para gritar un viva la república o un república o muerte con una última fortaleza insobornable. El grito de insumisión y los ojos abiertos a la muerte era lo único que les quedaba.

Para María Topete lo más urgente era impedir que esos niños mamaran la *leche comunista*.

Bastantes de ellos murieron de hambre o de frío, o víctimas de la tosferina. Cárceles infestadas de piojos y chinches. Sarna.

Estoy alejándome de la historia de Nicomedes, pero de momento no puedo soltar esto. A veces hay que confiar en los desvíos.

Cuarenta años más tarde esas técnicas se exportaron a América Latina. Argentina, Uruguay, Chile. En esos países ocurrió lo mismo, casi de la misma forma. Con la misma frialdad. En 1997 estuve estudiando en Argentina, en la Universidad de Buenos Aires. Empecé un doctorado que no terminaría nunca. Pasé un año fabuloso. No sé bien por qué acepté aquella beca irrisoria para irme allí. Creo que lo único que deseaba era prolongar esa época de mi vida en la que, alejado de la isla, gozaba mucho no haciendo otra cosa que leer, conocer gente, enamorarme, vivir casi del aire y memorizar cosas inservibles. La primera vez que alguien me habló de Argentina fue en la escuela primaria, cuando yo tendría once o doce años y no sabía que algún día viviría fuera de la isla. Mi maestro de lengua castellana se llamaba Pedro y era un tipo alto y bigotudo, madrileño, que leía el periódico con los pies encima de la mesa en plena clase. Las cosas de las que nos hablaba y su actitud sarcástica y huraña —displicente pero al mismo tiempo cercano, como si fuera un miembro de nuestra propia familia— nos dejaban embelesados. Nosotros, provincianos niños y niñas de la isla, no habíamos visto nunca un maestro como ese. No era solo lo que nos decía, sino cómo nos lo decía. Pedro nos veía como seres completos, capaces de entenderlo todo. Los maestros que habíamos tenido hasta entonces eran absolutamente distintos a él. No hablaban *para nosotros*. Se limitaban a decir cosas que querían que apuntáramos en el cuaderno. Sus palabras eran como mariposas que debíamos atrapar, disecar y coleccionar. No eran en absoluto malos maestros, ni mucho menos malas personas, pero eran demasiado mayores para adaptarse a los nuevos métodos pedagógicos y, en general, a la democracia. Cuando uno tiene sesenta y tantos años y lleva más de cuarenta enseñando en la escuela del nacionalcatolicismo, no debe de resultar fácil estar al día. Recuerdo especialmente a doña Angelita, una señora dulce a la que queríamos mucho pero que nos hacía cantar a diario el himno nacional con la letra de Pemán y, los viernes, una canción que decía algo así como «banderita tú eres roja, banderita tú eres gualda». También rezábamos avemarías, credos y padrenuestros. Doña Angelita, cuando llegábamos de vuelta a la escuela tras la comida, a las tres de la tarde, nos esperaba terminando de colorear en la pizarra un dibujo naïf de la Virgen María o de los tres Reyes Magos.

Pero a mediados de los ochenta empezamos a tener maestros como Pedro. Eran jóvenes y forasteros. De Valencia, de Mallorca, de Madrid. Nos hablaban del mundo real. De la pobreza, de la tierra, del agua, de la comida, del dinero. Se mostraban tristes o contentos cuando estaban tristes o contentos. Nosotros jamás habíamos visto algo parecido. Un día Pedro nos dijo que íbamos a pasarnos la clase de lengua castellana escribiendo postales. Las postales iban dirigidas a unas señoras que se ponían un pañuelo blanco en la cabeza y daban vueltas en círculo en una plaza de la ciudad de Buenos Aires. Protestaban porque sus hijos e hijas habían desaparecido del mundo y nadie les daba noticia de dónde estaban o de si estaban vivos o muertos. Todos escribimos nuestras postales dándoles ánimos a esas mujeres. Luego Pedro nos dio a cada uno un sello que nos pasamos por la lengua para adherirlo a la postal. Mi memoria asocia desde ese momento las Madres de la Plaza de Mayo con el regusto amargo que te dejaban los sellos en la boca. Ese fue el primero de los momentos en que, a lo largo de mi vida, he sentido una fuerte conexión con esa parte del mundo. Pero ¿por qué? ¿Por qué con Argentina y no con otro sitio? El planeta está lleno de injusticias, de dictaduras, de maldad. La gente sufre indeciblemente en todos

lados. Hambrunas, represión, tortura. Creo que no soy insensible a lo que pase en cualquier lado, pero en absoluto mi cuerpo reacciona con nada de la manera en que lo hace con las dictaduras de los años setenta en el Cono Sur. Esas historias me ponen enseguida al borde de las lágrimas. En cuanto llegué a Buenos Aires, a los veintitrés años, esa conexión se activó de un modo que a veces me parecía sobrenatural. Sentía que la gente que iba conociendo me trataba con una familiaridad fuera de lo común, sin que ni ellos ni yo hiciéramos nada para favorecerla. Era como si nos reconociéramos, como si nos hubiéramos visto en otro lugar y otro tiempo. Me pasaba en cualquier lado, en los restaurantes, en la facultad, caminando por la calle, en las tiendas. Me encontraba más en casa que en mi casa. Nunca antes ni después de estar en Buenos Aires me he sentido más acogido en ningún sitio.

¿Estoy exagerando? ¿Es esto algo real? ¿O se trata simplemente de una mistificación de la juventud?

Recuerdo que fui con Lorena, una compañera mexicana de la facultad, a visitar la asociación de las Madres de Plaza de Mayo en la calle Hipólito Yrigoyen. Nos atendió una mujer de unos setenta años, menuda, de ojos grises y verdes. Me acuerdo de su cara como si fuera hoy. De su rostro flaco, de sus pómulos salidos, de su manera expresiva y lenta de hablar, de su calma. Llevaba una rebeca gris y el pañuelo blanco en la cabeza. Nos dedicó más de dos horas. Nos enseñó fotos, dossiers, libros. Recuerdo que nos habló de la picana eléctrica. De aviones desde los que arrojan personas al mar. Nos habló también de su hijo. De cómo era, de qué estaba haciendo cuando desapareció. Nos habló de su nuera. Cuando se la llevaron estaba embarazada. Al salir de allí, Lorena, un poco enfadada, me dijo: pero qué te pasa, no has abierto la boca en toda la tarde, solo hablaba yo. Era verdad. No abrí la boca porque no podía. Las emociones eran demasiado fuertes. Ni yo mismo entendía lo que me estaba pasando.

37

Niño, me dice mi madre, yo solo una vez tuve estómago para visitar a tu abuelo en el hospital. Una y no más. Tu abuela iba a verlo todos los fines de semana, pero yo aquello no podía aguantarlo. No sé ni cómo empezar a contártelo. No hace falta, mamá, le digo. Pero ella sigue: tu abuela le llevaba ropa nueva cada semana porque toda la ropa la tenía siempre llena de rasgones, hecha trizas, con los botones arrancados a mordiscos. No nos atrevíamos a preguntar quién le había hecho eso ni cómo. La ropa apeataba. Todo apeataba. Estaba todo meado, como si fueran animales a los que no sacan a la calle. Ni a los cerdos se los tiene así. Los enfermos tenían pánico de los celadores. Una peste y una tristeza que no se podían aguantar. Yo no pude volver nunca.

Habla con la voz rota y termina llorando. Yo no soy capaz de abrir la boca. Luego sigue hablando: inyecciones en el cuello con unas jeringas que dan miedo, mordiscos, moratones, desolladuras. El abuelo sucio, me dice, el abuelo tirado por el suelo, sin que lo cuide nadie, más flaco que nunca. Sin casi comer, lleno de piojos. Eso no se lo deseo yo ni a la peor gente.

Mi madre está dejándose ver entera por primera vez. Que ella se abra, tenga yo la edad que tenga, me convierte automáticamente en un niño.

38

He visto muchas veces un vídeo en YouTube que me pone la piel de gallina. Es una actuación en vivo de Nina Simone en el festival de Montreaux de 1987. Está envejecida y extenuada. Once años antes, en 1976, había estado en el mismo festival. El contraste entre ambas actuaciones es doloroso. Nina parece otra persona. Donde antes había una altiva exhibición de talento, luego solo queda fragilidad y temor. La Nina de 1976 es tan fuerte que el público la escucha intimidado. Les pide que canten con ella pero no se atreven. Ella se dedica a hurgarles la herida. Hace que se sientan complacientes y aburguesados, gente pueril que va a conciertos para dárseles de especial mientras en el mundo campan a sus anchas la miseria, el clasismo, el racismo y la discriminación. Es la Nina a la que no aceptaron en el conservatorio por ser negra, es la amiga de Miriam Makeba que piensa en irse a vivir a Liberia, es la activista que denuncia la iniquidad y el racismo. Escucharla en directo es sentir tus propios privilegios. «I ain't got no home, ain't got no shoes». Pero solo once años más tarde esa Nina ya no existe. Tiene la cara y el cuerpo inflados y se presenta en escena con una ropa que parece sacada de la sección de oportunidades de un hipermercado. Empieza diciendo que su vida ha cambiado: ha sufrido. Casi parece a punto de pedir perdón por no ser la misma. Está arruinada económica y anímicamente. En su sonrisa cabe toda la tristeza imaginable. Solo esa expresión de su rostro es suficiente para ponerme al borde de las lágrimas. Una de las personas con más talento que yo haya visto aparece de repente arrasada. Con la voz disminuida. Vencida. Se arranca, sin más acompañamiento que su piano, con *My baby just cares for me*. A veces duda de cuándo entrar a cantar. Niega con la cabeza como diciendo esto no va bien. Vemos a Nina al cincuenta por ciento de lo que fue. Sin embargo, me parece la actuación más memorable de todas las que he visto de ella. Lo que hace que esta interpretación me resulte irresistible no tiene nada que ver con la técnica al piano, ni con la voz, ni con la calidad de la interpretación, ni con nada intrínseco a la música. Lo que me rompe por dentro es que Nina ha decidido no esconder nada. Se muestra entera, tal y como está, vulnerable como un cachorrillo de gato al que han abandonado en plena calle. No es ella quien toca ni quien canta: ha arrastrado su fragilidad hasta el escenario y la ha puesto a tocar y a cantar. Tiembla y vacila, pero no se va. Se atreve a enseñarnos lo que hay en ella en ese momento. La valentía consiste en no irnos de la escena cuando menos valientes nos sentimos. La paradoja es que la pieza musical que resulta de eso es, para mis oídos, tierna, cálida e inolvidable.

He leído a un maestro tibetano que dice algo que al principio me pareció extraño pero que poco a poco me ha ido convenciendo: hay que vivir sin diferencia alguna entre la vida privada y la pública. No comportarte de manera especial en ninguno de esos dos ámbitos. Esto no quiere decir que te hurgues la nariz delante de todo el mundo. Es más bien un estado interno de

despreocupación por el juicio ajeno. Sin desear gustar, sin desear seducir ni convencer a nadie en ningún sentido. Nina deja caer, como una capa descordada, a la Famosa Artista y Activista Nina Simone.

Cuesta mucho dejar caer esa capa. Es distinta para cada persona. Para muchos, como para Nina, es el orgullo, el resentimiento por las heridas del pasado. Para otros puede ser el perfeccionismo, o el sentido de superioridad moral, o el deseo de llevar siempre la razón. Para Nicomedes tal vez fuera la timidez, aunque es complicado afirmarlo. La timidez puede ser vista como la capa que nos oculta pero también como lo ocultado por la capa. Lo que protege a Nicomedes de los otros es lo mismo que le aísla de ellos. El sitio que le sirve de refugio acaba siendo una cárcel.

39

Me llega una carta certificada que transcribo aquí sin cambiar ni una coma. Es la respuesta a la gestión que yo había iniciado hacía unas semanas para saber, de un modo oficial y de una vez por todas, el diagnóstico preciso que los médicos le dieron a mi abuelo.

El Dr. Andrés Recober, jefe del Servicio de Admisiones del Complejo Hospitalario de Mallorca

Certifica:

Que según me informa el Dr. Caffaro, el paciente D. Nicomedes Miranda Molina ingresó en dos ocasiones en el Hospital Psiquiátrico de Palma. El primer ingreso tuvo lugar entre los días 5 de junio y el 4 de julio de 1970. Salió de alta por petición familiar y el diagnóstico fue el de Psicosis delirante. El segundo ingreso tuvo lugar entre los días 10 de enero de 1976 y el 3 de febrero de 1977 y fue diagnosticado de Alcoholismo. Se desconoce la evolución de este paciente en los días posteriores a su alta hospitalaria.

Y para que conste y surta efecto, firmo la presente en Palma de Mallorca a quince de noviembre de dos mil trece.

Leo la carta cuatro veces. Me paro en las fechas del segundo ingreso. Casi trece meses. Más de un año encerrado. Pero lo que más me impacta es el diagnóstico. En ese segundo ingreso no se habla de episodios psicóticos ni de ningún tipo de trastorno mental. Se habla de alcoholismo. Nadie en la familia ha hablado jamás de eso. Sus hijos habían sabido decir, a su manera torpe, que tenía problemas mentales. Pero nunca dijeron que fuera un adicto a nada. La historia que me contó mi tía sobre el gotero para dosificar el aguardiente tiene ahora más sentido que nunca.

Bruce Alexander, psicólogo vilipendiado por la comunidad científica, lleva tiempo hablando de las adicciones. Sus ideas se pueden resumir, groseramente, en que una adicción es la respuesta a una situación vital insoportable. La causa no sería, según él, la sustancia a la que somos adictos, sino el sufrimiento al que estamos sometidos en nuestra vida. Cuando estamos bien y nada nos angustia, no nos enganchamos a ninguna sustancia. Una persona que recibe morfina en un hospital para aliviar algún dolor fisiológico no suele salir convertida en drogodependiente. No vemos al señor del tercero primera, a quien acaban de darle el alta médica en la clínica, buscándose un camello por los barrios bajos de la ciudad. Eso ocurre porque su sufrimiento no es estructural. No le vive dentro. Ha usado la droga para aliviar unos síntomas de carácter temporal. Pero la gente como Nicomedes no sufre de modo pasajero.

Estoy a punto de llamar a mi madre o a alguno de mis tíos. Me resisto a hacerlo porque no sé cómo reaccionarán. Tal vez conocieran en algún momento este diagnóstico y sintieran emociones y miedos tan fuertes que decidieron olvidarlo. Eso sería de lo más comprensible. Otra posibilidad, que no debo infravalorar, es que se trate de un error burocrático. Alguien pasó mal los datos, se equivocó de paciente o alguna cosa parecida. Pienso un rato en esto e intento creerlo, pero me cuesta. Las negligencias de la Administración pública —cuando no son malintencionadas, claro está— suelen consistir en un error por defecto, no por exceso. Alguien olvida escribir algo que debía haber escrito. Algo deja de ser hecho por pereza o por descuido. Pero suena raro que a un funcionario le dé por añadir información en sus escritos y anote algo que no estaba consignado previamente. E incluso dando por verosímil la posibilidad de que fuera un error, ¿por qué alguien iba a escribir «alcoholismo» en lugar de «psicosis»? ¿Por qué justo ese error?

Me entero, en internet, de que hay algo llamado *patología dual*. Gente adicta a algo y a la vez aquejada de una enfermedad mental.

También podría tratarse de un error de diagnóstico del médico, pero eso me parece lo menos creíble. ¿Hasta qué punto es posible ver alcoholismo cuando no lo hay? ¿Es posible que Nicomedes estuviera borracho en el momento de la visita y el médico, de un modo totalmente irresponsable, dedujera la adicción al alcohol a partir de una sola borrachera? Sí, claro, todo es posible, pero ¿qué ganaba el médico con ese diagnóstico precipitado? ¿Para qué iba a adelantarse de ese modo? Aparte de que Nicomedes se pasó trece meses en el psiquiátrico, así que tuvieron todo el tiempo del mundo para no precipitarse en el diagnóstico.

No puedo evitarlo. No lo elijo. Tal vez más adelante mis sensaciones cambien, pero de momento esto es lo que hay: sabiendo de antemano que todos los hijos de Nicomedes me dirán sinceramente y sin intención alguna de mentirme que su padre no fue nunca alcohólico, yo creo que sí lo fue. Creo que se engañan. En absoluto los juzgo por ello, pero no puedo evitar creerlo.

Quizá el tabú de la familia no es la locura. Porque los tabús, los auténticos tabús, no tienen ni eufemismos siquiera. *Estar malo* era el eufemismo para la locura, pero que mi abuelo fuera un borracho no se lo escuché decir a nadie nunca.

Llamo a mi madre. No, me dice, jamás, imposible. Tu abuelo bebía cada día pero no era alcohólico. Bebía lo normal, con las comidas. Un vaso de vino. O dos. Pero mamá, le digo, ¿cada día? Sí, claro, eso era normal entonces. Los hombres en aquel tiempo bebían cada día. Noto en su voz cierta preocupación. No quiero que ella sufra con esto. Mientras la escucho sopeso para mí si será o no conveniente mantener el asunto del alcohol en la versión final del manuscrito.

Parecerá que exagero, pero una de las personas más genuinas que conozco es mi madre. Yo llevo toda la vida leyendo, estudiando, escribiendo, tratando de mejorar, buscando novedades, intentando entender todo lo que no entiendo. Quiero tener éxito, destacarme por algo. Evito vestir así o asá, ser así o asá, tener tal o cual opinión. Mi vida se ha regido por la idea de fondo que consiste en creer que me falta algo que no he conseguido todavía. Busco refinarme, busco sobresalir. Soy esclavo de eso. Mi identidad nace de la creencia en un déficit original, en una carencia de fábrica. Es difícil sentirse genuino si tu supuesta autenticidad está en algo que no tienes, en un logro que aún no has alcanzado, en un aplauso que aún nadie te ha dado. A mi madre eso no le pasa. Es cien por cien ella misma todo el tiempo. Tal vez por eso, ahora que lo pienso, me avergonzaba cuando era niño.

Las emociones fuertes, como la vergüenza, son como animales indómitos. Una maestra a la que admiro definió la emoción así: caos intensificado. Cualquiera que haya sentido el cuchillazo

helado de los celos o la expansión caliente y viscosa del bochorno subiendo por el pecho y la garganta hasta la cabeza sabe que esa definición es escrupulosamente exacta. La emoción es algo tan intenso que puede desorientarte por completo. Avergonzar a los hijos, por otro lado, no es nada inusual. Ocurre cada día en cualquier lugar del mundo. Es parte de la infancia de cualquiera. Siempre me acuerdo de ese cortometraje de Woody Allen en el que su madre, fallecida hacía años, aparece en el cielo de Manhattan y empieza a contar intimidades de su hijo a todos los transeúntes. Hay un atasco y todo el mundo sale de su coche para charlar con la enorme cara de la señora que se ve entre las nubes. Los peatones se detienen. Todo el mundo mira al cielo para escuchar cómo la mujer canta a los cuatro vientos los pormenores de la vida privada de su hijo y tienen oportunidad de comentarlos. El hijo quiere que se lo trague la tierra. Es la mejor representación de la vergüenza filial que he visto.

Un recuerdo personal de vergüenza filial. Ocurrió cuando fui a tramitar por primera vez un subsidio de desempleo. Tenía dieciséis años. Mi madre se empeñó en acompañarme. Cuando me tocó el turno, ella se acercó a la ventanilla conmigo en lugar de esperar. La funcionaria recogió los papeles y me hizo algunas preguntas. Mi madre respondía por mí, como si yo no tuviera voz o no supiera hablar, haciéndome pasar una vergüenza considerable. La funcionaria la miró con desprecio y la cortó en seco. Señora, cálese, le dijo. Le estoy hablando a su hijo, no a usted. Dijo eso de una forma arrogante, casi con saña, y en voz muy alta para que la oyera todo el mundo. Mi madre no se merecía ese trato público. No tenía ninguna mala intención. Simplemente hacía lo que había visto hacer a las mujeres de su linaje. El linaje es el de la pobreza. La pobreza no solo es monetaria. Es la pobreza de no conocer ciertos códigos. De no saber cómo manejarse en oficinas públicas y en otros lugares. He fantaseado mil veces que revivía ese momento de mi vida y que le cantaba las cuarenta a aquella burócrata clasista y resabiada que trató a mi madre con tanta dureza, que se regodeó en corregir a una mujer de pueblo y se sintió estúpidamente superior. Ahora siento una vergüenza distinta: la de no haber sabido defender a mi madre en aquella ocasión.

Escuchando su voz al teléfono, pienso: podría tranquilizarla respecto del alcoholismo de Nicomedes. Podría decirle que tiene razón y olvidarme del asunto. Ella insiste: lo que dice la carta esa es mentira. Sí, claro, mama, le digo, puede ser. De golpe mi voz y mis palabras me molestan a mí mismo por algún motivo. Me suenan falsas. Me doy incluso un poco de asco. Es un asco parecido al miedo y parecido también a la tristeza. Me estoy censurando a mí mismo, pienso. Estoy planteándome seriamente recortar el texto para evitarle a mi madre el mal trago de entrar en contacto con sus emociones, y de paso evitar yo mismo entrar en contacto con las mías. ¿Es eso? ¿Es eso lo que hacía Nicomedes, y Mamacarmen, y toda la familia? ¿Estoy cayendo en la trampa familiar a la hora de explicar la trampa familiar? Hacernos los suecos. Hacer la vista gorda. Tapar, tapar, tapar. Negarlo todo. Como si hubiéramos cometido algún delito y tuviéramos que defendernos de una acusación. Como si la psicosis o el alcoholismo estuvieran penados por la ley y nosotros fuéramos unos parias. Como si fuera culpa nuestra. Defendemos al clan hasta tal punto que el clan muere por aislamiento y por asfixia. El silencio que imponemos para protegernos acaba ahogándonos.

Cruzo unos cuantos mensajes en el chat con mi tío, que me dice exactamente lo mismo que mi madre: que no, que eso es un error. ¿Alcohólico? Para nada, hombre, qué va, ni en broma. Lo que pasa es que en aquellos tiempos tenías que beber. Los jornaleros iban al bar, que en aquel entonces llamaban el casino, y esperaban allí a que viniera algún patrón a llevárselos para echar

la jornada. Como la paga por lo trabajado también tenías que esperarla en el casino, siempre estabas allí esperando algo. Además, si no alternabas con los capataces y no tomabas aguardiente con ellos, no te daban trabajo.

Respiro. Intento contestar de la forma más sincera posible. Escribo lo siguiente, pero no le doy al *enter* todavía: o sea, tío, que Nicomedes no era para nada alcohólico pero que estaba siempre en el bar. Que bebía lo normal pero que lo normal era beber. Que todos los hombres bebían. No sé, todo esto es bastante confuso. Tío, no voy a presionarte. No mereces que nadie te haga pasar por ello. Entiendo perfectamente que esto no es fácil. Pero tu respuesta no es en absoluto tajante. Me dices que ni en broma, pero después me dices que era imposible no beber y que beber a diario era lo normal. Me dices exactamente lo contrario de lo que crees que me dices.

Solo hay una cosa que buscar, pero está desperdigada por todas partes. La veo pero no sé qué dimensión tiene. Tu abuelo bebía, pero de alcohólico nada. Era tímido hasta el asco pero muy alegre. Y tu bisabuela era muy buena, aunque sus hijos huyeran de ella como se huye de un bombardeo aéreo. Todo no pero todo sí. Uno nunca sabe lo que está pasando. Todo suena inseguro. Tenemos un pasado de piedra pómez.

Todo, además, es muy exagerado. El abuelo era muy bueno muy bueno muy bueno, según mi madre. Era muy pero que muy vergonzoso, según mi tía. Estaba siempre muy alegre, según mi tío. Los piononos del pueblo son los mejores pastelillos del mundo. El aceite de oliva que se hace allí no tiene parangón. El anís es muy, pero que muy bueno. *Muy* debe de ser una de las palabras más repetidas en mi familia. Yo mismo tengo una tendencia muy arraigada a usarla. Algo se oculta detrás de la enormidad de la exageración.

En resumen: ¿quién demonios era Nicomedes?

Una estudiante le pidió una vez al escritor Philip K. Dick que definiera de un modo sencillo la palabra *realidad*. Después de pensárselo un poco, el genio de la ciencia ficción respondió lo siguiente: la realidad es eso que no se va aunque tú dejes de creer que existe. Yo, mi madre, mis tíos, todos hemos creído que el hecho de no mirar el dolor bastaba para que se disipara.

Pienso en mi madre. Me acuerdo de ella cocinando, ágil y joven, delante de una sartén llena de aceite caliente. Friendo albóndigas, patatas, croquetas. Me recuerdo a mí sentado encima del mármol de la cocina, las piernas colgando, observándola. Su tenacidad, su impulso ciego de seguir adelante. Un día y otro y otro más. Trabajar, trabajar, trabajar. Sin medida. Era flaca y ligera como un cervatillo. Saltando siempre adelante, sin mirar nunca atrás. Cierro el navegador donde he estado chateando con mi tío. Apago el ordenador. La tristeza me llega como suele llegar, viscosa y súbita. Me deja inmóvil. Pienso que tengo que hacer algo, salir, tomar el aire. Pero no tengo fuerzas. Enciendo el ordenador de nuevo. No sé para qué. Abro carpetas, rebusco archivos. No sé ni qué estoy buscando.

Luego me vuelve a venir a la cabeza Philip K. Dick. Su personaje más célebre, gracias al cine, es Rick Deckard, el policía de *Blade Runner*. Creo que Deckard, interpretado en la película por Harrison Ford, era alcohólico. Se pasa la vida sorbiendo unos cócteles hechos de quién sabe qué en garitos callejeros de una enorme metrópolis abarrotada de gente donde parece ser siempre de noche. Siempre hay comida china, ruido, luces de neón, y todo está lleno de humo y suciedad. Muchos espectadores de la película no recuerdan que Deckard fuera alcohólico. Creo que eso ocurre porque la bebida no le resta ningún tipo de capacidad física o intelectual al personaje. Es un excelente *blade runner* a pesar de los lingotazos que se mete entre pecho y espalda. Actúa como si la bebida fuera un suave estimulante, algo como café o coca cola.

Pero mi borracho favorito de todos los tiempos es, sin duda alguna, el músico brasileño Vinícius de Moraes. Todo el mundo coincide: Vinícius ayudó a millones de personas a ser felices. El dinero no le importaba en absoluto. Posiblemente sea el peor administrador del patrimonio propio que haya existido sobre la faz de la tierra. No exagero mucho. Ganaba dinero a espuertas y después lo hacía desaparecer a gran velocidad. Daba fiestas en su casa abiertas para todo el mundo, fiestas que duraban días enteros. Solo le interesaba la amistad. La amistad y el amor. El simple hecho de hablar de la amistad lo ponía al borde de las lágrimas. Era adicto a la intensidad. Se desbordaba. Lo que él hacía el cien por cien de su tiempo era estar con amigos, reír, tocar, cantar, hablar con mujeres, enamorarse cándidamente de ellas con una facilidad pasmosa, quedarse dormido acunado por el whisky y, a la mañana siguiente, volver a empezar. Una vez el poeta Drummond de Andrade le dijo: si yo, con la disciplina y la capacidad de trabajo que tengo, tuviera un diez por ciento de tu talento, sería un poeta insuperable. A veces Vinícius se dejaba llevar por esos halagos e intentaba trabajar duro para escribir una gran obra, pero no había manera. Él necesitaba estar siempre rodeado de amigos. Necesitaba la música, las fiestas y el whisky. Lo que hizo sin parar durante gran parte de su vida fue beber y estar de farra. Y como de paso, como quien practica un pasatiempo o una actividad subsidiaria, como sin darse cuenta y sin ninguna sensación de esfuerzo, sacudió como un terremoto los cimientos del panorama musical de Brasil, y lo hizo introduciendo a diario en su sangre y en su cuerpo una cantidad significativamente grande de etanol, es decir, chupando lenta pero ininterrumpidamente, poquito a poco, desde la mañana hasta la noche, sorbo a sorbo, día a día, semana a semana, whisky. Whisky, whisky, whisky y más whisky. Los pocos días que no bebía se quedaba quietecito, triste, desconocido, mudo en un rincón. No era él. Entre whisky y whisky creó la *bossa nova*. Creó el afrosamba. Compuso, estando de farra y rodeado de amigos, la banda sonora de la vida de millones de personas.

Un discípulo suyo, Edu Lobo, dice en un documental que a los veinte años Vinícius era más viejo que cuando se murió. Se murió joven, dice. En cierto momento, Lobo no puede seguir hablando. Se le saltan las lágrimas. Le resulta imposible no emocionarse con el simple hecho de evocar a su maestro.

Pero lo que me hace pensar Vinícius, mezclado con mis propias experiencias, es lo siguiente: hay gente que dice que el alcohol te da una sensación falsa de ligereza, pero lo que yo siento cuando bebo es que el alcohol no me da nada. Al contrario: me lo quita. Me quita una leve y constante rigidez muscular que me cuesta relajar en estado de sobriedad porque es tan antigua que la confundo con mi propia naturaleza. Una fina pero permanente capa de estrés. El estrés de ser aceptado. El miedo a no valer. El miedo a hacer sufrir a los otros y a sufrir yo. Eso es lo que me quita la bebida cuando me permito beberla. No estoy tratando de enmendarles la plana a médicos y científicos, ni tampoco animando a la gente a que se alcoholice. No tengo ni idea de si el alcohol, científicamente hablando, te da o te quita nada. Obviamente, introduces algo en tu cuerpo que no estaba antes. No hablo de lo que pasa, sino de cómo yo lo vivo. Y yo vivo que el policía castigador que se aloja en mi cuerpo, que no es otro que yo mismo, se despista cuando bebo. Me juzgo menos. Me trato con más amor. Querría ser como Vinícius, que un día decidió no ocultarse jamás y se echaba a llorar o a reír o a cantar en cuanto el cuerpo se lo pedía, cuando le daba la gana. Lo que la gente pensara de él le importaba un rábano. Curiosamente, le amaba todo el mundo.

Si yo, un tipo moderadamente satisfecho con su propia vida, un *neurótico normal*, siento eso

al beber un poco, ¿qué sentiría Nicomedes? Pero tal vez mis tíos y mi madre tienen razón y Nicomedes no era alcohólico. Bebía lo normal, un vasito de vino con las comidas. Es un error médico, una negligencia, una simple palabra mal escrita, una confusión en los historiales clínicos. Sí, claro, por qué no, es probable que sí. Además, la gente que lea esto podría malentenderme, creer que fomenta la bebida, que me esponsoriza alguna marca de licores, que soy un irresponsable.

Vinicius convirtió en samba un *adagio* de Tomasso Albinoni. La letra que le puso decía esto:

*Quem já passou por essa vida e não viveu
pode ser mais, mas sabe menos do que eu.
Porque a vida só se dá pra quem se deu,
pra quem amou, pra quem chorou, pra quem sofreu.*

...

*Ai de quem não rasga o coração,
esse não vai ter perdão.*

Los que no tienen perdón. Nicomedes no entra en ese grupo

40

Hace ya tiempo que frecuento un centro budista. Hacemos lo usual en ese tipo de entornos. Nos sentamos a meditar y recibimos enseñanzas. En uno de los cursos a los que asisto, un maestro nos propone un ejercicio. Consiste en tomarse cierto tiempo para escribir en una hoja de papel las cosas a las que les tenemos miedo. Todo lo que te venga a la cabeza hasta que suene el gong.

Vale. ¿A qué le tengo miedo?

A no gustar. A no caer bien. A que me ridiculicen. A que ridiculicen a mi madre y a mi padre. A que mis hermanos sufran. A que mi pareja me sea infiel. A que todo el mundo sepa que mi pareja me ha sido infiel. A que me abandonen. A tener hijos. A no tener hijos. A perderme a mí mismo cuidando de los hijos. A tener pareja. A no tener pareja. A quedarme solo en mi vejez. A envejecer con gente pero sintiéndome solo, o mal cuidado, o denigrado, o maltratado. A que nadie me vea brillar. A que nadie me escuche. A que me obliguen a comer carne. A entender la verdad última de las cosas y, en ese instante, perder la cordura. A perder el control. A desvariar. A delirar. A los malos viajes con las drogas. A ser un plasta. A ser frívolo. A ser serio. A cuidar a mis padres cuando sean ancianos. A no cuidar a mis padres cuando sean ancianos. A lavarles el culo. A que otras personas —y no yo— les laven el culo. A ser literalmente castrado, a que me guillotinen el pene (?). A no publicar mis libros. A no ser leído. A que se burlen de mí. A quedarme ciego. A no hablar con mis hermanos cuando seamos viejos. A no gustar. A que me tengan lástima. A pedir cosas, a pedir favores. A que mis hermanos me cojan encono por algún motivo. A fallarles a mis padres de algún modo. A no ser capaz de rendirme totalmente a la gente. A no enamorarme. A enamorarme. A que me engañen. A la mugre. Al frío. A que me peguen. A que me acosen. A mi propia ira en respuesta a que me peguen o me acosen. A hacer daño. A afrontar haber hecho daño. A mi arrogancia. A que mis hermanos sufran. A que no me entiendan. A que mi pareja me utilice y me desprecie. A que mis hijos, que aún no tengo y tal vez no tendré, sufran. A no publicar más libros. A desvariar. A no tener puntos de referencia. A no saber quién soy. A no saber qué viene ahora. Al frío. A la mugre. A que me obliguen a comer carne. A que me vean muerto. A mi arrogancia. A perder la cordura. A tener el corazón roto. A no enamorarme. A no sentir ternura. A soltar mi rutina y no saber volver a ella. A que mis padres sufran. A que alguien los ridiculice. A ser padre. A no ser padre. A desaparecer. A tener oportunidades. A no tenerlas. A que me obliguen a comer carne. A morir.

En casa, releo varias veces esta lista. Pienso en Nicomedes. Me pregunto a qué cosas les tenía miedo él.

41

¿Sabes —me dice mi madre— lo que dijo tu abuelo cuando subió al barco y vio el camarote? No, mama, le contesto. Yo si me meto ahí dentro ya no salgo, eso es lo que dijo. Si entro ahí me tenéis que sacar con los pies por delante.

Nicomedes no quería morir ese día, y menos en medio del mar y en un camarote sin ventanas que a él le parecía un nicho. Yo vine al mundo en un quirófano y a lo mejor tampoco quería. En un quirófano tampoco hay ventanas. Soy el primer miembro de mi familia que nació en un quirófano y que fue a la universidad. Escribo libros y doy clases y me he pasado la juventud sintiéndome especial y expresando opiniones sofisticadas sobre la vida y la política y la economía y lo que me pongan por delante. Estoy sensibilizado con el medio ambiente, con la homofobia, con el sexismo, con el maltrato a los animales, con el racismo, con el genocidio cultural en el Tíbet y con cien cosas más, pero si despego todas esas cáscaras y dejo de ametrallar al mundo con mis opiniones, la verdad es que dentro de mí lo que hay todavía es un mulo. No parece un mulo porque me llevó a leer y a estudiar y a escribir poemas y novelas y toda la mandanga esta, pero es un mulo igualmente. No me arrepiento ni un segundo de nada, pero ser mulo cansa mucho. Estoy agotado. Necesito terminar de escribir esta cosa. Escribir esto es escribirme una madre yegua y un abuelo caballo. Escribirme un caballo yo.

Fueron en autobús hasta Valencia, y de ahí hasta la isla en barco. Sus cuatro hijos, su mujer y él. Los hijos tenían dieciocho, dieciséis, trece y diez años respectivamente. Pero el verdadero niño era él. Si no lo llevaban de la mano era para no ofenderle. Era un *padreniño*. Al llegar al muelle sus hijos le señalaron el barco agrisado y despintado por los golpes de las olas y por la intemperie. Al mirarlo, Nicomedes alzó de forma instintiva la maleta con ambas manos y se la apoyó en la panza. La abrazaba como si alguien se la quisiera robar. Subieron la escalerilla, se adentraron en la tripa de la nave y llegaron al camarote. Los dos hijos menores entraron y se pusieron a observarlo todo con gran curiosidad. Abrían los cajones y el grifo, se tumbaban en los catres, apagaban y encendían las luces, jugaban. Todo era nuevo para ellos, la ciudad llena de tráfico y ruido que habían atravesado para llegar al puerto, el muelle, el espigón, el barco que a ellos les pareció inmenso a pesar de ser un cascarón que en cuestión de horas se revelaría claustrofóbico y, por supuesto, el camarote. Nicomedes se quedó fuera, con la maleta en la mano, los ojos perdidos en el vacío, la boca entreabierta. Papa, le dijeron, qué le pasa. Nicomedes apenas había hablado en todo el viaje, pero aquello lo dijo: yo si entro ahí ya no salgo. De ahí me sacáis con los pies por delante. Un camarote de barco era lo contrario de lo que necesitaba. Necesitaba un espacio abierto. Estar en el campo como cada día de su vida y no a punto de entrar en ese sitio que parecía un nicho. Estaba agotado del viaje en autobús. No tenía ni idea de cómo

sería su vida a partir de entonces. Lo último que se veía capaz de hacer era entrar en ese agujero.

Su hija se lo llevó a la sala de butacas. Poco después de zarpar vomitó varias veces, y luego se quedó dormido. Cuando despertó ya no estaba con su hija sino con Frasquita, su mujer. Está atardeciendo, le dijo ella, vamos a tomar el aire. Te sentará bien, ya lo verás. Subieron a cubierta. Nicomedes se agarró fuerte a los bordes de la compuerta y levantó el pie para sortear la base. Sintió el golpe del viento en la cara. Le impresionó. El viento en mitad del mar no se parece al del pueblo. Es virulento. Se siente el planeta rodando debajo de uno, hirviendo de actividad, las corrientes subterráneas enzarzándose unas con otras, trabajando en contra de la fuerza y del equilibrio de nuestro cuerpo, haciendo que nos tambaleemos. Parece que la Tierra, esa bola verdiazul que gira frenética, lo agarra a uno de los pies para zarandearlo.

Fue solo entonces cuando Nicomedes levantó los ojos y lo miró de verdad. Antes de subir al barco se había puesto al lado de un noray grande y había contemplado el agua sucia del puerto. Su capa fina de grasa y el color verdoso. Pero eso era solo agua. No era todavía el mar. Fue en esa primera salida a cubierta, ya en el exterior pero solo a un paso de la compuerta, cuando quedó paralizado ante la visión de aquello. De esa inmensidad no le había avisado nadie. Se giró un instante para mirar a su mujer. Buscaba un gesto que le confirmara que aquello no era una alucinación. Estaba atónito. Frasquita asintió y sonrió, como diciendo ya lo sé. Le cogió del brazo y le invitó a seguir caminando. Entonces el agua ya no era solo agua. Era algo que Nicomedes nunca podría haber imaginado. Con la boca abierta, con los ojos más abiertos que nunca, fue avanzando paso a paso, lentamente, hasta que llegó a la borda y se agarró del pasamanos con toda la fuerza que tenía. La espuma que chocaba contra el costado del barco parecía una rara leche hirviendo. El horizonte había dejado de ser perfectamente horizontal y se percibía su ligera curva. El color rojo del sol del crepúsculo parecía una mancha de pintura caliente. Había sal en el aire, una especie de gas de mar, un espray ubicuo que las olas esparcían y que le humedecía la cara. Nicomedes no podía dejar de mirar.

Cuando mi madre y mi tía, en sus dos versiones bien distintas pero de algún modo coherentes, me contaron ese viaje en barco hasta la isla, me acordé de algo que leí hace un tiempo sobre los vuelos espaciales. Parece ser que algunos astronautas experimentan un severo cambio cognitivo al ver la Tierra desde fuera de la atmósfera. Entienden o creen entender algo que cambia su manera de vivir. Dicen cosas como que el planeta es una piedra preciosa y vulnerable. Una piedra minúscula y delicada como una pompa de jabón en comparación con el resto del cosmos. Es lo más frágil que existe y a la vez, para nosotros, es todo lo que tenemos. Esos astronautas insisten en que nuestra única misión importante en la vida es proteger la Tierra y en que no hay tiempo que perder. Nada tiene apenas importancia en comparación con eso. Ni los problemas con tu jefe o tu pareja, ni tu reputación, ni siquiera tu salud. Todo eso es insignificante. No es nada. Literalmente nada. Este fenómeno ha sido llamado *efecto perspectiva*. Es similar a lo que experimentan personas que han estado a punto de morir, o maestros espirituales *realizados*, o gente que se ha tomado un ácido. Hace poco encontré un texto que habla de ello y que contiene una entrevista que un estudiante le hizo al astronauta Edgar Mitchell.

Edgar Mitchell: ... entonces es cuando dirijo mi atención
a la Vía Láctea y decido echarle un vistazo con la lente de alta potencia. Veo la
expansión sedosa y lisa convertida ahora en millones de puntos duros, indiferentes,
inabacables y...

Estudiante: ¿Y qué?

EM: Y ahí es cuando me viene, justo en ese momento. Como una pedrada, como un golpe fortísimo.

E: ¿Le viene? ¿El qué?

EM: Que la Vía Láctea es real.

E: Sí. ¿Y?

EM: No, no, tú no lo ves. Crees que lo entiendes pero no entiendes nada. La Luna, Marte, las estrellas, para ti son poco más que imágenes en dos dimensiones. Estás viendo una película, estás *imaginandola* Vía Láctea. Pero yo he estado allí arriba. He viajado entre mundos. Me relaciono con eso de otra manera.

E: ¿De qué manera?

EM: Me relaciono con la realidad de esas cosas, chico. No con ideas, no con puntos que coloco en un mapa mental como un niño que dibuja en una hoja de papel. Para mí la Luna no es una imagen ni una idea. He estado allí. También vi Marte con una claridad que ningún ser humano había tenido antes. Pero la Vía Láctea ya era demasiado.

E: ¿Cómo demasiado?

EM: No te puedes hacer cargo de las verdaderas dimensiones del cosmos. Es algo que da pavor. Yo tardé mucho en recuperarme. Hice negación de ello y no volví a acercarme a la lente en todo el viaje. Pero cuando tuve la oportunidad de viajar de nuevo y de mirarlo otra vez, ya estaba todo claro: el universo no es terrorífico. Es hermoso. Es acogedor. Nos acoge de un modo impensable. Somos los invitados a esta maravilla. Tenemos que dejar de vivir como si fuéramos rehenes. Nadie nos ha secuestrado.

La cara de miedo y de fascinación de Nicomedes en la cubierta del barco cuando mira el mar inmenso es, tal como yo la imagino, igual que la de Edgar Mitchell al mirar por la lente de alta potencia de la nave espacial. Nicomedes es el primer astronauta de nuestra familia. El primero de la estirpe que miró algo con todo el cuerpo y no solo con los ojos. El primero que intentó dejar de ser un rehén.

Deberíamos estar orgullosos.

42

Es asombrosa la información que puede llegar a contener una esquila. María Topete recibe en la suya (*ABC*, 10 de diciembre de 2000) el tratamiento de Excelentísima Señora. Intento averiguar por qué. Me entero de que dicho tratamiento se concede a presidentes del Gobierno, jefes de la Casa de Su Majestad el Rey, ministros, secretarios de Estado, delegados de Gobierno, gobernadores del Banco de España, mandos militares varios, miembros del Consejo de Estado, del Consejo de Seguridad Nuclear, del Instituto de España y de las Reales Academias. En el documento en que me informo de todo esto hay letras mayúsculas por todas partes. Gente importante. También se da ese tratamiento a quien le haya sido condecorado con la Gran Cruz del Mérito Civil. ¡Bingo! Topete tenía ese pin en su colección. Además, tenía la Medalla al Mérito Penitenciario y formaba parte de varias organizaciones católicas: Hijas de María, la Propagación de la Fe y el Apostolado de la Oración. Quienes ruegan que oremos por su alma en la esquila son sus hermanas, porque Topete no tuvo hijos.

Tomasa Cuevas era una mujer muy diferente. Fue una militante antifranquista encarcelada — entre otros lugares— en la prisión de Ventas, dirigida por María Topete. Años más tarde, Tomasa se dedicó a recorrer el país con un magnetófono en el que registró gran cantidad de testimonios de mujeres represaliadas durante el franquismo. En el segundo tomo de su *Cárcel de mujeres* se leen cosas como esta:

Empezaron las epidemias de enfermedades infantiles y toda una serie de enfermedades se desarrollaron allí, y [los niños] fueron muriendo poco a poco sin ningún cuidado, morían de seis a siete cada día. Los llevaban a una sala y los instalaban sobre una mesita de mármol. Las madres tenían que vigilar porque era un sitio donde aparecían las ratas.

Los maltratos que aparecen descritos en ese libro son espeluznantes. Por dirigir ese tipo de establecimientos —por colaborar en la extinción del gen libertario— se recibían medallas. Se recibía la Gran Cruz del Mérito Civil. De ese modo, una carcelera se convertía en una señora *excelentísima*.

43

Hablo con mi tía. Tía, le digo, ¿cómo fue la llegada a la isla para el abuelo? ¿Cómo se sintió? No se espera la pregunta, pero reacciona bien. Se toma un momento para buscar las palabras y me contesta: tu abuelo nunca estuvo bien en la isla. Se sentía un inútil. No se acostumbró nunca a vivir en ella.

Imagino el día que llegaron. Ven el castillo y las murallas desde la cubierta del barco. Ven el casco viejo de la capital de la isla conforme el barco se acerca, como una boya gigante flotando en medio del mar. Un hombre como él, a quien no le convenían los cambios bruscos de rutina, se iba a vivir a la capital de los patriotas de la transformación, de los fanáticos de la esperanza y del deseo.

Por trabajo no sería. En el mismo puerto había más de diez hombres reclutando gente, casi pujando por los andaluces, extremeños o murcianos que bajaban por la escalerilla achicados y desorientados. La isla reventaba de actividad. Pero encontrarle un empleo a Nicomedes no era fácil. En situaciones nuevas y estresantes, como por ejemplo durante los primeros días en un nuevo lugar de trabajo, era del todo esperable que se derrumbara. Uno de los principales obstáculos era su incapacidad para atender a ningún tipo de cliente. Estaba lejísimo de poder dominar las destrezas sociales necesarias para mirar a la cara a una persona y servirle un vaso de agua o un café con leche. Ninguno de sus hijos se lo imaginaba moviéndose con elegancia entre las mesas de la terraza de un bar, manejando la bandeja con soltura y sirviendo fluidos espumosos en frágiles copas de cristal. Tampoco lo veían tratando con mano izquierda a borrachos que le cuentan sus penas amorosas o sus problemas de dinero. Lo suyo era el campo. El campo no era solamente su lugar de trabajo. Era su hábitat. No es algo que funcione como funciona un tirador de cerveza o una mezcladora de cemento. El campo es la piel del planeta. Si Nicomedes sabía perfectamente cómo hacerle brotar trigo, olivas, algodón, cebollas y patatas no era porque comprendiera nada de un modo racional o cartesiano. No había nada que entender con la mente. Conocía la tierra como un bebé conoce el pezón de la madre. La tierra le daba el alimento. La tierra le daba la salud.

Un paisano del pueblo que trabajaba de electricista en el Ayuntamiento fue una tarde a hacerle una visita. Se lo encontró tirado en la cama en pleno día, en pijama, sin ánimos para levantarse ni para conversar. Hundido en una depresión que lo tenía inmovilizado, como un súcubo que se le hubiera sentado en el pecho y lo mantuviera a todas horas empapado de tristeza. A mediodía se sentaba unos minutos en la cama, comía un par de cucharadas de lo que su mujer hubiera cocinado y se volvía a acostar. Se pasaba el día fumando y mirando el techo. Al ver a su paisano intentó animarse, cruzar con él algunas palabras. En parte le alegraba ver un rostro del pueblo, pero al

mismo tiempo lo llenaba de una nostalgia punzante y casi insoportable. Después de la visita, aquel hombre habló por él en el Ayuntamiento y le encontró un empleo de barrendero. Al llegar a la isla Nicomedes se había fijado en los barrenderos. Le habían sorprendido mucho porque en el pueblo no había. Cada familia barría su trozo de calle. Él se daba perfecta cuenta de que no había nada de malo en hacer ese trabajo. No recordaba ver a nadie riéndose de aquellos hombres que barrían. Todo el mundo iba y venía pensando en sus asuntos sin mirarlos siquiera. Le había gustado ver que la gente en la isla trataba bien a cualquier persona, hiciera el trabajo que hiciera. Pero saber todas esas cosas no le servía de nada. Barrer las calles, durante el tiempo que intentó hacerlo, le producía una vergüenza insuperable. No era capaz de mirar a nadie a la cara mientras limpiaba. En todas las expresiones veía muecas de burla. Pidió el turno de noche para no ser visto por tanta gente. En la isla había bares abiertos de noche, no como en el pueblo. Algunos estaban abiertos cuando él acababa el turno. Una noche se plantó en su casa un hombre que trabajaba con él y los despertó a todos. Vuestro padre, les dijo. Alguien tiene que ir a buscarlo. Mi tío mayor y mi madre se habían casado hacía poco y ya no vivían allí, así que tuvieron que ser mis otros tíos, los más jóvenes, quienes se ocuparan de aquello. Cuando llegaron al bar se encontraron a Nicomedes en el suelo, con la espalda apoyada en la parte baja de la barra. Era un bar triste, sucio, de esos en los que no entraban mujeres. El local estaba abierto, pero la actitud del camarero y de los dos últimos clientes era la que se tiene cuando la persiana metálica ya está echada. No quedaba nada de la atmósfera especial que se percibe en los bares cuando hay grupos de verdaderos amigos tomando algo juntos. Los presentes eran gente que no quiere irse a casa o, en el caso de los camareros, gente que espera a que los que no quieren irse se vayan de una vez. Mis tíos tenían la edad en la que ese tipo de lugar y de energía te repele. Cualquiera que los hubiera visto —jóvenes, guapos, ingenuos— habría sentido pena por ellos. Tenían que entrar ahí y hacer algo. Nicomedes estaba tirado en el suelo, encima de la ceniza de los cigarrillos y del alcohol pegajoso que han dejado multitud de clientes durante el día y la noche. Muy borracho, los ojos cerrados pero no dormido del todo, la boca abierta, murmurando algo entre sueños o delirios.

Esa escena hubiera sido imposible antes del viaje a la isla. Los clientes, en el pueblo, habrían sido personas que les conocían y a quienes ellos conocían. Por no decir, claro está, que en el pueblo Nicomedes no sentía tanta vergüenza como para llegar hasta ese límite. Mi tía se agachó y le dijo algo al oído a su padre. Nicomedes intentó abrir los ojos. Entre los dos hermanos lo incorporaron. Él apenas podía tenerse en pie. Agarrado al cuello de sus dos hijos menores, que parecían dos muletas humanas, consiguió dar un par de pasos y se derrumbó de nuevo. El camarero trajo un cubo con agua fría y le mojaron la cabeza y la cara. Vomitó dos veces antes de salir del bar. Los dos clientes lo miraban todo como si fuera un espectáculo, dándoles caladas lentas a sus cigarrillos, sin apartar para nada la mirada de la escena, sin ayudar, sin interesarse, sin hablar. Poco a poco Nicomedes fue espabilando. Tardaron más de una hora y media en llegar hasta la casa y meterlo en la cama. Jose, me dice mi tía al teléfono, es la primera vez que hablo de esto después de todos estos años. De hecho, tu tío y yo nunca lo hemos comentado entre nosotros. Recogimos del suelo a nuestro padre y todavía ha de llegar el día en que volvamos a hablar de ello.

Me detengo un momento para asegurarme de que he oído lo que creo que acabo de oír. Espera, tía, le digo. ¿Puedes repetir esto último? Sí, me dice. Sí. Nunca. Te lo estoy diciendo a ti ahora, sobrino. A mi tía le tiembla la voz.

De golpe, mi memoria brota como sangre de una herida. Decenas de imágenes de mi infancia.

Mi tío, el más joven, en mi casa. Infinidad de veces. Riendo, pero sobre todo sonriendo. Tomando una cerveza con mi madre, mirándola y sonriendo. Es fácil sacarle una sonrisa a mi tío, pero no tanto hacerle hablar. Ha heredado parte de la timidez de su padre. Es el tipo de persona al que solo hay que ponerle los ojos encima para ver que es alguien de fiar. También es el único de los hermanos que ha preferido no participar en esto, no hablar conmigo sobre Nicomedes. Para mí es exactamente igual que si hubiera querido hacerlo. Su decisión de no hablar expresa tanto como las palabras de sus hermanos. Todos ellos, los cuatro, están contando esta historia. Están aquí y ahora, conmigo, escribiendo. Este es un libro a diez manos.

Nunca en cuarenta años, me repite mi tía. Me quedo callado unos segundos y ella, para cerciorarse de que sigo ahí, me pregunta: ¿sobrino? Entonces, de improviso, como esos científicos que llevan años estudiando algo y en un instante les cuadra todo mientras dejan una taza en la cocina o se lavan los dientes, lo veo. Es evidente. Lo que nos pasa desde hace generaciones es que nos empeñamos en fingir que todo está bien, que no pasa nada, que no necesitamos nada de nadie. Como si necesitar algo estuviera prohibido, como si fuera una especie de pecado. Nicomedes se lo traga todo en silencio. Sus miedos, sus celos, sus inseguridades. No puede ser casualidad que sus hijos se pasen cuarenta años sin hablar de algo tan traumático como aquello. Cuarenta años sin desahogarse con nadie.

Eso es lo que hacemos en la familia. Aguantar en silencio. Podría dejar de escribir aquí. El asesino era el mayordomo. Fin.

Mi tío me da otro ejemplo. Sobrino, me dice, yo una vez tuve que encargarme de llevar a mi padre al psiquiátrico. Llevaba días sin hablar y sin reconocer a nadie, pero en cuanto llegamos al hospital y cruzamos la puerta pareció recuperarse de golpe. Me miró y me dijo: debería darte vergüenza. Dejar aquí a tu propio padre. Qué vergüenza. Yo cuando le escuché decir eso no supe reaccionar. Aunque había vuelto en sí, estaba raro. Su forma de hablar era distinta a la de siempre. Los médicos le hicieron un reconocimiento y me aconsejaron que lo dejara allí. No te imaginas lo mal que me sentí después, lo mucho que me arrepentí de aquello. Había dejado a mi padre en un sitio horrible. Eso, sobrino, no me lo he perdonado nunca.

Era imposible que mi tío supiera cómo actuar en aquella situación. No tenía manera alguna de saber si el consejo de los médicos era adecuado o no. Era muy joven. Nicomedes sufría la enfermedad desde mucho antes de que él naciera, y durante su infancia nadie le había hablado de ello con franqueza. Nadie hablaba con claridad sobre la enfermedad porque nadie tenía claridad. Era gente humilde, sin recursos de ningún tipo. La salud de Nicomedes estaba envuelta en misterio, miedo y vergüenza. Mi tío no tenía ni la madurez, ni la información ni el rango social suficiente para contradecir a los médicos. Bastante grande se le hacía ya acompañar a su padre a un hospital psiquiátrico, como para encima tener que lidiar con eso.

Le pregunto lo mismo que a su hermana: y tío, ¿esto se lo has contado a alguien? ¿Pudiste contárselo a tus hermanos y a tu madre? ¿Pudiste hablarlo con el abuelo en algún momento, más adelante? Sí, me dice vacilando un poco, a mi mujer se lo he contado. Pero... No termina la frase porque no puede. Se le rompe la voz. Todavía tiene esa historia dentro. No miente cuando dice que todavía no se ha perdonado.

Y luego mi madre, claro. Esta conversación se dio una de las primeras veces que la entrevisté para la novela. A ella le costaba acostumbrarse al cambio de registro, porque desde hace muchos años nuestras conversaciones están cortadas por el mismo patrón: ella habla y yo escucho. Me pone al día. Normalmente hablamos de sus achaques de salud y de sus preocupaciones. Me cuenta

novedades sobre el resto de la familia, o me habla de cosas que pasan en el vecindario, o me dice que tal o cual conocido nuestro ha tenido un hijo o se ha muerto. Yo le ofrezco a veces comentarios o pequeños consejos. Nunca digo nada significativo sobre mí. Todo gira en torno a ella. No hay sorpresas, no hay cambios. Es un formato repetido cientos de veces. Ambos estamos cómodos así. Nos sentimos seguros. Cuando se ofreció a ayudarme con el libro sobre su padre, no sospechaba que la conversación iba a tomar un cariz diferente. Ahora el diálogo lo dirigía yo. Cada vez que ella se desviaba del tema, yo volvía a encauzar la pregunta: *mama*, no quiero saber eso, eso es una anécdota que me has contado cien veces. Te estoy preguntando otra cosa, *mama*. Haz un esfuerzo, céntrate. De un día para otro yo estaba forzándola a no despistarse, a ser precisa, a no dar rodeos. Hablar así nos costaba mucho más. Aunque llevábamos toda la vida conversando, parecía que lo estuviéramos haciendo por primera vez.

Mama, le digo, ¿cómo fue el primer día que pasaste en la isla? Dame detalles. Atracar en el puerto. Bajar por la escalerilla del barco. Las primeras impresiones. Olores, colores, imágenes. ¿Qué sentiste? ¿Qué emoción predominaba? Emoción, *mama*. Sentimientos. Te acuerdas o no te acuerdas. Necesito contar ese día, *mama*. Concéntrate, por favor. ¿Cómo fue el camino desde el muelle hasta la casa que había alquilado tu hermano? ¿Recuerdas el aspecto de las calles? ¿El clima? ¿El ambiente? ¿Hubo algo que te extrañara? ¿Tardasteis mucho rato en llegar a la casa desde el puerto? ¿Cargaste maletas muy pesadas? ¿En qué orden caminabais? ¿Iba tu padre el primero? ¿Iba el último? ¿Qué decía tu madre? ¿Qué decía él? ¿Los veías asustados? ¿Nerviosos? ¿Felices?

Le oía la respiración al otro lado de la línea. Empecé a pasarlo mal por ella. Aquella sarta de preguntas era un como un fusilamiento. Su silencio se me hacía larguísimo. ¿Estoy forzándola demasiado?, me preguntaba. Traté de aguantar las ganas de quitarle la presión de encima y dejé que el silencio se agrandara un poco más. Era doloroso para los dos. Cuando estaba a punto de liberarla, la oí de nuevo: yo no quería ir, me dijo. Su voz era distinta, menos precipitada que de costumbre. Sonaba casi como la voz otra persona. Las palabras le salían lentas, y daban la sensación de ser sonidos a punto de rasgarse en el aire, de resquebrajarse. Yo no quería ir a ningún sitio, repitió, pero no lo dije para no poner más triste aún a mi padre.

El silencio previo a sus respuestas era el silencio de cincuenta años. Cincuenta años sin mostrar las heridas. La mula se estaba volviendo yegua.

Mama. ¿*Mama*?, ¿estás ahí? ¡*Mama*!

Sí, me dijo, te oigo. Estoy aquí. Mis padres estaban mal. Mi padre el que más. No sabía dónde lo llevaban. Mi madre se sentía mal por mi padre. Mi hermano también.

Me parecía estar soñando. Su forma de hablar era inquietantemente nueva. Sus palabras eran más concretas y sinceras que nunca. De repente, su discurso no era vago ni preconcebido. No había exageración. No sobraba ni faltaba un solo sonido. Era más ella que nunca, y a la vez estaba desconocida. Yo tenía miedo, pero algo me obligaba a seguir avanzando: ¿Y tú, *mama*?, le dije. ¿Cómo te sentiste tú?

Mal. Estaba mal por mis padres.

No, *mama*, no te apoyes en tus padres. Qué sentías tú. Qué te pareció ir a la isla *a ti*. Qué deseabas tú. No los otros. Tú.

Esperé en silencio su respuesta, sin liberarla. La espera me resultaba casi insoportable, pero aguanté. Yo estaba triste, me dijo. Yo quería quedarme en el pueblo, me dijo.

Mama. Escúchame. Eso que sentiste, ¿se lo pudiste decir a alguien? ¿Te desahogaste con

alguien? ¿Con tu hermana, tal vez? Qué voy a poder, me contestó: mi hermana era pequeña. Y mi madre, pobrecilla, qué iba a hacer. Ya tenía bastante con su marido. Y mi hermano llevaba un mes buscando casa, y pintándola, y preparándolo todo. Bastante había hecho ya. Total, mamá: que no se lo dijiste a nadie.

Ahora te lo estoy diciendo, niño. Tú eres el primero al que se lo digo.

44

Después de algunas citas más, que incluyeron visitas a una extraña fiesta nocturna en la playa donde se recitaban textos en una lengua que parecía sefardí mientras todos se bañaban en cueros, Ibars se dio cuenta de que la idea de taladrarse la crisma se estaba haciendo cada vez más sólida. Le daba vueltas a diario. Fantaseaba con la forma de hacerlo. La voz interior que le exigía prudencia y racionalidad se iba atenuando, conforme otra voz, la que le pedía probarlo todo, se envalentonaba y se dejaba oír cada vez más. Repasaba mentalmente la lista de todos sus amigos o conocidos médicos, de los compañeros de facultad con los que había hecho más amistad, de sus colegas menos ortodoxos, en búsqueda de alguien que le ofreciera la suficiente confianza como para explicarle el proyecto y pedirle que se encargara de la intervención. En una de las excursiones nocturnas por el casco antiguo, y después del segundo *gin-tonic*, no aguantó más y le preguntó a Huges por los detalles técnicos de la operación que el holandés se había hecho a sí mismo. Ibars le expuso sus dudas con seguridad, de forma concisa y transparente, pero por dentro se sentía como si al hacer esas preguntas algo en él se estuviera desbordando, como si todo el universo pudiera verle el alma desnuda. Hablar de ello era liberador pero enervante. Huges le miró con ojos pícaros, llenos de satisfacción, y se largó a hablar. Al principio se refirió brevemente a los riesgos, en su opinión de poca importancia, y a lo fundamental que resultaba encontrar un contexto adecuado, con acompañantes a los que conociera bien y en los que confiara. Luego se puso a divagar: según él, la adopción de la postura erguida en la evolución humana había hecho que el flujo sanguíneo en la zona del cráneo disminuyera. El cambio de las cuatro a las dos patas había menguado también nuestra conexión con la tierra y la naturaleza. Ya no mirábamos la tierra de cara, y por eso ya no recordábamos que ella nos lo da todo y que hay que respetarla. Nos habíamos alejado de la fuente de la vida. Ponernos de pie y mirar hacia delante, según Bart Huges, era el origen de la neurosis generalizada y del egoísmo. Cuando estás de pie ves mucho, le dijo, ves el horizonte, ves infinidad de cosas, y ver muchas cosas es anhelar muchas cosas. Es alejarte, es sufrir.

Ibars estaba fascinado por ese hombre, pero no tanto como para no sentir el miedo. Si volvía a ver a esa gente una sola vez más, temía no ser capaz de aguantar las ganas de trepanarse. Entonces se decidió a hablarle de aquello a su novia. Había estado evitando el tema durante semanas. Ella era más prudente que él, y sobre todo más práctica. Le había sacado las castañas del fuego más de una vez y más de dos. Al principio de la conversación le habló de los trepanados ocultándose en un tono de condescendencia: no te imaginas a qué gente loca he conocido, son divertidísimos, una pandilla de dementes, etcétera. Pero al cabo de unos minutos algún gesto debió de traicionarlo, porque ella lo interrumpió: un momento, un momento, le dijo. ¿No te estarás tú metiendo en todo

eso, verdad? Dime que no te vas a hacer ningún agujero en ningún lugar del cuerpo. Ibars sonrió como un niño pillado en falta y desvió la mirada. Ella soltó un gruñido y dio un manotazo en la mesa que volatilizó la sonrisa de Ibars. Vas a ser el hazmerreír de todos tus colegas de profesión, le dijo. Qué vas a decirle a tu familia cuando te vean. Qué vas a decirle a la mía. Ibars quiso defenderse, decir que la cicatriz quedaba oculta por el pelo, que no se notaba nada, pero eso solo irritó más aún a su pareja. Lo mires como lo mires está mal, le dijo. Si esa gente no son más que unos liantes que se están inventando todo eso, seguirles solo te va a dejar con un agujero en la cabeza. Y si tienen razón y después de esa barbaridad resulta que estás colocado todo el tiempo, ¿entonces vas a estar colocado todo el tiempo! ¿De verdad querías algo como eso? Ibars levantó los ojos y la miró. Ella lo leía todo en esa mirada: vio cómo su pregunta resonaba en la cabeza de su compañero durante unos instantes y luego rebotaba hacia ella, devuelta como una pelota de tenis. ¿Querías algo como eso?, repitió. Se miraron a los ojos y se leyeron las mentes el uno al otro como dos telépatas. Masticaron una posible respuesta, hasta que a ella una ira súbita la invadió por dentro, la levantó del sillón, la hizo caminar hasta el baño y la encerró dentro. Para no gritarle, para no llorar de rabia delante de él. Ibars se sentía como si acabara de confesarle una deslealtad, una canallada, algo imperdonable.

Nunca más volvió a salir con el grupo de perforados. No volvió a ver a Hugues.

45

Nicomedes había entrado en depresión en cuanto llegó a la isla, y en el verano de 1971 tuvieron que ingresarlo de urgencia. Él allí no conocía a casi nadie. Vivía en un piso de cincuenta y cinco metros cuadrados con su mujer. En una sexta planta. Antes de vivir en esa finca nunca había utilizado —y tal vez nunca hubiera visto— un ascensor. Una vez conocí a una persona de Ghana que me contó que había usado un ascensor por primera vez cuando llegó a Europa, a los veinticinco años. Me dijo que no le gustó nada esa primera experiencia. Nuestra naturaleza no es la de movernos en vertical. Si no estamos acostumbrados, se pone en marcha algún mecanismo de defensa del cerebro primitivo que reacciona como si hubiera un gran peligro. Imagino a Nicomedes subiendo por primera vez a su casa en una caja metálica que funciona con electricidad y que se mueve en vertical. Qué manera de entrar en las casas, pensaría. Estamos todos locos, pensaría.

46

Voy a jugar un rato a que me creo a pies juntillas las teorías de Huges y la efectividad de sus procedimientos terapéuticos. Juguemos, pues: María Topete trepanada. Vallejo Nájera trepanado.

Así todo habría sido mejor.

Es un fantaseo simple, casi facilón. Muy natural, dado que llevo días pensando en Huges. Es el siguiente: viajar al pasado y encontrar al psiquiatra Vallejo Nájera y a la carcelera María Topete cuando eran jóvenes, cuando aún no habían tenido tiempo de hacer ningún mal. Mi agresión sería infinitamente más leve que las suyas. De hecho, se podría llamar agresión solo en tanto que cualquier acto contra la voluntad de alguien es agresivo, pero en realidad sería, si es que el iluminado de Huges estaba en lo cierto, el mejor regalo que podía darles el universo a ese par: someterlos a una buena trepanación. Extraerles la piedra de la locura.

Como no es más que una fantasía, no tengo que justificar nada. Me limito a soñar una curiosa corte penal constituida por niños y niñas que ordenara la puesta en libertad inmediata de los dos prisioneros con una única condición: ser sometidos a una intervención quirúrgica que les taladrara el hueso frontal y les dejara con sendos boquetes abiertos en la cabeza, de modo que se les aireara el mazacote gris que todos tenemos en el interior del cráneo. No sé si habría funcionado, pero mucho daño tampoco creo que les hubiera hecho.

Veó una foto del militar Vallejo Nájera con el pecho lleno de condecoraciones, y luego disfruto imaginándomelo anestesiado, en una camilla y con un equipo de cirujanos alrededor. Imagino el ruido del taladro al perforar la materia ósea de su frente, o tal vez la sima de la cabeza, la fontanela misma, donde los niños tienen su abertura natural. El berbiquí eléctrico chirriando contra el hueso. En otro quirófano del mismo hospital, simultáneamente, otro equipo de médicos opera a María Topete. Ambas intervenciones serían limpias. En perfectas condiciones higiénicas. Con sedación, con cuidados pre y posoperatorios, con un respeto escrupuloso por todos los tratados internacionales sobre los derechos de los prisioneros de guerra. Me los imagino semanas después, con más flujo de sangre en la sesera, con la risa floja, relajados, absortos en cualquier cosa, *descomprimidos*, con toda la saña ya fuera de su cuerpo y su mente, disipada como humo que sale de una chimenea. Los dos risueños y ralentizados, sonsos, amistosos. Alegres por el solo hecho de existir. Satisfechos, contentos.

Jauja. Un sueño mío de imbécil, uno de esos sueños de mi estupidez bonita y sorda, esa que me visita menos de lo que necesito.

Me los imagino también, puestos a imaginar cosas empíricamente inconsistentes, reencarnándose después de morir. Después de una vida trepanados. Topete murió en el año 2000, cuando tenía cien años de edad. En el caso de haber renacido justo en ese momento, ahora ya no

sería María Topete, sino una adolescente a la que imagino con varias amigas: saltan y gritan en un concierto. Topete *groupie*. Los veo a los dos en distintos lugares del mundo, reencarnados como humanos y no como garrapatas o sanguijuelas gracias al boquete hugesiano. Vallejo Nájera, que ya no se llama así, fuma hierba en un botellón callejero y gira sobre sí mismo como un derviche. Toca instrumentos de percusión, aprende acordes de guitarra. Se ríe a carcajadas. Flirtea con cualquiera. Imagino a Vallejo Nájera en un barco: viaja a la isla. Baila en una *rave* al amanecer. Salta al ritmo de la música que un DJ pincha en una discoteca. Vallejo Nájera *clubber*. Topete subida a una noria: juega a verdad o prenda, canta punk o hip hop. Juega al *hula hoop* o monta en *skate* o actúa travestida en un cabaré. Topete enamorada de una cajera de supermercado a la que envía wasaps guarros y selfis en cueros tocándose los pezones. Topete con *piercings*, con dilataciones, con tatuajes. Vallejo Nájera gay. Vallejo Nájera joven: ayuda en algún trabajo manual a su padre o su abuelo. Luego tiene que emigrar a algún sitio. Mira a los ojos a la gente y les abre su corazón. Es humilde. Es frágil. Es un tipo de fiar.

Imagino a Topete y a Vallejo Nájera pidiendo perdón de repente, un día cualquiera, sin entender por qué ni a quién. Lloran a moco tendido, atropellados por emociones que les llegan aparentemente sin motivo, como llega una tormenta de verano. Lloran y ríen. Aceptan esas emociones, se dejan empapar por su lluvia caliente.

Los imagino a los dos, unos meses después de la trepanación y antes de reencarnarse, un poco más gordos o más delgados gracias a la carencia de miedos atávicos, disfrutando de la nueva cordura que les llega gota a gota, día a día. Gozan por primera vez del sabor o el olor de algo con total prescindencia del futuro, abrumados por la milagrosa casualidad de ser personas nacidas en la faz de la tierra capaces de percibir por vía sensorial. Absortos en el olor punzante y rancio del aceite de oliva, fascinados por la textura de cristal rompedizo de un trozo de sandía entre los dientes. Todo les sabe distinto ahora. Los veo abriendo un higo maduro y rojo con las manos. Lo huelen y lo miran durante un buen rato. Imagino que pierden la cabeza por alguien. Enamorados hasta las trancas. Tiemblan de fragilidad delante de esa persona. Más tarde, los veo rechazados y con el corazón roto. Dejándose bañar por el dolor y hasta apreciándolo. Abandonados a esa experiencia viscosa y caliente, a esa amargura que les moja las vísceras como un aceite que parece tóxico pero que al final es sanador. Me los imagino con la herida cicatrizada por el tiempo y siguiendo adelante, como hacemos todos. Haciendo amigos entre la gente de la calle, entre la gente más noble, amigos de esos que son hermanos y con los que te emborrachas y tienes complicidades telepáticas, amigos que amas sin duda alguna y cuyos hijos te confunden con un miembro sanguíneo de la familia y te llaman tío.

Les deseo, en fin, en mi fantaseo, una vida buena. Eso imagino. El método Hugues para fascistas psicópatas. Perforaciones La Isleña, S. A. Todo esto no es más que una tontería mía, pero me gusta. Tal vez trepanarse no sirva para nada, pero al fin y al cabo estoy escribiendo la historia de mi abuelo y un poco la mía, y estas cosas se me pasan por la imaginación, y soy libre de imaginar, de escribir y de publicar, si es que alguien quiere publicarlo, lo que me salga de las narices, cosa imposible en época de Topetes y Nájeras.

Ahora sí se puede. Así que lo hago.

47

Hace años había una serie de televisión que me encantaba. Se llamaba *Cheers*, algo así como el chinchín de un brindis. Era sencilla: se basaba en el día a día de los asiduos de un bar de Boston. La letra de la canción de cabecera de la serie decía esto: «a veces quieres ir a ese lugar en el que todos saben cómo te llamas». Esa serie le debía su éxito a que todos queremos eso. Que nos reconozcan en los sitios a los que vamos. Pertener a algo. Nicomedes pasó largas temporadas —entre ellas el año 1976 completo— en manicomios donde ocurría justo lo contrario. Lugares donde los nombres de las personas dan igual. Nadie los pronuncia, y si son pronunciados suenan a hueco, no suenan a nada que sirva para reconocerte, para que gires la cabeza y contestes. En esos sitios no estás tú, así que tu nombre tampoco puede estar.

Las personas que más atención necesitan acaban en los sitios donde menos atención hay. Donde no existes para nadie, donde nadie sabe tu verdadero nombre.

48

Visitábamos a mis abuelos los sábados o los domingos, a eso de las cuatro de la tarde. No les avisábamos de nuestras visitas porque no teníamos teléfono. De todas las familias que yo conocía, la mía fue la última en tener un teléfono en casa. No sé por qué, pero tal vez tenga que ver con la añoranza que mi madre sentía por su pueblo. En su pueblo no había que avisar previamente a un hermano o a un vecino para visitarlo. Todas las puertas estaban abiertas. Si querías ver a alguien bastaba con asomarte a la puerta de su casa diciendo buenos días. Se estaba *en casa* siempre, estuvieras donde estuvieras.

Recuerdo entrar en el piso de mis abuelos y sentir la presencia intimidante de Nicomedes a la izquierda, en el sofá. A menudo se me quedaba mirando fijamente, callado y sin sonreír, con su rostro hierático de piel curtida y su cuerpo quieto. Otras veces parecía un poco más despierto y era capaz de dirigirse a nosotros hablando con cierta fluidez, pero lo más habitual es que estuviera perdido en su interior, sin apenas expresión en el rostro, los ojos entrecerrados por el humo del cigarrillo Ducados, las manos abiertas y quietas descansando sobre los muslos. No acercaba la mano al cigarrillo y, por lo tanto, nunca se lo retiraba de la boca. Dejaba que se fuera convirtiendo en un combado cilindro de ceniza hasta que, casi llegando a la boquilla, se rompía por su propio peso y le caía sobre la panza para luego precipitarse en el suelo de baldosas color arcilla. A menudo no decía ni una sola palabra en toda la visita, ni separaba las manos de los muslos.

Durante mi infancia asumí que recibir a tu familia inmóvil y en silencio, sin abrir siquiera la boca para saludar, con un cigarro eterno consumiéndose entre tus labios, era normal. Creo que en parte se debía a mi esfuerzo inconsciente por no entristecer a mi madre. Los niños se adaptan a cualquier realidad preexistente. Son máquinas de normalizar. Antes ya he explicado que la exageración es un rasgo de mi familia, pero ahora que lo pienso me parece que exagerar y normalizar tal vez sean dos manifestaciones opuestas del mismo fenómeno: si tenías un simple resfriado te podían perseguir durante horas hasta que te tomabas un brebaje hecho de miel, coñac y leche caliente, y luego te abrigaban para que sudaras hasta casi la deshidratación; pero si estabas, como Nicomedes, paralizado en un sofá como un muñeco de cera, entonces nadie decía nada y todos fingíamos que aquello era normal y corriente.

Escribir esto es una oportunidad de darles a las cosas el volumen que merecen, o al menos un volumen parecido al que merecen. Dejarlas ser lo que son. No verlas gigantes ni enanas, no agrandarlas ni achicarlas.

A veces Nicomedes pronunciaba alguna palabra suelta, frases a la mitad, enunciados inacabados. Esas cosas las decía de repente, sin dirigirse a alguien en concreto. Una vez dijo esto: «nadie asoma por el patio». Durante medio segundo todos prestamos atención, pero mi madre y mi

abuela se pusieron a hablar enseguida, seguras de que la frase no continuaría. Ya no vivían en una casa con patio, sin inodoro ni ducha, donde te lavabas con barreños. De los molinos, las cocinas de carbón, los alambiques y los arados habían pasado a las instalaciones de gas, la televisión y los ascensores. Vivían en un piso pequeño, en la sexta planta de uno de los edificios más altos de la capital de la isla.

Después, volviendo a casa en el coche, yo me olvidaba de Nicomedes enseguida. Había otros estímulos: la carretera, los almendros floridos, la canción de Serrat o de Medina Azahara que mi padre había puesto en el radiocasete. Si mis padres y mis tíos hacían como si no pasara nada, yo no pensaba enmendarles la plana.

¿Pero no es acaso normal todo esto? A lo mejor no hay para tanto: muchas familias tienen problemas para nombrar lo que les ocurre. Corro el riesgo de seguir el patrón familiar de la exageración para explicar ese mismo patrón familiar. La exageración vive en mi escritura todo el tiempo, incluso cuando no está presente. Hace poco mi madre me ha contado una anécdota según la cual Mamacarmen asistió a un parto del que nacieron culebras en lugar de un ser humano. Pero mama, le digo, cómo va a parir alguien culebras. Lo que yo te diga, me responde. Todo el pueblo lo sabe, pregúntaselo a cualquiera. Me imagino la escena: Mamacarmen ve salir la cabeza de las serpientes una a una por la vagina de la mujer, las coge con la mano sin ninguna aprensión y las va metiendo en un saco de esparto. Manda llamar al cura y al médico para que las vean. El médico se lleva una de ellas a la ciudad a que la examinen en un laboratorio, y el cura manda matar el resto y luego incinerarlas, después de decir una oración improvisada a modo de exorcismo. Todo esto me lo invento, o mejor dicho se lo inventa mi mente sin pedirme permiso mientras mi madre insiste: pregúntaselo a cualquiera si no te lo crees. Mama, pienso yo sin decírselo, no puedo preguntárselo a nadie. Mamacarmen murió hace tiempo. Tendría que viajar al pueblo, ir llamando uno a uno a los porticones de las casas para conocer a viejos y viejas que fueran jóvenes o niños cuando mi bisabuela, una beata que en Semana Santa se pasaba días enteros ayunando y rezando hasta que la desmayaban unas borracheras extáticas, asistió supuestamente al parto de una mujer que había gestado reptiles. E ir preguntándoles uno a uno a todos esos viejos si recuerdan tal cosa. Todo para comprobar, mama, que tienes razón. Ella seguía hablando: que sí, que te lo digo yo, que la mujer tenía dentro un montón de bichas vivas. Cómo voy a escribir esto, pienso. Esto son historias para esconderse dentro, para cerrar los ojos y seguir mirando hacia otro lado. Y yo necesito lo contrario. Ver lo que hay. Mirar con los ojos bien abiertos.

En aquellas visitas dominicales mi madre y mi abuela hablaban sin parar. Normalmente era mi madre la que preguntaba cosas. Si sus hermanos habían pasado a visitarlos durante la semana, si no había alguna novedad en la familia, si se encontraban todos bien. A menudo también sugería mejoras en la casa: mama, estas sillas están viejas, habría que comprar otras. ¿Por qué no cambias esas cortinas? ¿Cómo andáis de chaquetas para el invierno? Mi abuela respondía a esas sugerencias con amabilidad, pero se notaba que todo eso le importaba poco. Frasquita era una mujer austera y sencilla. Nuestros pisos eran diferentes. El de mi familia tenía más muebles de lo necesario, y por todas partes había pequeños objetos de decoración, marcos de fotos, *souvenirs*, bagatelas de todo tipo. Mi abuela, por contra, tenía lo justo. El piso era más pequeño que el nuestro y parecía más grande. Ella no pensaba apenas en comprar, ni ropa ni ninguna otra cosa. No le interesaban lo más mínimo las posesiones materiales. Fingía que le interesaban para no decepcionar a mi madre, para no disgustarla.

La función de mi padre en esas reuniones era doble. Transporte y presión. Transporte:

vivíamos a quince kilómetros de la capital de la isla y mi madre estuvo siempre a años luz de aprender a conducir. Presión: impedir que pasáramos allí demasiado tiempo. Carmen, te espero abajo, decía al cabo de tres cuartos de hora. Ya no aguantaba más. Enseguida se ponía a fumar, se asomaba a la ventana, jugaba un poco con mi hermana y conmigo. Pero mucho más no se podía hacer. Carmen, te espero abajo, repetía. Bajaba, se metía en el coche, se encendía otro cigarro, y con la ventanilla abierta escuchaba a los Stones, a los Sírex o a cualquier otro grupo que le gustara.

Los días que estaba mejor, a Nicomedes no le costaba tanto levantar el brazo despacio y quitarse el Ducados de la boca. No tenía mechero para encenderse otro cigarro. Hacía años que su mujer le escondía cualquier objeto peligroso. Según ella, su marido estaba fascinado por las llamas y las hogueras, y podía prender fuego a la casa en cualquier momento. De ese modo, para fumarse el siguiente Ducados Nicomedes se acercaba la mano lentamente a la cara, se quitaba la colilla del cigarro de la boca y gritaba: ¡Frasquitaaaaa! ¡Niñaaaaaaaaa! Viéndolo tan quieto uno pensaba que su voz estaría atenuada y floja, pero el haloperidol no afectaba a sus cuerdas vocales y sus gritos los oía todo el edificio. Mi abuela llegaba, le sacudía la ceniza del chaleco o de la camisa, le ponía otro Ducados en los labios y encendía el mechero. Acercaba la llama al cigarro y Nicomedes chupaba su calada. Mi abuela hacía eso de un modo mecánico, sin dejar de escuchar a mi madre ni de ir respondiendo a sus preguntas. En esos momentos Nicomedes parecía un objeto que hubiera que ir encendiendo, una especie de estufa o de calefón antiguo que de vez en cuando silbaba para avisar de que necesitaba más leña. Las ventanas estaban casi siempre abiertas para que la casa no se llenara del humo que salía de sus narices de cocodrilo. El olor de mi abuelo me impresionaba. Olía a sótano lleno de comida en salmuera. Agrio, punzante. Mezclado con el tabaco, era como un olor a tronco de madera justo en el momento en el que la naturaleza y el clima están empezando a pudrirlo. Él quieto y todos nosotros pululando por la casa, oliéndole, evitándole la mirada. Solo ahora, después de tantos años, lo veo con claridad: Nicomedes era el centro de esas visitas. Cada intento por nuestra parte de que no lo fuera contribuía a que lo fuera todavía más. Mi padre inquieto y queriendo irse, mi madre hablando sin pausa, mi abuela con sus movimientos de ardilla alrededor de su hija y de su marido, entrando y saliendo de la cocina, enseñando paños y telas a mi madre, calentando leche en un cazo, sacándonos caramelos de tofe de una caja metálica. Yo agazapado en un rincón mirando a mi abuelo entre fascinado y asustado, a veces igual de quieto y callado que él. Todo giraba en torno a él. Todo el mundo fingía no verle y de esa manera se conseguía, con aparente torpeza pero con una precisión siniestra, el efecto contrario.

Uno de esos días en que fuimos a visitarlo, siendo yo bastante pequeño, me dio por no querer darle un beso de despedida. Mi madre me fue a buscar adonde me había escondido y me obligó a presentarme ante él. No tenía escapatoria, así que accedí. Nicomedes acercó despacio la mano y me pellizcó la mejilla. Supongo que era una muestra de cariño, pero él no controlaba la fuerza. Apretó mucho y agitó la mano arriba y abajo. Saqué la cara de ahí en un acto reflejo, como cuando nos quemamos con una llama. Salí corriendo y me quedé detrás de mi madre y de mi abuela, de rodillas, desconcertado, ardiendo de rabia.

49

Yo solo tuve valor de ir una vez, me repite mi madre. Se refiere al hospital psiquiátrico de Palma de Mallorca, donde Nicomedes pasó, en total, catorce meses de su vida.

1976 fue un año funesto para la familia. Yo tenía cuatro años entonces, y de esa época me han contado algunas cosas. Por ejemplo, que empecé a leer sin que nadie me enseñara. Leía los Mortadelos de mi padre una y otra vez, hasta sabérmelos de memoria. Me recuerdo tumbado en el suelo, bocabajo, en calzoncillos, pasando las páginas de uno de esos tebeos. Pero no me acuerdo en absoluto de ir a casa de mis abuelos y de notar la ausencia de Nicomedes. No recuerdo que nadie me dijera que mi abuelo había estado más de un año fuera de casa, encerrado en algún sitio. Me pregunto cómo lo vivirían los adultos. Si Frasquita y sus hijos hablaban de ello, si tomaban decisiones juntos. Si se preguntaron por la posibilidad de buscar otro lugar, de pagar un sitio privado entre todos. Si al menos se lo plantearon, si al menos buscaron la información, si se enteraron de los precios y las distintas opciones. Tal vez ni siquiera existían esas opciones en 1976. Tal vez existían pero ellos no podían pagarlas.

Pienso en estas cosas mientras mi madre habla. Me van pasando por la mente las preguntas que no me atrevo a hacerle. Todavía estamos aprendiendo a decirnos la verdad, a preguntarnos lo que nos surge en el momento. Es duro. Algunos días puedo y otros días no.

No soy psiquiatra, ni neurólogo ni cirujano, pero creo que si yo tuviera el problema de salud de Nicomedes y no existieran en el mundo más soluciones que la trepanación de eficacia incierta fomentada por Bart Huges y el haloperidol que le recetaron a mi abuelo, probaría sin dudarlo un instante —llamadme loco— el agujero craneal. ¿Qué habría elegido él? Nicomedes nunca habría podido tener acceso a las ideas de Huges, por mucho que ambos coincidieran en la isla durante algunos años. Tampoco habría podido perforarse la cabeza, ya que en casa de mis abuelos no había ni un solo instrumento o herramienta para hacerlo. Los cuchillos eran todos romos, de los de untar mermelada. Nada con lo que cortarse o pincharse. Cuando había que hacer un agujero en la pared, se encargaba alguno de mis tíos. Nicomedes nunca tuvo un taladro eléctrico. Y aunque hubiera habido cosas cortantes en la casa y, de algún modo altísimamente improbable, un viejo jornalero como mi abuelo hubiera llegado a conocer las teorías de Bart Huges y hubiera deseado trepanarse el cráneo, el haloperidol que le atontaba y su mujer que le protegía le habrían impedido hacerlo.

Una imagen se me viene a la cabeza: Nicomedes con un Black & Decker en la mano, una estrella de sheriff en el chaleco y un sombrero de cowboy en la cabeza. Posando sonriente para una foto como si fuera el actor de un wéstern.

50

Me paso seis días enteros, una buena parte de mis vacaciones, leyendo gran variedad de textos sobre la psicosis. La bibliografía médica resulta abrumadora por sí sola. Soy incapaz de abarcarla. Me da la impresión de que neurólogos, psiquiatras, sociólogos y demás estudiosos están librando una batalla silenciosa pero sin cuartel por tener razón. Me pierdo en un laberinto de causas, síntomas, pronosis, estadísticas, experimentos e hipótesis. Pero la literatura científica no es el único sitio donde pasarse la vida leyendo sobre la psicosis. Uno encuentra de todo: centros de tratamiento alternativos, dietas que relacionan los brotes con el consumo de proteína animal, novelas, películas, testimonios de gente de todo el mundo que escribe en foros de internet y formula todo tipo de ideas, opiniones y creencias al respecto. También un programa de radio hecho por internos de clínicas psiquiátricas que me deja embelesado. En una de esas emisiones recomiendan la página web de una asociación de defensa de las personas con trastornos mentales. La busco y la primera cosa que me encuentro en ella es una noticia: «Finlandia, país con más éxito en el tratamiento de la psicosis». En ese momento ya estoy cansado de leer y de buscar, y no sé ni siquiera qué estoy buscando. Miro el titular varias veces y algo, tal vez mi agotamiento, me impide hacer clic en el enlace. Pero no puedo dejar de mirarlo. Al final, entro en él.

Explicar lo que me pasó leyendo esa noticia me da un poco de reparo. Soy bastante racional y escéptico, y no suelo creer en cosas raras. Supongo que mi escepticismo procede del deseo de diferenciarme de mi familia, lo que me hace sospechar que tal vez no sea del todo genuino. No lo sé, todo es complicado. Ya no sé lo que es genuino o deja de serlo, ni si esa palabra se refiere a algo real en lo que valga la pena detenerse. Lo único que puedo decir es que la lectura de ese artículo me hizo entender algo de un modo insólito: leí las palabras y las frases una a una y fueron descifradas por mi mente, pero la comprensión me llegó antes al espinazo y al vientre que al cerebro. Un fagonazo frío que uno siente en las entrañas. Entender con todas las células del cuerpo. No puedo explicarlo mejor.

O sí. Puedo usar, para explicarlo mejor, una historia real que me han contado hace poco: una mujer amadrinó a un niño de otro país que había perdido a sus padres en la guerra. Ambos viajaron varias veces para conocerse y pasar tiempo juntos. Con el recrudecimiento del conflicto bélico, la mujer tomó una decisión urgente y compleja: no devolvió al chico a su país cuando terminó el periodo previamente pactado con el orfanato. Si el joven volvía, su vida corría peligro. Viviría con ella mientras le encontraba una familia de adoptantes. Pensó que lo mejor sería buscar a una familia procedente de África, para que él se sintiera lo más cerca posible de su cultura de origen. Fueron pasando los meses, fugaces como semanas. No era nada fácil encontrarle padres adoptivos. Conforme se iban conociendo, la relación de la mujer y el niño se afianzaba. Le

encontró una buena escuela. Él hizo amigos. Poco a poco se vio menos perdido en ese mundo nuevo que al principio lo entristecía. En la escuela descubrió la biología y se fascinó con ella. Pasaba bastante tiempo leyendo cosas sobre árboles centenarios, reptiles raros y mamíferos marinos. Iban a menudo a la montaña. También entró en un equipo de fútbol e hizo amigos allí. Dos años más tarde todavía vivía en casa de la mujer. Hablaban todos los días, comían juntos, caminaban por el monte los fines de semana. Pero ella seguía preocupada porque no encontraba familia de acogida. Resultaba tremendamente arduo y complicado. Siempre había algún inconveniente, alguna traba burocrática. Las familias interesadas no cumplían un requisito u otro. Cuando los cumplían, la relación entre ellos y el chico no acababa de cuajar por algún motivo, así que había que volver a empezar todo el proceso. Un día la mujer llegó a casa derrengada y desanimada después de una larga jornada laboral. La cantidad de gestiones que implicaba la búsqueda se estaba volviendo tan cargante como un trabajo a tiempo completo. Estaba descuidando su profesión y sus superiores en la empresa estaban empezando a disgustarse. Eso afectaba a su equilibrio emocional. Se sentía al límite de sus fuerzas. Se preparó un té, se sentó en la cocina y se echó a llorar. El chico se sentó con ella y le preguntó qué le pasaba. Ella le dijo la verdad. Que estaba exhausta. Que el Gobierno y las agencias de adopción públicas eran un laberinto. Que no sabía qué más hacer. Entonces el chico le dijo: ¿no te has dado cuenta todavía? ¿De qué?, le contestó ella. De que tú eres mi madre, dijo él. Y solo en ese momento, en el instante preciso en que de la boca del chico salieron esas palabras, la mujer supo, *con todas las células de su cuerpo*, como un fuerte calambre interno que la sacudió, que aquello era cierto. Más que cierto: una obviedad. A esas alturas llevaba años preocupándose por él. Pensando en infinidad de detalles. Procurando su felicidad. Cocinándole, charlando con él, dándole cobijo, comprándole calzado y ropa, pensándole. Exactamente lo que hacen las madres, y con la incondicionalidad radical de cualquier madre. Ayudarle le había costado años de esfuerzo y sacrificio. Desde que el chico llegó a su casa, ella no había dejado de estar presente para él, de luchar por su futuro y su bienestar. También habían creado un lazo complejo y hermoso, con alegrías, tristezas y enfados, típico de cualquier relación maternofilial. Él la hacía llorar y reír. Para cualquier observador externo todo resultaba evidente casi desde el principio, pero no para ella. Ella no lo veía. Tuvo que ser la madre del chico durante años para entender que ya lo era.

De esa misma forma comprendí yo cuando leí la noticia de los finlandeses que curaban mejor que nadie la psicosis. De golpe todas las piezas encajaron con una perfección casi absurda. Hay una comprensión instantánea de algo que ha estado siempre a un centímetro de mis narices. Es como si conociera el contenido de una habitación perfectamente palpándola con las manos —los muebles, la decoración, las baldosas del suelo, las paredes—, pero nunca hubiera podido encender la luz y verla. El contenido de la habitación son infinidad de cosas, rostros de la infancia, conversaciones oídas desde debajo de la mesa cuando tenía seis años, cierta expresión facial de mi abuela, la voz de uno de mis primos un día de playa, un berrinche de mi madre de hace treinta y cinco años. Infinidad de cosas. *Todas* las cosas. El momento exacto de la lectura en el que ocurrió eso fue cuando el doctor Jaakko Seikkula, profesor del Departamento de Psicología de la Universidad de Jyväskylä, dice que quien sufre los brotes no es un individuo sino *una familia entera*.

El ente que se brota, según él, es un grupo de personas y no una persona sola. Justo ahí siento el golpe sin golpe en mi cabeza, como miles de pompas de jabón que estallan y abren un espacio en mi interior. El método terapéutico que usan los finlandeses se llama diálogo abierto. No recetan

apenas neurolépticos, solo en momentos de crisis, y a menudo esas pastillas no se toman más de dos días. La esencia de la curación es conversar. El diálogo. Cuatro o cinco profesionales van a casa del paciente y se sientan a tomar café y a charlar con quien haya por allí. Lo mejor es que estén todas las personas importantes para el paciente. La familia al completo, pero también, si es posible, los amigos cercanos. No se habla de nada ni de nadie en concreto. Simplemente se habla. Los días que haga falta, el tiempo que haga falta. No se fuerza nada. Los psicólogos no se ven a sí mismos como terapeutas. No creen estar curando nada. El diálogo es el que cura. La familia se cura a sí misma hablando. Diciendo cosas que nunca han sido dichas. Los médicos solo están allí como testigos, unos testigos importantes porque la presencia ajena permite dar carta de naturaleza al pasado familiar: se nombra lo que permanecía oculto, se habla de experiencias enterradas durante años y se expresan cosas que a su vez generan réplicas nuevas. Al salir al aire esas palabras y liberar emociones, las tensiones se van aflojando poco a poco. La familia se cura.

Así se trata la psicosis en Finlandia. No hablar de la gente, dice Seikkula, sino con la gente. O más simple aún: hablar. Tan solo hablar. Me acuerdo de mis dos tíos más jóvenes, que no hablaron sobre la borrachera de su padre durante cuarenta años. Me acuerdo de mi tío, el primogénito de Nicomedes, que llevaba decenios sin contarle a nadie lo culpable que se sintió cuando dejó ingresado a su padre en un manicomio. Me acuerdo de mi madre, que se tragó todas las emociones que sintió durante su llegada a la isla. Es como si las emociones embotadas de los miembros de la familia fueran las placas tectónicas del planeta Tierra y el brote psicótico, el terremoto provocado por el rozamiento violento de dichas placas. El terremoto puede darse en el borde de la placa de Okinawa o en la del Caribe, eso da igual. Las tensiones que lo originan son el empuje de todas las placas, unas contra otras, y no algo defectuoso en el interior de una de ellas.

Después de leer el texto siento una energía inusitada que me levanta de la silla. Necesito hacer algo. Coger la bicicleta, salir a caminar, bailar, saltar, lo que sea. Salgo de casa y me pongo a caminar rápido. La ciudad está llena de estímulos que me aturden. Ruido de coches, gente por todas partes, chorros de calor que salen de los extractores de aire acondicionado de los restaurantes. Turistas, taxistas, clientes en las terrazas de los bares, cúmulos de gente que entra en la boca del metro y que atasca las escaleras de la entrada. Mendigos, policías, camareros. De repente lo veo todo como un gigantesco hormiguero al que pertenezco. Todas esas personas que veo moverse de acá para allá morirán. Es una obviedad, pero la siento de golpe como una mano gigante que me abraza el cuerpo entero. Nuestros problemas son infinitamente pequeños, pero ocupan gran cantidad de espacio mental. La angustia, de repente, se me pincha y se vacía como un globito de fiesta de cumpleaños. Siento que nada es importante, o que no lo es de la manera en que yo suelo darles importancia a las cosas, y que todo está bien. Vuelvo a casa. Me preparo un té y me siento delante del ordenador para poner un poco de orden. Hago una lista de los brotes de los que me han hablado hasta el momento los hijos de Nicomedes. En orden cronológico:

Primer brote: en el servicio militar. Nunca había salido del pueblo. Lo devuelven a casa en unos días.

Segundo: poco después, al enfrentar el estigma de la enfermedad mental en el pueblo.

Tercero: empieza a ser demasiado mayor para casarse y teme quedarse solo. Se brota delante de Frasquita.

Cuarto: primeras semanas de casado.

Quinto: nacimiento de su primer hijo. Teme no ser el padre.

Sexto: un ataque de celos mientras él y su mujer trabajan como jornaleros en un cortijo cercano. Es ingresado en el psiquiátrico de Córdoba.

Séptimo: sus dos hijos mayores y su mujer llegan de un verano trabajando en los hoteles.

Octavo: se lo llevan a la isla. No encuentra trabajo ni se acostumbra a vivir en ese lugar. Primer ingreso en el hospital psiquiátrico de Palma de Mallorca.

Noveno: trabaja de barrendero, cosa que le avergüenza. Es ingresado de nuevo durante más de un año. Muy probablemente, es medicado de forma sistemática por primera vez. Es el último brote de su vida.

La lista es de una claridad dolorosa. Los brotes de Nicomedes eran su verdadero idioma, el único del que disponía y que la medicación le robó de un día para otro. No se trataba de fenómenos regidos por un caos ciego, sino de gritos de auxilio que surgen en momentos críticos, cuando se están dando cambios profundos en su rutina diaria, en su trabajo o en la percepción de su propia valía como individuo. De hecho, hay largos periodos de paz en su vida. Entre el sexto y el séptimo brote de la lista, por ejemplo, pasan dieciocho años. Dieciocho años seguidos de estabilidad. Sin ningún brote.

Las frases de ese idioma de Nicomedes —los brotes— son entendidas solo a veces. A veces alguien se casa con él, o se libra de la mili, pero otras veces ocurre que lo encierran en un lugar infernal. Aunque la gente ve los brotes como la manifestación de la locura misma, a mí me parece que también pueden ser vistos como gritos de auxilio para salir de ella. La puerta para entrar es la misma que para salir.

Nunca he oído a sus hijos contando alguna anécdota en la que Nicomedes necesitara algo y lo pidiera. Pedir ayuda no era su fuerte. Sus hijos tampoco son unos expertos en la materia, y los nietos tampoco vamos sobrados. Para creer en la teoría de los psiquiatras finlandeses no necesito zambullirme en la literatura científica al respecto. No necesito hablar con especialistas ni escuchar sus opiniones autorizadas, porque lo que ahora sé lo sabe mi cuerpo. Estoy seguro de que el asunto es más complejo y peliagudo de lo que mi inteligencia alcanza, pero en lo que respecta a la historia que estoy contando aquí, todo ese debate me la trae al paio. Apostaría a que muchos investigadores de todo el mundo están en contra de los médicos finlandeses y sus ideas les parecen desnortadas. Que bastantes académicos, psiquiatras y psicólogos echan pestes de ellos. Que la industria farmacéutica ningunea a Seikkula y a todo aquel que pretenda sustituir sus medicamentos por algún tipo de remedio o alivio alternativo. Pero en lo que concierne a esta historia, todo eso me importa bien poco. Algo dentro de mí se ha decantado ya.

51

Los isleños llamaban *peluts* a los *hippies*. Vivían en casas de campo, en grupos de unas treinta o cuarenta personas, con las puertas siempre abiertas. Lo compartían todo. Se ganaban la vida haciendo artesanía. Sandalias, ropa, bisutería. Consumían cánnabis y LSD pero renegaban, en general, de otro tipo de drogas como el alcohol o la cocaína. Hacían y escuchaban música constantemente. Los primeros fueron norteamericanos que huían del reclutamiento obligatorio para la guerra en Vietnam, pero después vino gente de todas partes. Cuando llevaban varios años allí, la Dirección General de Seguridad franquista le encargó a un periodista y antiguo policía llamado Alfredo Semprún la redacción de una crónica sobre el asunto. La consigna, o mejor dicho la orden, era dar la peor imagen posible de aquella gente. Semprún aterrizó en la isla en el verano de 1969.

Siempre me ha parecido, aunque es solo una impresión sin base científica alguna, que los escritores mediocres de izquierdas tienden al mesianismo, mientras que la mediocridad de derechas se decanta más por la cursilería. Ejemplo clarísimo del segundo caso es la prosa insufrible del *fachicursi* de Alfredo Semprún. El 23 de agosto de 1969 aparece en *ABC* una nota firmada por él, titulada «Miles de indeseables han invadido la bellísima isla». El titular mismo, valorativo y sensacionalista, es ya un insulto a cualquier noción de profesionalidad o de deontología periodística. En el cuerpo del texto escribe cosas como estas:

... [la isla] se presenta como un faro de intensa luz que, emergiendo del azul Mediterráneo, deslumbra y atrae irremisiblemente, con la fuerza insospechada de su siempre sorprendente paisaje. [...] Es, toda ella, como una maravillosa sinfonía cromática en la que el verde de sus pinos, el rojo ocre de su tierra calcinada por el sol y el purísimo azul de las aguas en que se baña, parecen fundirse en el blanco de cada una de sus características edificaciones, en el blanco de sus milenarias salinas, multiplicando así su intensidad.

Semprún escribe este párrafo empalagoso para intentar contrastar la pureza de la isla con la —según él— podredumbre moral de los *hippies*. No es raro encontrar este tipo de cursilería junto a un uso chapucero de las referencias culturales, que se revela en el texto de la noticia cuando aparecen citados unos versos del poeta isleño Marià Villangómez: Semprún lo confunde con una mujer. La tilde en la i de María —en aquel tiempo no existía la excusa de la autocorrección del procesador de textos— nos avisa de que el listillo de Semprún debió de recurrir a toda prisa a alguna antología de poesía local para encontrar una frase socorrida con la que adornar su reportaje: «[la isla] es, en efecto, tal y como cantara en sus versos catalanes María Villangómez,

“un súbito ardor de luz”».

Después de hablar brevemente sobre la historia de la isla y la reciente llegada del turismo, ataca directamente el tema del que le han encargado que hable:

Seis años atrás, aproximadamente, arribaron los primeros «hippies». Y con ellos la suciedad, el abandono y la amoralidad más absoluta... [...] Por su forma de vivir, por su público comportamiento, desde la más indulgente atalaya moral solo pueden merecer una calificación: «indeseables». El «pacifismo» de que hacen gala, su rebuscada entrega a la indolencia e incluso su, al parecer, continua «búsqueda» de la verdad no deben ni pueden engañar a nadie con sentido común. [...] De llevar a cabo una investigación a fondo, solo una mínima parte de los miles de «hippies» afincados en las islas podría justificar sus medios de vida... Pero todos viven —si a eso se le puede llamar vivir— porque se protegen económicamente entre sí. Ese espíritu de evidente solidaridad sería, posiblemente, lo único de salvarse, si detrás de él no existieran los más viles intereses. Y, además de los «hippies», están «ellos». Nos referimos a unos cuantos desechos humanos, cargados de dinero y de vicios, que, desgraciadamente, han creado, bien en las blanquísimas casas de campo [...] o en los camarotes de lujosos yates anclados en el puerto, auténticos templos a Eros, en los que noche tras noche se sacrifican las más puras e ilusionadas mentes juveniles. Ninfómanos y ninfómanas, deformados mentales de toda especie son, en un trasfondo fácilmente sondeable, la fuente económica en la que bebe ese triste fenómeno llamado «hippies»...

Además de ñoño, moralista y parcial, es patéticamente críptico. «¡Ellos!», dice. «Unos cuantos desechos humanos». ¿De quién está hablando? ¿Por qué no los nombra? Supongo que alude a progresistas desafectos al régimen, que acudían a la isla atraídos por el aire fresco que representaban los *hippies* en esa caja cerrada durante treinta años con olor a naftalina y a pedos de cabra que era la España nacionalcatólica. Gente que sentía curiosidad, que quería liberarse, fumar maría, bañarse tranquilamente en la playa, y que tenía el dinero suficiente como para pasarse unos días o unas semanas en la isla. Jóvenes de familia burguesa en su mayoría. Antifranquistas, en suma, a quienes Semprún llama ninfómanos y deformados mentales. No cuesta reconocer aquí el universo semántico instalado ya desde la guerra por Vallejo Nájera y el resto de pseudopsiquiatras afines, que vinculaban la libertad a una salud mental débil.

Alfredo Semprún es el mismo periodista-policía que se había ocupado, a principios de ese mismo año, de disfrazar de suicidio el asesinato del estudiante y activista político Enrique Ruano. Lo hizo por encargo del director general de Prensa, que a la vez recibía órdenes del ministro de Información y Turismo. Enrique tenía veintiún años. Si viviera ahora tendría la edad de mi padre. Según la versión que fabricó Semprún, Enrique se lanzó al vacío desde un séptimo piso a causa —qué casualidad— de su propia inestabilidad mental. Pero otra versión, más verosímil y peliaguda, hace responsable de su tortura y asesinato a un miembro de la Brigada Político-Social —la policía secreta franquista— llamado Antonio González Pacheco, a quien todos conocían como Billy el Niño porque le gustaba hacer rodar su arma con un dedo, como los *cowboys* de las películas. Según sus víctimas, González Pacheco disfrutaba torturando. Era un sádico. Sus métodos sobrecogían incluso a sus propios colegas de trabajo. José Luis Úriz, sindicalista y activista político, cuenta que ante la brutal paliza a la que le estaba sometiendo González Pacheco, otro policía dijo: cuidado, que se te va a ir la mano otra vez y lo vas a matar. La respuesta del

torturador fue la siguiente: no importa, hacemos como con Ruano, lo tiramos por la ventana y decimos que se quería escapar.

Billy el Niño es otra de las piezas de la máquina de limpiar España de marxistas puesta en marcha en 1936. Actualmente vive en Madrid. Está impune y goza de libertad. No se arrepiente de nada. Habría sido otro fabuloso candidato a una buena trepanación.

52

Recuerdo bien la última vez que le vi. Yo ya llevaba años viviendo fuera de la isla. Había ido a pasar unos días con mis padres. Mi madre no se había atrevido a decirme que me lo encontraría incapacitado, en una silla de ruedas. Había sufrido varios infartos.

Hacía calor y todos estábamos sudando. Nicomedes solo llevaba una camiseta blanca sin mangas y unos calzoncillos de color ocre, de aquellos que tenían una abertura en el lateral. Estaba en los huesos, pero ahora ya no se parecía a Pasolini. En su vejez, Nicomedes había sido un hombre ancho, barrigón, con una corpulencia ganada a base de apenas moverse y de comer lo normal, siempre quieto y fumando, sentado como un reptil al sol por culpa de la medicación. Pero ahora de esa panza solo quedaban los pellejos. Mi padre lo cogió en brazos para llevarlo a la cama, donde mi abuela y mi madre le darían por todo el cuerpo cremas hidratantes para aliviar las rozaduras de la espalda y las nalgas contra la superficie de la silla de ruedas y de la cama. Ver a Nicomedes siendo acarreado en brazos por su yerno daba una idea clara de lo menguado que estaba su cuerpo. Sus pantorrillas eran como las muñecas de mi padre, que lo levantó y lo llevó de un lado a otro de la casa con sumo cuidado pero con la facilidad con que se acarrea a un niño pequeño. Esa imagen de mi abuelo reducido en tamaño fue un bofetón inesperado. La muerte nos mengua para llevárenos mejor. Eso es lo que hace. Llegamos al mundo en un tamaño reducido y volvemos a achicarnos cuando nos vamos. Las fases de la vida son cinco: nada, pequeño, grande, pequeño, nada.

Tenía los pómulos marcados y las cuencas de los ojos hundidas, pero en los ojos se le distinguía una nitidez nueva, brillante, casi insoportable. Sospecho que cuando su cuerpo se quedó paralizado, su mente dejó de ser percibida por los demás como un riesgo y dejaron de recetarle el haloperidol. Aquellos ojos expresaban muchas más cosas que cuando era drogado a diario. Me vino a la cabeza un pensamiento que me angustiaba y del que hice todo lo posible por desprenderme: en sus últimos días o semanas Nicomedes lo estaba entendiendo todo. Estaba teniendo acceso a la clave de su vida, al porqué de sus problemas, de sus alegrías y de sus sufrimientos. Comprendía lo que le estaba pasando entonces y lo que le había pasado siempre.

La parálisis física no era total. Retorcía ligeramente el cuerpo, los brazos y el torso. Emitía quejidos con un hilo de voz, casi susurros pero ni eso, algo que ni siquiera se podría llamar sonidos. Un resoplido, un estertor. Sus ojos se habían vuelto pequeñas ventanas de una luz cristalina, acentuada, llena de matices, y acumulaban toda la expresividad que su voz y su cuerpo eran incapaces de ofrecer. Eran los ojos de quien quiere ver y ser visto. Mirar directamente a esos ojos era casi imposible: demasiado doloroso. Hablaban con una claridad hiriente, y me parecía ver en ellos la cosa más humana y desnuda que hubiera visto en mi vida. Nicomedes se había

pasado toda la vida sin poder aguantarle la mirada a la gente, y en sus últimos días nadie le aguantaba la mirada a él.

En su inmovilidad se adivinaba una lucha interior indómita. Había dentro de su cuerpo un lejano Oeste lleno de polvo y carros de caballos y *sheriffs* y tiroteos. Esa violencia se sentía con claridad, como se siente una ofensa o un golpe de ira o de bochorno. Era como si cada uno de nuestros cuerpos fuera un repetidor de ondas de radio, un repetidor de sufrimiento. Las ondas de Nicomedes nos llegaban a las entrañas y, en silencio, sin confesárnoslo ni a nosotros mismos, las expandíamos afuera convirtiendo la pequeña sala de aquel piso en un epicentro de dolor. Quería decirnos cosas y no podía. Fingíamos no darnos cuenta. El fingimiento era tan obvio para todos que generaba una nueva capa de dolor por encima del que ya había. Si el sufrimiento fuera combustible, la casa habría ardido entera con una mínima chispa. Empapaba las paredes, se expandía hacia el techo y el suelo como un gas pringoso que lo embadurnara todo. Impactaba en nuestros cuerpos como radiación nuclear y hacía que mi abuela y mi madre trabajaran de un modo veloz, expeditivo y bien sincronizado, como si fueran piloto y copiloto de un coche de *rally*, con telepatía y con minuciosidad. Con concentración.

No estoy exagerando.

Es sabido que cuando una situación nos supera emocionalmente y no sabemos qué hacer, aparece en nosotros una tendencia a ocupar compulsivamente el espacio. Nos ponemos a trabajar, a movernos aquí y allá con una supuesta eficiencia. También es común empezar a hablar para rellenar el silencio. En realidad estamos limitándonos a hacer algo para salir del paso, para tapar el miedo hasta que estemos en otro sitio, haciendo otra cosa. Creo que a mi madre y a mi abuela les pasaba eso, como les debe de pasar y les ha pasado a incontables familiares de moribundos. Preparaban las gasas, los ungüentos, los polvos de talco, la ropa limpia, atareadas como pájaros haciendo un nido, sin mirar apenas a Nicomedes. Mi padre, entretanto, esperaba allí sin saber dónde ponerse. Se rascaba los codos, sudaba, cambiaba el canal del televisor, asomaba la cabeza por la ventana para fumar, volvía a sentarse. Yo estaba paralizado. No teníamos la culpa de que nos pasara aquello. Nadie nos había enseñado a vivir esa situación. De hecho, nadie nos había hablado de ello, del mismo modo que nadie le habla de ello a la inmensa mayoría de la población. ¿Cuánta gente en el mundo muere así? ¿Millones, cientos de millones? ¿Miles de millones? ¿Casi todos? ¿Moriré yo así? Si pudiera elegir, tendría claro cómo querría que fuera. Querría que me acompañaran sin miedo. Que no me evitaran la mirada. Que lavarme o alimentarme o lo que sea que haya que hacerme no se convierta en la forma precisa y exacta de alejarse de mí. ¿Sabré hacerlo yo con mis padres o con mis amigos cuando llegue el momento? ¿Sabré mirarles a los ojos, sonreírles, llorar, abrazarles? Pero ¿sé hacerlo ahora, cuando nadie se está muriendo aún y están sanos como peras, vivitos y coleando?

¿Sé hacerlo ahora?

Siempre me ha llamado la atención que los niños, al menos los de mi familia, me pidan que mire lo que están haciendo. Tito, mírame bailar, mírame jugar a la videoconsola. Estoy nadando, estoy patinando. ¡Mírame!

Nicomedes, aquella tarde en que lo vi vivo por última vez, casi hablaba con los ojos. Si hubiera podido gritar, lo habría hecho. El suyo era el silencio más ruidoso que uno pueda imaginar. Nicomedes abriendo todo lo que puede la boca desdentada y enseñando las encías cuando mi padre lo coge y lo alza en el aire. Arrugado, renegrado y menguado como un albaricoque seco. Sus costillas marcadas como las de un prisionero que lleva meses a pan y agua.

Tardó unas semanas en morir. Ojalá sus últimos días fueran mejores que ese. He oído que en las horas cercanas a la muerte suelen ocurrirnos a todos las mismas cosas. Tenemos sequedad de boca y algunos grados de fiebre. A menudo hablamos de forma inconexa y pedimos reconciliarnos con alguien, normalmente alguno de nuestros hermanos o hijos. Aparecen hematomas sin aparente motivo, sin golpes previos. Se pierde peso. Dicen también que hay una expansión de conciencia, algo parecido a lo que pasa cuando tomas ciertas drogas. Que se ve claramente la realidad. Tal vez sea un efecto biológico compensatorio, alguna sustancia química que nuestro cuerpo segrega para poder irnos en paz y sin lucha. Tal vez todos, aunque sea justo al final, en los últimos cinco segundos, dejemos de agitarnos y nos rindamos a la transición. Tal vez todos sepamos morir bien, de un modo intuitivo y genético, igual que al nacer sabemos girarnos en el útero de nuestra madre para sacar la cabeza al mundo. Tal vez nos bañe una sabiduría innata como la de saber respirar o tragar: la de saber morir. Algo que traemos de fábrica. Tal vez todo esté bien. Espero. Ojalá.

53

En la isla pasaban cosas fabulosas de las que yo ni me atrevía a enterarme. Ni yo ni ninguno de mis amigos de la adolescencia. Todos nosotros hijos de forasteros, todos chavales de corazón bueno y sencillo, ingenuos pero también prejuiciosos y arrogantes. Jóvenes que no tomábamos drogas, no fumábamos, jugábamos a fútbol o a baloncesto, y cuya idea del futuro en la edad adulta era ganar algo más de dinero que nuestros padres, pero sin pensar cómo ni en base a qué tipo de esfuerzo. Yo leía bastante, pero casi en secreto porque me daba vergüenza ser tildado de nenaza por mis amigos. Al no tener ninguna guía, mis lecturas me abstraían del mundo más que conectarme con él. Cuando leía *Cien años de soledad* o los cuentos de Cortázar, captaba el mensaje que hay en cualquier libro bueno: despierta a la vida, sal de tu capullo protector y echa a volar. Pero luego me enredaba en sentirme especial e inteligente por leer esas cosas que mis amigos no leían. Megalomanía, imbecilidad de la que resultaba difícil salir en aquella patria de cuatro calles. Nuestra vida era pequeña. Un ejemplo: cuando yo estaba a punto de cumplir los dieciocho años, en una de las playas del norte de la isla llamada Benirràs hubo una protesta contra la guerra del Golfo. Allí se reunieron isleños y gente de todas partes del globo para protestar por lo que estaba pasando. Pacifistas, activistas, gente común. La protesta consistía en tocar los tambores sin pausa durante las veinticuatro horas del día. Se protestaba bailando, comiendo, bebiendo y disfrutando. Percusión al atardecer, percusión toda la noche, percusión al amanecer. La vida latiendo sin parar en la arena de la playa hasta que se terminara la guerra. Pues bien, ni mis amigos ni yo nos enteramos de que eso estaba pasando. Era allí mismo, a pocos kilómetros de nuestras casas. Nosotros pasábamos el tiempo libre pateando balones de fútbol, yendo al cine con bolsas de gominolas para ver películas ruidosas e infumables y anhelando zapatillas deportivas de marca que nuestros padres a duras penas podían pagar. Desdeñábamos, por pura torpeza machista, a las mismas chicas con las que estábamos deseando hablar y despreciábamos continuamente a los gais para que nadie pudiera decir de nosotros que lo éramos. Ignorábamos muchas cosas. Ignorábamos Benirràs.

He tenido que doblar la edad que tenía entonces para sentir plenamente el orgullo de la isla. Ahora haría cualquier cosa por volver a aquella edad. Iría a esa playa a protestar y a beber y a bailar. Quemaría todas las novelas que he leído a cambio de volver. Pincharía con un cuchillo de cocina mi balón de baloncesto. Intentaría arrastrar hasta Benirràs a mis amigos y, si no quisieran venir, les daría sin vacilar la espalda para siempre.

54

Saco de la estantería uno de los libros más entretenidos que conozco; la *Historia general de las drogas*, de Antonio Escotado. Busco qué dice sobre el haloperidol. Los efectos secundarios que se documentan son estos:

Parkinsonismo, destrucción de células en la sangre (agranulocitosis), obstrucción hepática con ictericia, anemia, excitación paradójica, vértigos, visión borrosa, retención urinaria, estreñimiento, irregularidad menstrual, atrofia testicular, alergias cutáneas, arritmias cardíacas, congestión nasal, sequedad de boca, bruscos ataques de parálisis muscular, trastornos del peso (desde una marcada obesidad a pérdida de masa muscular), discinesia (movimientos rítmicos involuntarios de boca, lengua o mandíbula), síndrome maligno con hipertermia y muerte repentina inesperada.

Me acuerdo de Nicomedes poniéndose su sombrero. Despacio, a cámara lenta, con la mirada fija en un punto frente a sí mismo. Me acuerdo de su mano que parecía ser izada por el sombrero y no al revés conforme avanzaba hacia arriba para acabar posando el objeto en la cabeza. Sigo leyendo:

... los llamados tranquilizantes mayores pueden alinearse entre las drogas muy peligrosas. Ningún grupo de psicofármacos crea en clínicas tantas intoxicaciones agudas y letales por prescripción del propio personal terapéutico. [...] H. Laborit, que fue el primero en experimentar con neurolépticos, tuvo la honradez de llamarlos «lobotomizadores químicos», ya en 1952. Es insostenible no considerar estupefacientes en el más alto grado a sustancias que producen una petrificación o «siderismo» en las emociones, bloqueando la iniciativa de la persona y hasta haciendo que se comporte a veces como un catatónico, incapaz de realizar el más mínimo movimiento.

55

En la costa de Japón hay, clavadas en la tierra, lápidas centenarias con inscripciones grabadas que avisan de los peligros de los tsunamis. Algunas tienen más de seis siglos de antigüedad. En Aneyoshi, un poblado donde solo viven once familias, hay una lápida en la que se puede leer lo siguiente:

Que nadie construya su casa más allá de este punto.

Cuando un tsunami azotó la costa de Japón en 2011, la ola se detuvo a solo 300 metros de la lápida. Las casas modernas fueron arrasadas, porque habían sido construidas sin observar el consejo ancestral cincelado en esa piedra. Sus altas y sofisticadas vallas de cemento no sirvieron de nada. Solo sobrevivió el poblado antiguo. Ese tsunami afectó también a una central nuclear, con consecuencias funestas. Hace siglos que alguien nos había avisado del peligro, pero parece que además de ser animales tremendamente inteligentes, los seres humanos podemos llegar a ser también un poco bobos.

¿Estamos haciendo lo mismo con nuestra salud mental? ¿Es nuestra forma de entenderla y de tratarla igual de imprudente que la construcción de casas y centrales nucleares en la costa de Japón? ¿Hay algún conocimiento básico y ancestral que no estamos recordando? ¿A qué se parecerá, cuando llegue, el tsunami?

56

Mi madre no se sacó nunca el carné de conducir, así que dependía de mi padre para que nos llevara de visita a casa de mis abuelos una vez por semana. Ella hubiera querido ser más autónoma, pero el asunto del coche la superaba. Para alguien que dejó la escuela a los ocho años y se puso a trabajar, cualquier examen, sea de lo que sea, no evalúa tan solo sus conocimientos en la materia: evalúa su vida entera. Supongo que por eso, durante una temporada, insistió en pedirles a mis abuelos que de vez en cuando fueran ellos los que vinieran a nuestra casa. Al fin y al cabo, tenían todo el tiempo del mundo. Solo había que tomar el autobús. Algunas veces los habían traído mis tíos, pero solos no venían nunca. Excepto aquel día.

Para ellos el viaje era difícil y engorroso por varias razones. La idea de sufrir algún percance por el camino les inquietaba. Habían salido del pueblo ya mayores y cualquier incursión más allá de los alrededores del bloque donde estaba su piso les parecía arriesgada. Pero la razón de peso era el haloperidol. Para que mi abuelo estuviese lo bastante ágil y atento como para caminar con soltura, montarse en el autobús y no quedarse absorto en cualquier punto del camino, era práctico, por no decir necesario, retirarle la medicación uno o dos días antes. Eso era lo que disuadía a mi abuela de agarrar del brazo a su marido y recorrer los quince kilómetros que separaban su casa de la nuestra.

Ese día, por primera y única vez en la vida de ambos, Nicomedes y yo estuvimos juntos fuera de cualquier lugar techado y sin ningún otro de nuestros familiares presentes. Él y yo solos.

Creo que yo tendría catorce o quince años. Mi abuela llegó a nuestra casa muy asustada, con lágrimas en los ojos. Jadeaba porque había venido a toda prisa. Niña, le dijo a mi madre, he perdido al abuelo. Estaba superada por la situación. Yo no sé cómo ocurrió. Tampoco sé por qué nadie había ido a recogerlos a la parada del autobús. Es posible que se confundieran de hora y tomaran un bus anterior al previsto. Mi madre y yo salimos a buscarlo y dejamos a mi abuela en casa con mi hermana pequeña y una vecina. Nos dividimos. Ella fue hacia la playa y yo hacia la iglesia. Mi padre estaba durmiendo, porque trabajaba en el turno de noche y dormía hasta las dos de la tarde, hora en que lo despertábamos para que se desayunara, aún medio dormido, las fritangas y los potajes que para nosotros eran el almuerzo.

Caminaba rápido y a momentos corría: miré por todas partes, entré en tiendas, le pregunté a la gente. Muy pronto alcancé la calle de la iglesia y desde allí bajé hasta llegar al puerto. Luego estuve dando vueltas por el paseo, por las fuentes y por el parque de los columpios. Anduve un rato por la zona, comprobando de esquina en esquina que no estuviera por allí, y luego emprendí la vuelta pero por otro camino, atravesando el West.

Entrar en las calles del West End un sábado por la mañana era como cruzar un punto de control

en una frontera de guerra. Había poca gente local, porque en un sitio como ese, donde el barullo nocturno es constante durante meses, es difícil vivir. Subí por la calle Progrés, doblé por Vara de Rey y me adentré en el corazón del barrio. Las únicas personas con las que me topé en esas vías peatonales eran las que estaban abriendo las persianas metálicas de un par de locales, además de varios turistas resacosos que esperaban para tomarse un desayuno *full English* o para seguir bebiendo. Estaban sentados en el bordillo de la acera o directamente desplomados en posición fetal en la estrecha calle adoquinada. Parecían amigos pero no se hablaban. Estaban derrengados. Una chica le pedía agua a la camarera, que le contestaba que tuviera un poco de paciencia, que todavía estaba abriendo. El primer calor del día acentuaba los olores a vomitona y a alcohol impregnados en el aire. Una luz dura lo invadía todo y hacía que se revelaran las marcas de la jarana de la víspera. En el suelo había papeles, envoltorios de patatas fritas, cajas de cartón de esas en las que vienen las hamburguesas o los perritos calientes, latas de cerveza, botellas enteras y botellas rotas, cristales desperdigados. Las papeleras estaban a rebosar.

Lo vi nada más girar la esquina, a unos cincuenta metros de donde yo estaba, caminando con pasos ágiles e inusuales en él. Se paró de repente y, apoyado en el bastón, hizo visera con la mano para evitar el deslumbre del sol y poder mirar calle abajo, hacia donde se abría el paseo marítimo. Llevaba una de sus camisas blancas de rayas y su sombrero de paja. De los labios le colgaba un cigarrillo apagado. Los pantalones le iban un poco cortos y los sostenía con unos tirantes de cinta ancha. Me acuerdo de los tirantes porque en su casa no los llevaba nunca. Parecía un personaje de cine francés, una especie de Monsieur Hulot proletario. Los *pubs* con la persiana echada, los chiringuitos de hamburguesas, las papeleras embotadas de basura, las moscas, las marcas de orín en los adoquines, los rótulos con los nombres de los locales en letras grandes de colores chillones, las fachadas y paredes repletas de pósters de publicidad de fiestas nocturnas con chicas semidesnudas y arrogantes rostros de DJ con gafas de sol, los vómitos, todo lo que había a su alrededor parecía un decorado. Eso es lo que me pareció: Nicomedes distinto a como lo veía siempre, despabilado y caminando por un sórdido decorado de cine. La plena luz del día lo dejaba todo tan claro que resultaba más difícil entenderlo. Me atacó de golpe la sensación de estar soñando. ¿Estaba pasando aquello? ¿Estaba Nicomedes ahí de verdad? ¿Ese era él?

Solo con verle de espaldas, con mirarle el andar como de niño curioso y despreocupado, los pasos cortos, el bastón apoyándose de vez en cuando en el suelo, la forma de girar el cuello para mirar a un lado y a otro, uno se hacía cargo de la verdadera dimensión de su fragilidad. Me llegué corriendo hasta donde estaba y quise tocarle el hombro, pero me detuve en el último momento. Abuelo, dije en voz alta detrás de él. ¡Abuelo! La palabra sonaba rara, y aunque en ese momento no lo pensé, ahora que lo recuerdo sé perfectamente por qué: hasta entonces yo nunca me había dirigido a él directamente. Nunca había dicho «abuelo» mediante eso que los lingüistas llaman caso vocativo, es decir, para llamarlo, para que me prestara atención. De niño me impresionaba tanto que nunca me dirigía a él. Cuando le daba dos besos para despedirme siempre lo hacía de un modo seco, de mala gana, y apenas cruzábamos palabra. Nunca, jugando o riendo, me había girado hacia él y le había dicho: ¡Abuelo, abuelo! Ese día, pues, a los catorce o quince años, en plena calle, lo llamé por primera vez. Eso significaba, por un lado, reconocer nuestro parentesco, invocar de forma muy tardía nuestra conexión familiar. Ese reconocimiento es algo cotidiano para la mayoría de gente, pero no lo era para nosotros. Por otra parte, pronunciar aquella palabra significaba darle carta de naturaleza al hecho de que entre ese hombre y yo nunca había existido relación alguna. Jamás habíamos tenido una conversación de las que tienen abuelos y nietos. No

habíamos jugado a nada, no habíamos leído cuentos, no me había hecho cosquillas, no le había oído conversar con otros adultos con soltura, no me había sermoneado, no había hecho nada de lo que se supone que hacen los abuelos. No me había llamado nunca por mi nombre ni de ninguna otra manera. Nuestra relación se inauguraba, con muchos años de retraso, en aquel instante.

Mientras escribo esto tomo conciencia de que Nicomedes, en los últimos veinte o veinticinco años de su vida, no tuvo eso que nosotros llamamos relaciones. Su mujer y sus hijos lo habían conocido antes del haloperidol: podrían agarrarse a imágenes y recuerdos previos del pasado para relacionarse con él. Podían *imaginar* que estaban con el Nicomedes de siempre, con su padre o con su marido. Pero para sus nietos no había forma de engañarse. Ese ser ralentizado y enmudecido por el fármaco era el único Nicomedes que conocíamos. Del otro nos habían hablado. Nos habían contado anécdotas. Era un personaje de ficción.

Vuelvo a sacar de la estantería el libro de Antonio Escohotado. Escohotado, como hizo con tantas otras drogas, tomó haloperidol para dar testimonio de sus efectos. Al respecto de su experiencia dice lo siguiente:

... quise comprobar la naturaleza de su intoxicación e ingerí unas gotas de haloperidol. Dejé papel y pluma al alcance de la mano y solo acerté a escribir: «inconcreta desdicha». Dos gotas más borraron cualquier rastro de autoconciencia. No he tenido coraje científico para repetir el experimento.

Eso es de lo que se había librado aquel día Nicomedes para que su mujer le pudiera meter en el autobús. No tengo ni idea de cómo se le perdió durante el camino, pero apostaría a que no fue un accidente. Hay que imaginar una celda en la que te encierran durante años hasta que un día, de repente, te despiertas y te encuentras con un inesperado butrón en uno de los tabiques. Por fin puedes salir. El haloperidol es un neuroléptico. Del griego *neuro*, que significa ‘nervio’, y *leptos*, que significa ‘atar’. Te amarra como una camisa de fuerza, pero por dentro. De eso estaba Nicomedes desatado aquella mañana.

Abuelo, repetí. Nicomedes se giró hacia mí. En su expresión había una sonrisa llena de gozo. Parecía que yo fuera un hipnotizador y que al llamarlo abuelo lo hubiera convertido de repente en un abuelo. Tengo el recuerdo de una atmósfera onírica, vibrante y sobrecogedora. Como un mareo físico pero sin malestar, un renacimiento, un raro *déjà vu* inverso que me desorientaba. El agua, me dijo señalando hacia la bahía con el bastón. Sí, el agua, repetí yo con torpeza y sin saber por qué. Él echó a andar calle abajo. Aunque yo sabía lo preocupadas que estarían mi abuela y mi madre, pensé que no perderíamos tanto tiempo bajando hasta el puerto y volviendo a casa por el lado del mar. ¿Está aún el salsipuedes o se lo ha tragado el pantano?, me preguntó. Lo miré sin saber qué decirle. ¿Estaba confundiendo esa bahía con el pantano de su pueblo natal? ¿O se estaba limitando a preguntar algo sobre su pueblo sabiendo perfectamente que no estaba en él? Caminaba tranquilo, mirándolo todo con los ojos muy abiertos. Yo estaba aliviado por haberle encontrado, pero todavía inquieto por lo que pudiera pasar. Llegamos al muelle enseguida. Él quiso acercarse a las barcazas que llevan a los turistas a las playas. Cuando llegamos había ya bastante gente esperando para embarcar, algunos sentados en las tablas de madera del embarcadero, con la cabeza apoyada en las manos, exhaustos de la noche anterior. Grupos de amigos que apenas se hablaban entre ellos, todos dándoles sorbos a cada poco a sus botellines de agua, con las bocas abiertas como canarios enjaulados en un día de bochorno. Nos acercamos al borde del muelle y nos quedamos allí parados, él mirándolo todo con curiosidad y yo pendiente de él. Había algo en

mí que se resistía a conversar, a acabar de romper el hechizo entre nosotros.

Entonces no me daba cuenta, pero ahora está claro: yo también había estado paralizado con respecto a él todo el tiempo. Yo también lo había mirado siempre desde la lejanía y había permanecido quieto y callado durante años.

La mirada de Nicomedes era franca y abierta, distinta a la habitual. Estaba cargada de algo, pero entonces no entendí de qué. Más que haber cambiado, era como si sus ojos fueran del todo nuevos. Como si, en una película de ciencia ficción, las cuencas de los ojos de un autómata hubieran cobrado vida de un chispazo. Dio dos pasos hacia el agua y se quedó unos instantes observándola, su superficie verdosa y sucia como una pantalla en la que se fantasea o se recuerda. Después volvió a mirarme a mí. Sin pensar, por instinto, le agarré del brazo. No muy fuerte pero lo suficiente como para que entendiera que no iba a soltarlo ni dejarlo acercarse más al agua. Abuelo, le dije, ¿volvemos a casa? La calma viva y vibrante con la que Nicomedes se demoraba en observar mi rostro era dolorosa. Era demasiado nueva para mí. Por momentos parecía no saber quién era yo, pero luego parecía lo contrario, que estaba contemplando mi rostro con tanta intensidad precisamente porque me reconocía.

De golpe pensé: ¿por qué va a querer este hombre volver a casa? Es posible que no quiera, que desee caminar, deambular sin rumbo, descubrir sitios nuevos, sentir la brisa del mar y el calor del sol picándole en la piel de la cara. Él no me contestaba. Venga, abuelo, insistí, que nos están esperando. ¿Y si se hubiera negado a venir conmigo? ¿Lo habría obligado a acompañarme? Pero ¿acaso habría podido? ¿Estaba yo en posición de obligarlo a algo? ¿Cómo? ¿A la fuerza? No, claro, eso habría sido imposible. A él le habría bastado con decir que no. Que no volvía a ningún sitio. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Arrastrarlo? ¿Convencerlo con algún tipo de discurso? Yo era poco más que un crío. Había ido a buscar a mi abuelo porque se había perdido él, pero cuando lo encontré me quedó claro que el único de los dos que estaba perdido en esa situación era yo. No tenía la más mínima idea de lo que estaba haciendo. Improvisaba. No tenía ningún control.

Al final, de una manera intuitiva que me sorprendió a mí mismo, sin saber cómo ni por qué, le pasé la mano por debajo del brazo, le quité el bastón con la otra mano y di con seguridad un primer paso. Él también lo dio y volvimos a casa caminando despacio. Parábamos brevemente aquí o allá para mirar algo, unas cajas de fruta expuestas en una tienda, un hombre que afilaba cuchillos, unas niñas jugando a la comba. Cruzábamos solo palabras sueltas que no llegaban a formar frases, ni mucho menos una verdadera conversación.

No se lo había contado a nadie. Nadie de mi familia lo sabe. Si algún día leen esto será la primera noticia que tengan del asunto. Aunque, ¿hay algo que saber?

Nunca más hablé con él. Fue la primera vez y la última. No me refiero a saludarnos, o a pedir la sal cuando estamos sentados a la mesa, sino a tener intercambios reales. A hablar mirándonos a los ojos. A escucharnos el uno al otro con atención.

Me viene a la cabeza la expresión *loco de remate*. Rematar a alguien es acabar de matarlo cuando está medio muerto. Rematar, por ejemplo, a un fusilado o a un herido en combate. Subyace la idea de que la persona ya no es alguien completo, de que le falta algo. De que está entre dos mundos. De que existe menos que los demás, de tal modo que podemos o debemos rematarlo, ayudarlo a que deje de existir de una vez. Un remate también es una venta de saldos. Productos difíciles de vender que son exhibidos a precios bajos. No valen casi nada. Eso es lo que significa *remate*. Loco de remate, loca de atar, loco peligroso.

Pero escondida bajo el caparazón de locura de Nicomedes se encontraba la piedra preciosa de

su cordura. Para él ambas cosas eran lo mismo. Esa piedra que llevamos todos dentro es lo único que le remataron. Ya no tengo tiempo de charlar con él. Lo único que puedo hacer es escribir esto que escribo. Ofrecer esta historia. Este es mi brote particular, un brote escrito, un lento brote de cuerdo. No está hecho para contentar a nadie. Es un trapo empapado en mugre que os arrojé a la cara. Un cántaro de barro que rompo contra las piedras a un palmo de vosotros. Un barco en el que cruzo el mar hasta una isla que desconozco